ERIN HUNTER

EL REINO DEL BAMBÚ

EL RÍO DE LOS SECRETOS

Lectulandia

Todo ha cambiado para Lluvia, Fantasma y Hoja. Los tres pandas del Reino del Bambú acaban de descubrir la verdad sobre sus respectivas familias, pero no poseen toda la información. Y mientras intentan encajar todas las piezas del rompecabezas de su pasado, una amenaza va cobrando fuerza en su hogar.

Ocaso, el supuesto portavoz del Dragón, tiene intenciones ocultas, y el hallazgo de los trillizos de una antigua profecía no hará sino estorbarle. Mientras Lluvia y Hoja debaten cuáles son los siguientes pasos que deben seguir, Fantasma, al que le está costando acostumbrarse a la vida de los pandas, cae bajo el hechizo de Crepúsculo.

Separados, los tres hermanos panda carecen de la información que necesitan para derrocar al traicionero portavoz del Dragón. Pero si logran encontrarse —y confiar los unos en los otros— tal vez puedan conseguirlo. ¿Serán capaces de aliarse para revelar la verdad que permanece oculta?

Erin Hunter

El río de los secretos

El Reino del Bambú - 2

ePub r1.0
Marethyu 10.02.2024

Título original: *River of Secrets*
Erin Hunter, 2022
Traducción: Begoña Hernández Sala
Ilustraciones: Johanna Tarkela
Diseño de cubierta: Johanna Tarkela
Mapa: Virginia Allyn

Editor digital: Marethyu
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

El río de los secretos

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

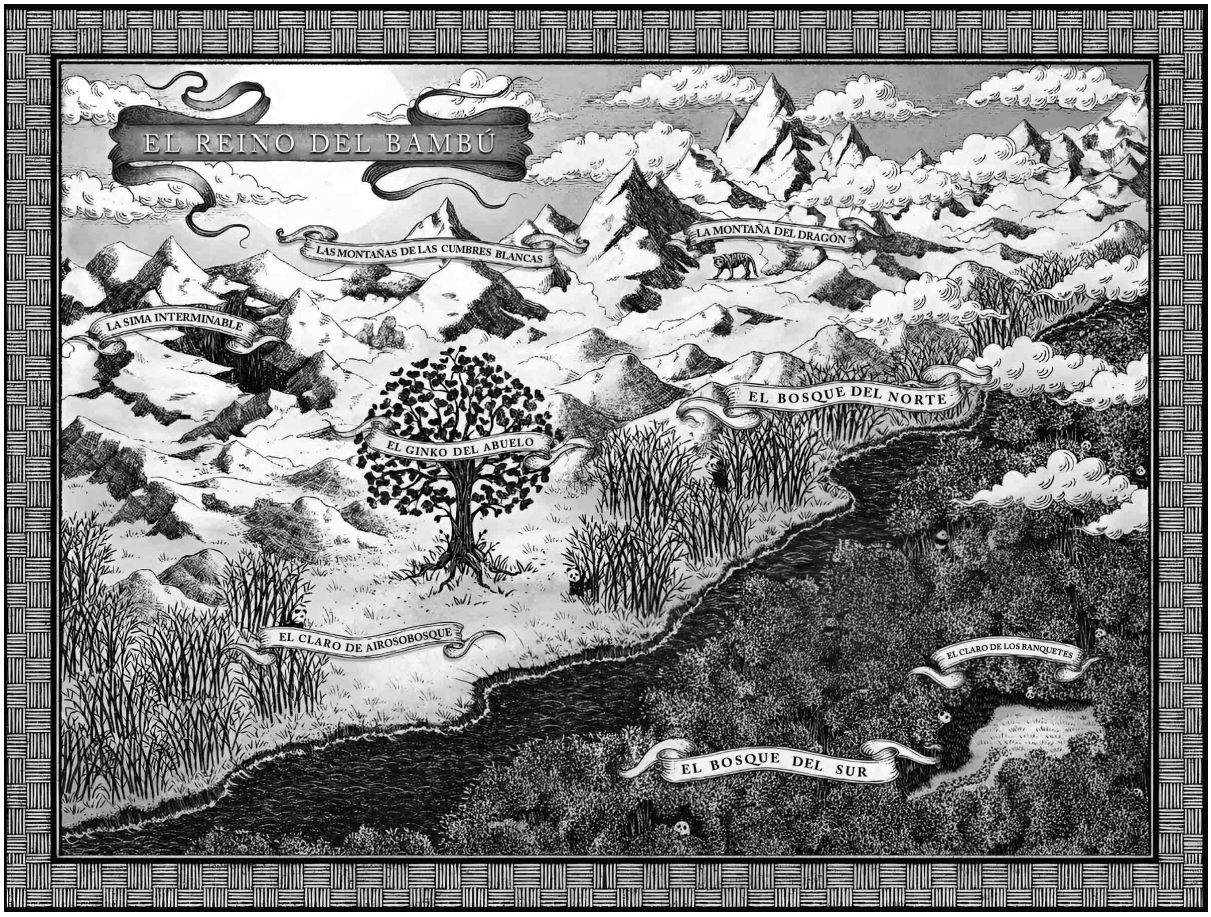
Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Epílogo

Para Rowan.
Un agradecimiento especial para Rosie Best.


EL REINO DEL BAMBÚ
LAS MONTAÑAS DE LAS CUMBRES BLANCAS
LA MONTAÑA DEL DRAGÓN
LA SIMA INTERMINABLE
EL BOSQUE DEL NORTE
EL GINKO DEL ABUELO
EL CLARO DE AIROSOBOSQUE
EL CLARO DE LOS BANQUETES
EL BOSQUE DEL SUR

PRÓLOGO

Arenaltranquilo, una grulla cuellinegra macho, cabeceaba elevándose por las corrientes de aire que fluían sobre las cumbres y los valles del Reino del Bambú. Su pareja, Aguasquietas, le tocaba la punta de las alas con las suyas mientras volaban.

Iba a ser estupendo regresar a su nido en los pacíficos bajíos del gran río. El largo verano estaba llegando a su fin, y la orilla norte sería el lugar perfecto para que ellos dos pudieran escapar del duro invierno de las montañas.

Siguieron el centelleante curso del río que se abría paso a través del reino, volando por encima de los rápidos y de los frondosos bosques, hasta que, por fin, Aguasquietas soltó un suave graznido.

—Ya casi hemos llegado. Mira, ahí está la cascada. Las rocas musgosas estarán justo detrás de este meandro.

Giró en el aire, mirando ansiosa la ribera en busca de su lugar de anidamiento. Pero, al superar el meandro, Arenaltranquilo supo de inmediato que algo no iba bien.

—¡¿Dónde están las rocas?! —exclamó.

El lugar de anidamiento no se parecía en nada a lo que recordaba. Después de la gran inundación, Aguasquietas y él habían pasado un tiempo buscando el sitio perfecto donde construir su nuevo nido. Al migrar a principios de la primavera, habían dejado atrás una ladera que descendía suavemente a un remanso poco profundo rodeado de rocas musgosas, un lugar perfecto para pescar pececillos y mantenerse protegidos de la corriente del río. Pero ahora había un descenso mucho más abrupto desde la tierra a la orilla…

—¡Mira! —gorjeó Aguasquietas, descendiendo en picado para aterrizar sobre la cima musgosa de un elevado saliente rocoso.

Su pareja se posó a su lado, conteniendo un grito de sorpresa. Allí, en lo alto de la roca, se hallaba su antiguo nido: un confortable círculo de ramitas, bambú astillado y musgo. Arenaltranquilo tardó un instante en comprenderlo.

¿Cómo era posible que el nido no estuviera junto al río? Pero entonces se dio cuenta de que no era el nido el que se había movido… ¡sino el río!

—¡Aguasquietas! —exclamó sin aliento—. ¡La inundación está remitiendo por fin!

Saltando de roca en roca, Arenaltranquilo descendió hasta la nueva orilla. Cerca de allí asomaba un árbol retorcido que no hacía mucho había estado debajo el agua. De hecho, aún estaba cubierto de algas goteantes. Junto a él, un fino brote de bambú con una sola hoja verde había empezado a crecer en el cieno de la ribera. El sol brillaba sobre todas las cosas, secando las rocas y centelleando en la superficie del río. Incluso la corriente parecía un poco más pacífica que antes. Otros pájaros recorrían las orillas con curiosidad, picoteando la blanda tierra, mientras un par de ardillas voladoras saltaban de rama en rama por encima de las grullas, parloteando entusiasmadas.

—Esto es maravilloso —dijo Aguasquietas—. ¡Por fin las cosas están volviendo a la normalidad!

Las dos grullas juntaron sus cabezas un instante y luego se separaron para buscar una ubicación mejor en la que construir su nuevo nido. Arenaltranquilo encontró una zona arenosa en los nuevos bajíos, donde la corriente lamía una enorme roca blanca y lisa, y la pareja se puso a recoger ramitas y hojas y empezó a entretejerlas capa tras capa. Una carpa muy grande pasó nadando, y Arenaltranquilo se detuvo a mirar cómo zigzagueaba entre los bosques de algas fluviales.

Aguasquietas le quitó el palito que sujetaba con el pico y entró y salió del nido un par de veces, examinando el trabajo con ojo experto. Arenaltranquilo graznó quedamente para sí mismo y se retiró una pluma suelta de debajo del ala. Su pareja era estupenda construyendo nidos, y, mientras trabajaba, la mancha roja de su cabeza, con su inconfundible forma de hoja de ginkgo, resplandecía bajo la fulgurante luz del sol.

Arenaltranquilo remetió la pluma suelta en el entramado del nido y luego avanzó un poco más por el agua, notando cómo la nueva corriente lamía sus esbeltas patas. El río siempre los avisaba si se avecinaban problemas, pero en ese preciso instante parecía… extrañamente agitado. Arenaltranquilo no acababa de captar el sentido de todo aquello. No se trataba del espantoso chapoteo de la llegada de un depredador… Era como la sensación de un gran cambio, y de más cambios en ciernes…

Algo cayó al agua detrás de él, y, al girarse, vio a su pareja plantada al lado del nido y la ramita que antes tenía en el pico flotando en la corriente junto a ella.

Aguasquietas tenía el pico entreabierto, y su mirada, normalmente aguda, parecía desenfocada.

—¿Has notado eso? —preguntó con un hilo de voz.

Arenaltranquilo se concentró en la corriente, pero no percibió ningún cambio.

—¿Si he notado el qué? —preguntó a su vez.

—Aquí había algo… —Aguasquietas había ahuecado todas las plumas y saltaba de una pata a la otra, nerviosa—. ¿No lo has notado? Ha sido como si algo… me echara el aliento encima.

Tras una pausa, la grulla se metió en el río, salpicando las patas de Arenaltranquilo. Él se quedó mirándola, desconcertado, mientras su pareja comenzaba a dar vueltas por los bajíos, asustando a otra carpa que descansaba en una zona soleada.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, sin poder evitar que se le erizaran las plumas del cuello—. Yo no he notado nada.

—Creo… creo que… tengo que irme. —Aguasquietas se detuvo por fin para mirar a Arenaltranquilo—. Lo siento muchísimo.

—¿Que tienes que irte? —repitió él sin entender—. Pero si acabamos de llegar… Podemos trasladar el nido, si es lo que…

—No, no se trata de eso. El nido es perfecto… Se trata de mí. Noto que hay algo… llamándome. Hay algo que debo hacer. —Cruzó el agua para reunirse con Arenaltranquilo y pegó el pico al suyo—. Regresaré en cuanto pueda.

—Espera, Aguasquietas… —empezó él, pero ella no esperó.

Alzó el vuelo con un solo salto, esparciendo una centelleante estela de gotas por el aire. Con unos pocos y potentes aletazos de sus alas blancas y negras, la esbelta grulla se deslizó hacia el Bosque del Norte, desapareciendo entre las ondeantes hojas de bambú.

Arenaltranquilo tardó unos segundos en reaccionar. Se dio una sacudida y echó a volar tras ella, aleteando angustiado para seguir su estela. Pero no había ni rastro de su pareja, era como si una fuerte corriente de aire se la hubiera llevado lejos de allí. Dio vueltas y más vueltas por el cielo, buscando cualquier señal de las corrientes que habían podido arrastrarla, pero no encontró nada.

¿Qué estaba sucediendo? ¿Adónde se había ido Aguasquietas? ¿Cuándo regresaría?

¿Regresaría alguna vez?

Con un tenue crujido, parte del nido que estaban construyendo cayó de repente de la pálida roca sobre la que lo habían instalado y comenzó a flotar río abajo. Arenaltranquilo soltó un graznido horrorizado y voló tras él. Chapoteó en el agua y lo sujetó con el pico para intentar llevarlo de nuevo a un lugar seguro.

«¿Para qué? Sin Aguasquietas nada tiene sentido…».

Pero no iba a permitirse semejantes pensamientos.

«Ella volverá, y cuando vuelva, tendrá un maravilloso nido esperándola. Nuestro nido».

Arenaltranquilo se peleó con el entramado de palitos, tratando desesperadamente de salvarlo, aunque algunas partes ya se estaban desmoronando y yéndose con la corriente. Por fin logró ponerlo de nuevo sobre la roca blanca, pero ahora necesitaba algo con lo que afianzarlo…

Se puso a buscar alrededor frenéticamente, hasta que vio algo debajo del agua. Era blanco y reluciente, casi del mismo color que la roca. Al tirar para sacarlo del río, sin embargo, descubrió que era más y más largo, y al final se vio sujetando un objeto fino y curvado.

No era una piedra… era un hueso.

En las montañas, Arenaltranquilo había visto los suficientes depredadores con sus presas como para saber que aquello era una costilla; una costilla que había pertenecido a una criatura muchísimo más grande que un pez.

La soltó con cautela y miró alrededor.

Había huesos por todas partes. Cientos y cientos de huesos asomando entre el barro o resplandeciendo en los bajíos. Sin duda eran los huesos de las criaturas que habían muerto en la gran inundación.

Había muchísimos. Arenaltranquilo los había tomado por piedras, de la misma clase que la gran roca sobre la que habían instalado el nido…

Se dio la vuelta y, lentamente, comenzó a rodear la enorme roca… Y entonces se detuvo, estremeciéndose al ver dos grandes huecos redondos al otro lado. Eran órbitas oculares, y, debajo de ellas, había una hilera de afilados dientes…

Un chillido sobresaltó a Arenaltranquilo mientras contemplaba el campo de huesos en el que habían instalado su nuevo hogar. Instintivamente alzó el vuelo, y de pronto se encontró ascendiendo junto a una bandada de chorlitos.

—¡Vuela! ¡Vuela deprisa! —le advirtieron los pájaros entre gorjeos—. ¡Depredador!

Arenaltranquilo viró en el aire para separarse de los chorlitos y voló en círculo sobre la orilla para averiguar qué los había asustado. Vio a las ardillas

voladoras saltando apresuradamente de árbol en árbol, y, un poco más allá, a un grupo de faisanes que se dispersaban despavoridos de la roca en la que estaban disfrutando del sol.

Y entonces, con un chillido de terror, descubrió qué era lo que los había asustado: sin preocuparse por el pánico que había causado a su alrededor, un enorme felino descendía ágilmente por la colina, con sus rayas negras y naranjas ondulándose a cada paso. Al llegar a la ribera, agitó los bigotes y olfateó el aire antes de meterse en el río, dejando que el agua le lamiera el pecho.

Incluso desde lo alto, Arenaltranquilo pudo oír el gruñido que retumbaba por el aire en torno al tigre. La bestia parecía estar mirando algo al otro lado del río, irguiendo las orejas y sacudiendo la cola en el agua.

Arenaltranquilo no sabía qué estaba persiguiendo el depredador, pero se alegró de no ser la presa que buscaba.

Finalmente, el tigre dio media vuelta y regresó a la orilla.

Al pasar junto al nido, lo rozó con la cola. El nido volvió a resbalar por el cráneo, y Arenaltranquilo pudo ver, descorazonado, cómo su nuevo hogar, todo lo que le quedaba de su desaparecida pareja, acababa arrastrado por la corriente.

1

Hoja se subió a lo alto de una roca plana y señaló con el hocico hacia la Montaña del Dragón. Todavía estaba muy lejos, reluciendo en tonos púrpura tras los jirones de niebla y las nubes arremolinadas, pero la joven panda sabía que encontrarían el camino de alguna manera. Una ráfaga de viento frío le alborotó el pelo, y Hoja se estremeció al contemplar la pendiente rocosa que tendrían que subir para llegar a los bancos de nieve que se adivinaban en el horizonte.

Había llegado hasta allí con su amigo Rayo, el panda rojo; ascendiendo una cumbre tras otra, refugiándose de la ventisca y tras sobrevivir al peor terremoto que habían vivido jamás. Fueron siguiendo el rastro del Gran Dragón, e incluso se habían aliado con un tigre. Y el tigre los había guiado hasta allí.

La osa panda se dio la vuelta y miró hacia el espacio que había entre los árboles del lado de la montaña, donde Rayo estaba arrancando hojas del bambú morado curativo y se los ofrecía a la tía Pruna, que ya se estaba recuperando. La infección de su herida parecía estar remitiendo, aunque estaba claro que iba a quedarle una fea cicatriz.

Junto a ellos había otra osa panda, que sujetaba el extremo del bambú para que Rayo pudiera arrancar los mejores brotes. Se parecía mucho a Hoja, pero estaba mejor alimentada; su figura era más redondeada y su pelo, un poco más lustroso. Era Lluvia Lomapróspera, su hermana.

«Gracias, Gran Dragón —pensó Hoja—. Por salvar a la tía Pruna del ataque del monstruo blanco y por volver a reunirnos a Lluvia y a mí».

Siempre había soñado con cruzar el río y encontrar a su madre y a su hermana. Y ahora no sólo había encontrado a Lluvia, sino que había descubierto que tenían un tercer hermano, su trillizo, en alguna parte del Reino del Bambú.

«Y somos portavoces del Dragón…».

La joven panda había decidido creer en lo que el tigre Cazasombras les había contado sobre su destino, y aun así le seguía pareciendo algo de lo más

extraño. Ella siempre había dado por hecho que el Gran Dragón oía a los pandas cuando éstos le agradecían sus banquetes y le pedían ayuda, pero saber que el Gran Dragón podía responderle le hizo reconsiderar sus palabras de agradecimiento.

«Gracias por ayudarnos —pensó, mirando de nuevo hacia la Montaña del Dragón—. Haré todo lo que esté en mis manos por ser una buena portavoz del Dragón y por arreglar las cosas en el Reino del Bambú».

Esperó que esas frases fueran las apropiadas.

—Lluvia, querida, háblame de los pandas de Lomapróspera —le pidió Pruna a la joven, incorporándose para apoyar el lomo contra un árbol—. ¿Cuántos hay? Parece que allí el bambú es mucho más abundante.

—Sí, hay a montones —respondió Lluvia.

Pruna y Hoja la miraron expectantes, pero no dio la impresión de que ella quisiera entrar en detalles.

«Todavía está asimilando lo que le ha ocurrido», pensó Hoja. Era comprensible. Lluvia había estado a punto de ahogarse en el río, y al volver en sí, se hallaba muy lejos de su casa y una panda desconocida le había dicho que tenía dos hermanos trillizos, que la osa panda a la que llamaba mamá no era su verdadera madre, y que resultaba que era portavoz del Dragón junto con sus hermanos. Hoja no podía culparla por pensar que todo aquello parecía ser un extraño sueño.

—Y… cuéntamelo otra vez —insistió Pruna, frunciendo el ceño—. Lo de Ocaso, quiero decir. ¿No es posible que estés equivocada?

Lluvia soltó una carcajada desdeñosa.

—¿Qué? ¿Acaso insinúas que me imaginé cómo me inmovilizaba debajo del agua?

Pruna se mostró dolida.

—No, en absoluto, querida. Es sólo que… Conocí a Ocaso antes de la inundación, y era un portavoz amable y muy sabio. Jamás me dio el menor motivo para creer que era un embustero.

Lluvia ladeó la cabeza para rascarse detrás de la oreja.

—Bueno, no te ofendas, en serio… pero todos los demás pandas de Lomapróspera opinan lo mismo que tú. Dicen que Ocaso es sabio porque se le da muy bien inventarse profecías imprecisas sobre cosas que sin duda acabarán cumpliéndose, y dicen que es amable porque jamás lo han visto hacer tratos con los monos dorados para que peguen a oseznos indefensos. No se plantean si las ideas del portavoz tienen sentido o no; las aceptan sin más.

Quieren creer en él, así que eso es lo que hacen. ¡Incluso mi madre! Incluso mi mejor amigo, Guijarro…

Se quedó callada, y su expresión huraña se volvió triste.

—Llegaremos hasta el fondo de la cuestión —le aseguró Pruna con delicadeza—. No sé qué le habrá pasado a Ocaso mientras estaba desaparecido, pero averiguaremos por qué ha cambiado de esa manera.

—Si es que es eso lo que ha sucedido —masculló Lluvia—. Ni siquiera sabemos con certeza si alguna vez ha sido un buen panda. Aunque tampoco me importa. Sólo necesito impedir que siga adelante con sus planes.

—Eso no tendría que ser muy difícil —intervino Rayo—. ¡No cuando se enteren de quiénes son los verdaderos portavoces del Dragón!

La tía Pruna suspiró con satisfacción y miró a su sobrina, que se sintió un poco avergonzada al ver su mirada reverencial.

—Mi pequeña Hoja… —dijo la osa panda—. Portavoz del Dragón… y la primera en compartir ese honor con sus hermanos. No podría estar más orgullosa de ti, cariño. De las dos —añadió, mirando a Lluvia.

Lluvia estaba frunciendo el ceño de nuevo.

—Ya sé que son muchas cosas —le dijo Hoja—, pero Rayo tiene razón. Sé que quieres volver para ayudar a tus amigos, pero ahora tenemos una obligación. ¡Y esa obligación nos ayudará a salvarlos a todos! ¡Podemos desafiar a Ocaso y ayudar a todo el Reino del Bambú!

—Y yo os ayudaré a hacerlo —afirmó Pruna, que empezó a incorporarse. Hoja corrió a prestarle el hombro para que pudiera apoyarse en ella, pero su tía chasqueó la lengua y la apartó con el hocico—. Estoy lo bastante fuerte para caminar, gracias a Rayo y su bambú medicinal —Se dio la vuelta para darle al panda rojo un lametazo agradecido detrás de la oreja—. Yo sé lo que tenéis que hacer ahora. Debemos seguir hasta la Montaña del Dragón. Todos los nuevos portavoces han de hacer ese viaje para llevar a cabo el ritual y ser aceptados por el propio Dragón.

—¿Qué ritual? —preguntó Lluvia.

—Ningún panda sabe qué sucede realmente en la cueva —respondió Pruna—. Eso queda entre el portavoz y el Dragón. Pero es algo que todos los portavoces deben saber.

—Entonces será mejor que nos pongamos en marcha —dijo Hoja—. Si es que estás segura de que puedes andar, tía Pruna.

La miró, haciendo una mueca por los cortes enrojecidos que el monstruo blanco le había dejado en el hocico y el costado. No eran profundos, pero

seguían en carne viva. El pelo blanco de alrededor estaba teñido por la sangre que se había secado sobre el pelaje.

—Mientras descansemos para los banquetes, estaré bien —aseguró Pruna.

Dio unos pasos para probar, y después unos pocos más. Hoja se mantuvo muy cerca de ella por si tropezaba, pero cuando ya llevaban recorridos unos cuantos osos de distancia, se relajó. Luego se volvió hacia Lluvia.

Su hermana no se había movido. Seguía sentada debajo de uno de los retorcidos pinos, olfateando el aire, ceñuda. Cuando vio que Hoja la estaba mirando, se levantó y dio unos pasos vacilantes. Le dio una patada a un montón de pinocha.

—Yo no estoy muy convencida de esto —dijo—. ¿Y si os equivocáis? Habréis recorrido todo el camino hasta esa montaña para nada. Incluso podríais morir en el intento. Podríais morir congelados o ser devorados por leopardos, o ese tigre podría regresar y… ¿Y si todo esto no es más que una especie de trampa para asegurarse de que estáis débiles y aislados antes de volver para devoraros?

A Hoja le entraron ganas de decirle que no fuera tonta, pero luego se recordó a sí misma que Lluvia no había tenido tanto tiempo como ella para acostumbrarse a todo aquello.

—Cazasombras está de nuestro lado, eso puedo prometértelo —declaró, dirigiéndose también en parte a Rayo, que de repente parecía horrorizado ante la idea de que aquello fuese una astuta artimaña del tigre—. Estaremos bien si permanecemos juntos. Y si llegamos a la Montaña del Dragón y no ocurre nada, bueno, en ese caso lo sabremos con seguridad, ¿no crees?

Lluvia suspiró y se giró para mirar por encima del hombro. Hoja siguió su mirada y se dio cuenta de que apuntaba hacia el sur, a la ladera de la montaña que descendía hasta el río y Lomapróspera. La joven panda se preparó para seguir discutiendo con ella, pero antes de que empezara, Lluvia miró de nuevo hacia delante.

—De acuerdo. Iré con vosotros. Supongo que descubriré que, después de todo, no soy ninguna portavoz del Dragón —añadió con una sonrisa.

Hoja le sonrió a su vez.

«Me está tomando el pelo. ¡Como una hermana de verdad!».

Los cuatro abandonaron el claro para subir por la pedregosa ladera en dirección a la Montaña del Dragón, morada y envuelta en niebla, y Hoja sintió que se le henchía el corazón. ¿Qué pasaría cuando llegaran a la cueva del Dragón? ¿Verían realmente al Gran Dragón? ¿Él les hablaría?

Fuera como fuese, por el momento se sentía plenamente satisfecha por dirigirse hacia allí. Y estaba con su hermana, que no tardaría mucho en aceptar la verdad.

2

Fantasma clavó las garras en su comida, tratando de sujetarla como le había enseñado Hibernal para poder darle una limpia y definitiva dentellada. Pero aquella cosa no se estaba quieta; por mucho que intentara inmovilizarla se doblaba y se retorcía, y sus brazos ondeantes le daban en la cara y lo hacían recular, lo que implicaba que se le escapara de nuevo, lo que implicaba que tuviera que volver a atacar…

—Puedes hacerlo —lo animó Astilla desde donde estaba, cómodamente sentada sobre una roca al sol y siguiendo los movimientos de la presa de Fantasma con las pupilas dilatadas y agitando la cola—. ¡Atrápala!

—¡Ya casi la tenías! —exclamó otra voz desde mucho más lejos.

Fantasma intentó agarrar con fuerza su comida mientras miraba al otro lado del ancho río, hacia el panda que lo había llamado desde la orilla opuesta. Su nuevo amigo, Ocaso Bosqueprofundo, le había dado instrucciones a gritos para que encontrara comida en aquel extraño lugar, tan cálido y húmedo. Decía que por aquella presa valía la pena el esfuerzo, pero Fantasma empezaba a dudarlo.

Y ahí estaba: la extraña y flexible planta verde a la que Ocaso llamaba bambú se le escapó de nuevo de entre las garras y lo golpeó en toda la cara. Fantasma retrocedió, sacudiendo la cabeza.

—¡Agárrala con los dientes! —le indicó Ocaso a voces—. ¡Cerca de la raíz!

Fantasma respiró hondo. Quizá lo había estado haciendo mal al perseguir las ondeantes hojas de los huidizos extremos. Hundió el hocico en la base de la mata, tratando de ignorar los brotes que le rozaban la nariz, y mordió por primera vez una caña de bambú…

La planta cedió casi de inmediato con un satisfactorio chasquido, y en cuanto el fresco aroma del interior del bambú le llenó las fosas nasales, Fantasma comprendió lo que le había estado diciendo su nuevo amigo. Tenía un sabor fresco y ligeramente dulce; nada que ver con las presas que comía en las montañas. Y su olor era delicioso.

Lo sujetó con las mandíbulas y mordió, partiendo la caña de bambú. Le costó un poco retirar las tiras de la corteza que lo cubría, pero valió la pena para llegar a la sabrosa pulpa verde del interior. Entonces inmovilizó el tallo contra el suelo y se comió la parte de dentro, arrancando la corteza con las zarpas.

—¡Esto es asombroso! —le gritó a Ocaso, levantando la cabeza con la boca llena de fibroso bambú.

—Me alegro de que pienses eso —respondió Ocaso—. Pero hay una forma más fácil de disfrutarlo, joven Fantasma.

El viejo panda empezó a explicarle la manera más adecuada de comer bambú. Fantasma dejó de atacarlo, confundido por unas instrucciones que le sonaban complicadas. Siguiendo las indicaciones de Ocaso, se sentó sobre las ancas en vez de agacharse sobre su presa como lo haría un leopardo, empleó las almohadillas de las zarpas para sujetar el bambú y luego arrancó las hojas con los dientes. Hizo una bola con ellas, comenzó a mordisquearlas… y a punto estuvo de echarse a reír por su maravilloso sabor: en aroma y textura era distinto de la pulpa interior de la caña, pero igual de delicioso. Miró hacia las hojas que ondeaban en los otros tallos que crecían del suelo, y pensó que podría quedarse allí sentado todo el día mientras comía felizmente.

—¿Puedo probar un poco?

Astilla bajó de su roca de un salto y se acercó a Fantasma, que le tendió una hoja. La joven leoparda la olfateó con cautela antes de recogerla con los dientes y masticarla…

Y de inmediato frunció la boca, guiñando los ojos con una mueca.

—¡Oh! Es… ¡puaj! —Se sacudió de arriba abajo, intentando escupir la hoja—. ¡No es más que una planta!

Su expresión era tan graciosa que Fantasma no pudo evitar reírse de ella, y, después de un resoplido de asco, Astilla se unió a sus carcajadas. Luego se puso a lavarse las patas, tratando de librarse de aquel sabor, aunque sin dejar de reírse de sí misma. Fantasma se alegró mucho de verla feliz. No se habían reído así desde antes de…

De repente, la escena volvió a aparecer ante sus ojos: Hibernal, su madre, cayendo de la cornisa… En su recuerdo, la caída parecía cada vez más y más larga, de modo que la leoparda de las nieves descendía por el aire durante un tiempo increíblemente prolongado antes de estrellarse contra el fondo de la Sima Interminable y quedarse inmóvil, para no volver a moverse jamás.

Fantasma intentó sacudirse esa imagen de encima y concentrarse en Astilla. Su hermana seguía bromeando, exagerando lo espantoso que le

parecía el bambú.

—Pues entonces, ¡más para mí! —exclamó él, obligándose a sonreír mientras alejaba la caña dramáticamente para que su hermana no la alcanzara.

Estaba muy contento de tenerla a su lado. La habría echado muchísimo de menos si ella hubiera permitido que se fuera solo de las montañas. Astilla no lo había culpado nunca de la muerte de Hibernal, a diferencia de sus otros hermanos, pero, en lo más profundo de su ser, Fantasma sabía que ella lo veía igual que ellos. Al fin y al cabo, él había sido el culpable de todo. Si no hubiese intentado saltar la Sima Interminable, aun sabiendo que no tenía la menor oportunidad, Hibernal nunca hubiera tenido que bajar a rescatarlo.

La culpabilidad lo corroía por dentro mientras pelaba el tallo de bambú para llegar hasta la pulpa. Miró hacia la otra orilla del río, donde Ocaso seguía sentado dejando que el sol de la mañana calentara su pelaje blanco y negro.

«Él es un oso panda —se dijo Fantasma—. Y yo también, según me ha dicho. Entonces, ¿cómo acabé en las montañas? ¿Quién es mi verdadera madre? ¿Dónde está mi madre ahora? ¿Dónde se supone que tengo que estar yo?».

¿Quizá pertenecía a aquel lugar al que habían llegado? Era muy distinto de su hogar en las montañas… y, de hecho, todavía no estaba seguro de si era mejor. Tenía muchos colores y muy vivos, con abundante musgo verde, árboles de hojas doradas y flores que no había visto jamás. También era muy cálido y húmedo, lo que tenía sentido viendo el enorme río que discurría por su centro…

Mientras contemplaba la reluciente superficie del agua, un ave de largo cuello, con una llamativa mancha roja con forma de hoja en la coronilla, aterrizó en los bajíos a pocos metros de él. Astilla giró la cabeza, y los ojos del ave se oscurecieron. El joven panda vio el instinto de caza en la expresión de su hermana, pero el ave miró fijamente a Fantasma durante un breve instante, se ahuecó las plumas y luego alzó de nuevo el vuelo con un movimiento fluido.

Justo en ese momento, Fantasma captó un destello de algo blanco y naranja debajo del agua, muy cerca de donde se había posado el ave, y se inclinó para verlo mejor.

—Eso son carpas —le explicó Ocaso—. Son peces.

—¿Nunca salen a tomar aire para respirar? —se asombró Fantasma, sin despegar los ojos de las criaturas subacuáticas de lisas escamas.

—No. Sólo se asoman para comerse los insectos que revolotean en la superficie.

Fantasma miró el bosque que lo rodeaba, preguntándose qué más podría contarle su nuevo amigo sobre aquel lugar.

—¿Y eso qué es? —quiso saber, señalando con el hocico a una figura gris y rosada que saltaba de rama en rama.

—Es un macaco —respondió Ocaso—. Y mira allí, río abajo… ¿Ves esos cuernos?

Fantasma se giró. En la orilla había un animal incluso más grande que él mismo, aunque bastante parecido a las cabras salvajes que cazaban los leopardos. Tenía los cuernos más cortos y el lomo cubierto de un largo pelaje de un dorado resplandeciente.

—Eso es un takín —le dijo Ocaso.

—Este sitio está lleno de presas… ¿Dónde están los cazadores? —preguntó Fantasma.

—Hay muy pocos por aquí —respondió el oso panda. Incluso con el río de por medio, a Fantasma le pareció que miraba de soslayo a Astilla—. Pero el Gran Dragón cuida de todos nosotros, ya seamos depredadores, presas o pandas.

—¿El Gran Dragón? —Fantasma miró a su alrededor, casi esperando ver a la criatura de la que hablaba Ocaso.

—Así es. Pero no puedes verlo. —El panda se puso en pie, y su voz se tornó más profunda y sonora a través del río—. Es el bosque, y el cielo, y el río… Está a nuestro alrededor, vigilándonos, y sólo el portavoz del Dragón puede oír su voz.

Astilla, que estaba junto a él, soltó un pequeño maullido gutural lleno de recelo.

—Qué tontería —masculló en voz baja—. Ese panda se refiere al Felino de las Nieves, ¿no? Es él quien nos vigila. ¿Por qué cree que es un… lo que quiera que sea un dragón?

Fantasma la fulminó con la mirada, esperando que Ocaso no hubiera oído la grosería de su hermana.

—¿Y quién es el portavoz del Dragón? —preguntó, mirando de nuevo al otro lado del río.

Ocaso hizo una pequeña inclinación, bajando la cabeza con humildad, y Fantasma se sintió repentinamente cohibido.

—Oh… ¿eres… tú?

¡Eso significaba que su nuevo amigo era un panda muy importante! Si de verdad podía hablar con esa gigantesca criatura invisible…

«Después de todo, a lo mejor el Felino de las Nieves me ha guiado hasta aquí».

Fantasma no estaba muy seguro de qué debería decirle a alguien que podía hablar con un ser que era un poco como el Felino de las Nieves. Todavía estaba pensando en eso cuando, de pronto, por encima de su cabeza, hubo un susurro entre las ramas y unos extraños frutos amarillos cayeron al suelo.

No le dieron por un pelo, y el joven panda pegó un salto hacia atrás y levantó la vista.

—No te asustes —le dijo Ocaso—. Sólo son ardillas voladoras.

«¿Ardillas voladoras?». Fantasma había visto ardillas muchas veces, ¡y estaba seguro de que no volaban! Al menos en las montañas…

Miró de nuevo hacia el árbol, pero no vio pájaros ni alas: tan sólo dos pequeñas criaturas peludas que corrían por las ramas… Y entonces, de repente, saltaron estirando las patas a los lados, y el joven panda vio que tenían largas membranas con pelo que les permitían planear fácilmente por el aire hasta la siguiente rama.

—¡Ocaso, Ocaso! —exclamó una de ellas mientras volaba—. ¡Portavoz del Dragón, el río, el río!

—¿Qué es lo que ocurre, mi pequeña amiga? —preguntó el viejo panda.

—Río arriba —dijo la otra ardilla—. ¡La crecida! ¡Por fin está remitiendo!

—¿Qué? —Por un segundo, la amable voz del panda sonó áspera e impresionada. Pareció tomar aire y pensar un instante, antes de hablar de nuevo—. ¿Qué quieres decir, amiga mía? ¿De verdad el nivel del agua está descendiendo?

—¡Está descendiendo! ¡Bajando! ¡Hay menos agua! —parloteó la ardilla, correteando por la rama arriba y abajo.

—Sube hasta las Rocas Ovales y lo verás, gran portavoz —dijo la otra—. El paso del río ha vuelto a aparecer. Al menos lo suficiente para que lo cruce un panda grande.

Fantasma no entendía muy bien de qué iba todo aquello, de modo que miró a Ocaso para ver su reacción. Vio que parecía como si alguien le hubiera atizado en la cabeza con una piedra, pero sólo durante un segundo. Después, el portavoz bajó la cabeza y volvió a levantarla con ojos brillantes.

—¡Gracias por contármelo, mis amigas voladoras! Fantasma, ¿quieres ir río arriba conmigo?

—Claro —respondió él, poniéndose en pie—. Pero ¿qué está pasando?

—Durante un año, desde la gran inundación, no ha habido manera de cruzar el río —le explicó Ocaso—. Pero por lo visto parece que eso ha terminado por fin. Acompáñame río arriba hasta las Rocas Ovales… Sólo tienes que seguir por la orilla; reconocerás el sitio en cuanto lo veas. ¡Entonces podrás cruzar el río y unirte a tus compañeros pandas!

A Fantasma empezó a latirle el corazón más deprisa. ¿De verdad estaría pronto entre otros de su misma especie, por primera vez en su vida?

—¡De acuerdo! —exclamó.

Ocaso asintió de nuevo y luego se bajó de su roca, desapareciendo en el frondoso bosque verde del lado sur del río.

—¡Venga! —le dijo Fantasma a Astilla—. ¡Vamos a ver a qué viene este revuelo!

Astilla se puso en pie, moviendo la cola entusiasmada, y los dos echaron a andar. Siguieron el río, chapoteando en los bajíos, cruzando riberas pedregosas, y, de vez en cuando, trepando por rocas cubiertas de musgo y pasando por encima de las ramas de árboles medio sumergidos, mientras el cauce del río serpenteaba a través del escarpado paisaje. Fantasma era consciente de la presencia de otras criaturas que también se movían por los árboles, pájaros, monos y unas pequeñas bestezuelas rojas de larga cola rayada, que iban todas en su misma dirección.

Por fin llegaron a un lugar donde la orilla era amplia y fangosa, como si hubiese estado bajo el agua tan sólo unas horas antes. Se oía el estruendo de un salto de agua, y un poco más adelante Fantasma vio una pequeña cascada, donde el nivel del río descendía repentinamente a la altura de un leopardo de las nieves adulto. Más allá de la cascada había un remanso tranquilo y plano en el río, en el que sobresalían cinco rocas ovales de color gris un poco más grandes que la cabeza de Fantasma. La verdad es que parecían una colección algo dispersa de huevos enormes. Relucían, húmedas y verdosas, como si hubiesen estado sumergidas apenas unos segundos atrás.

Animales de todas las clases se habían congregado alrededor de las Rocas Ovales a ambos lados del río, y había un gran griterío mientras las criaturas se miraban entre sí al contemplar las tranquilas aguas. Algunos de los animalillos más pequeños repararon en la presencia de Fantasma y Astilla y se alejaron de un salto, asustados, pero la mayoría de ellos estaban demasiado ocupados contemplando el agua, examinándola y especulando sobre el significado de todo aquello.

—¿Será que el Gran Dragón nos ha perdonado por fin? —se preguntó una mona dorada, de cara chata y azul.

—Ya era hora —replicó la criatura roja de cola rayada, que había trepado hasta su rama para sentarse junto a ella—. ¡Todavía no sabemos qué es lo que hicimos mal!

—¡Cuernodorado! ¿Eres tú?

—¡Lomoamarillo! ¡Estás vivo!

Dos takines se habían acercado a las rocas y se estaban llamando a través del río. El del lado de Ocaso dio unos pasos y metió las pezuñas en el agua. Pareció prepararse, y luego bajó la cabeza y empezó a avanzar al trote, muy decidido. El agua le llegó hasta la mitad de las patas, pero no más. Finalmente, el takín alcanzó la orilla opuesta, y Fantasma retrocedió un paso mientras Lomoamarillo se adelantaba para entrechocar la cornamenta con su amigo Cuernodorado.

—¿Lo hacemos? —le preguntó Fantasma a Astilla, girándose hacia ella.

—¡Vamos! ¡Quiero ver qué hay al otro lado! —maulló su hermana.

Fantasma se metió en el agua con cautela. No estaba tan fría como los arroyos de nieve fundida de las montañas, pero jamás se había metido hasta la barriga en una corriente de agua como aquélla. La sensación de notarla agitándose en torno a sus patas hizo que se sintiera inestable. Astilla parecía tener algo más de equilibrio que él, como de costumbre, pero también era más pequeña, y sus pulmones seguían siendo más débiles de lo que deberían. Fantasma miró hacia atrás, pensando que tal vez debería ofrecerse a llevarla sobre el lomo, pero vio su expresión decidida mientras mantenía la cabeza por encima del agua, y prefirió no decirle nada.

Los dos juntos fueron avanzando sobre las resbaladizas piedras, esforzándose por no perder pie con el empuje de la corriente. Fantasma intentó hundir las garras entre las rocas, pero eso sólo sirvió para desequilibrarlo aún más: le resbaló una pata, y oyó el murmullo de asombro de los animales congregados en las orillas mientras él se aferraba a una de las rocas ovales, con el corazón desbocado. De pronto, fue muy consciente de la presencia de la cascada, a sólo unos pocos osos de distancia, y del río mucho más profundo que había después…

—¡Puedes hacerlo, Fantasma! —exclamó una voz.

El joven panda levantó la cabeza y vio a Ocaso apareciendo en la otra ribera. Todos los animales se apartaron respetuosamente para dejar pasar al portavoz. Fantasma recuperó el ánimo y se separó de la roca, tanteando con las patas antes de dar cada paso. Clavó la mirada en la orilla y no dejó de avanzar, lenta y firmemente, hasta que notó que sacaba la barriga del agua. Se detuvo unos segundos en el suelo más sólido para girarse, y observó con

orgullo que Astilla se reunía con él, resollando, pero con los ojos brillantes de triunfo.

Fantasma se volvió entonces hacia Ocaso y respiró hondo, y sus fosas nasales se llenaron del intenso y sabroso aroma del bambú. Era mucho más abundante en aquel lado del río, y olisqueó varias veces el aire mientras le rugía el estómago.

—Bienvenidos, amigos —los saludó el portavoz, dando unos pasos hasta el borde del agua para recibirlos.

Al acercarse, Fantasma reparó en que era mucho más grande de lo que parecía cuando el río se interponía entre ambos.

«¿Tanto crecen los pandas cuando llegan a adultos? —se preguntó—. ¿Yo también seré así de grande dentro de unos pocos años?».

El portavoz del Dragón era imponente visto de cerca, y no sólo por su tamaño. Tenía una enorme cicatriz a lo largo del costado que parecía no haberse curado del todo.

Entonces Ocaso inclinó la cabeza para saludar a Fantasma, entrechocando delicadamente su nariz con la suya. El joven sintió una oleada de calidez detrás de las orejas, y lo asaltó otro recuerdo de Hibernal… aunque esa vez sin tristeza ni culpabilidad. Recordó la lengua de la leoparda de las nieves, áspera pero tierna, mientras le lavaba la cara a su cachorro en la seguridad de su guarida, muy lejos de allí.

Por primera vez desde la muerte de Hibernal, pensar en ella lo llenó de felicidad.

—El Gran Dragón sin duda os ha guiado hasta aquí —dijo Ocaso—. Bienvenido a casa, joven panda. —Luego bajó la cabeza todavía más para tocar también la frente de Astilla con la nariz, y su cálido aliento le alborotó el largo pelaje de alrededor de las orejas—. Y tú también, amiga mía. Bienvenidos los dos. Seguidme.

Dio media vuelta y echó a andar. Fantasma sólo se detuvo un instante para sacudirse el agua del río, y entonces corrió tras él sin dudarlo.

No fueron muy lejos. Treparon por un largo sendero que parecía haberse formado entre la vegetación tras el paso de numerosas y grandes patas a lo largo del tiempo. Había bambú por todas partes, rodeándolos y creciendo entre las grietas de las rocas, y el olor que Fantasma asociaba con Ocaso se fue volviendo más y más intenso. Poco después salieron por fin a un claro, donde la tierra formaba una depresión cubierta de hierba abierta al resplandeciente cielo azul.

Y allí, aguardando su llegada, había muchas más de esas grandes criaturas que Ocaso llamaba osos panda. Todas ellas tenían las mismas manchas negras en los costados y alrededor de los ojos y las orejas, y todas ellas los miraban con la misma expresión de sorpresa y curiosidad en sus brillantes ojos negros.

Fantasma dio un paso adelante, con el corazón en la garganta. ¡Había un montón de osos panda! ¡Una manada entera de ellos, iguales que él!

Por fin había encontrado el lugar al que pertenecía.

3

Lluvia le dio una patada a una piedra que estaba en mitad de su camino, y la piedra rodó ladera abajo provocando una satisfactoria cascada de guijarros.

«Esa piedra va en la dirección correcta —pensó la joven panda—. Hacia abajo, hacia el río, hacia Lomapróspera y Ocaso Bosqueprofundo. Va hacia donde debería estar yendo yo».

Era consciente de que no debería dejarse llevar por esa clase de pensamientos. Ella había aceptado, ¿no? Podría haber dicho que no, en vez de…

Miró hacia delante y suspiró resignada. Hoja, Pruna y Rayo estaban subiendo la ladera, caminando juntos mientras ella los seguía. Hoja y Rayo avanzaban despacio y prestando atención a Pruna, preocupados por la panda de mayor edad, mientras Lluvia iba tras ellos sintiéndose incómoda y arrepintiéndose de todo.

Se arrepentía de haber dejado que Hoja la convenciera de que valía la pena viajar hasta una montaña distante, sólo porque había una remota posibilidad de que podía ser la próxima portavoz del Dragón. Estaba claro que eso era una tontería, ¿no? Hoja quizá sí, pero ¿ella, Lluvia? Era imposible, del mismo modo que era imposible que fuesen hermanas. Si fuera cierto que tenía hermanos, trillizos, y que su destino se había confiado a un tigre que vivía en una remota cueva, estaba bastante segura de que Peonía se lo habría mencionado.

También se arrepentía de haber dejado que el panda rojo la convenciera de comer termitas. Para el último banquete no había bambú, igual que había ocurrido con el anterior, pero ella debería haberse limitado a las raíces secas que había encontrado, en vez de permitir que Rayo la persuadiera de meter la lengua debajo de aquella roca. Esos insectos tenían un sabor fuerte y amargo, y estaba convencida de que aún notaba a uno de esos bichos retorciéndose entre sus dientes.

Pero, por encima de todo, se arrepentía de haber dejado que Ocaso supiera que había descubierto sus mentiras. Debería haberle seguido el juego con lo

de la falsa visión. Su incapacidad de mantener la boca cerrada casi le había costado la vida, y ahora estaba atrapada en el lado equivocado del río, caminando con aquellos pandas chiflados y alejándose cada vez más de su hogar y de su venganza con cada paso que daba. Debería haber sido más cuidadosa, y por supuesto no debería haberse reído de él…

Aunque la cara que había puesto Ocaso había sido de lo más gratificante.

Hacía muchísimo frío allí arriba. Sin duda alguna era una tontería pensar eso mientras el suelo escarchado crujía bajo sus patas y su aliento se condensaba delante del hocico, pero no podía evitar que le molestara el frío en las almohadillas y en la punta de la nariz.

Contempló las extensiones nevadas ante ella, ondulándose en la distancia.

«Podríamos morir congelados ahí arriba, ¿y para qué?», se dijo.

Un poco más allá, Rayo trepó a lo alto de un montón de rocas y luego volvió a bajar junto a Hoja, señalando la ruta más rápida y segura. Hoja se giró hacia Lluvia una vez más y le dedicó una sonrisa de ánimo que la sacó de quicio.

«¡Y todo esto por la palabra de un tigre! ¡Un depredador! ¿Cómo es posible que Hoja haya confiado en él?».

Nada de aquello tenía sentido.

Vale, probablemente ella había tenido una visión una vez; una visión en la que había visto un dragón o algo parecido… Dos veces, si contaba el momento en que se estaba ahogando. Y, sí, ese dragón tenía tres cabezas, a pesar de no haber oído jamás ninguna historia que mencionara esa apariencia. Pero eso no significaba que la historia de los tres portavoces del Dragón fuera cierta. Incluso aunque todo eso fuera verdad, ¿por qué iba el Dragón a salvarle la vida en el río para luego mandarla a morir congelada en las montañas?

Eso si es que lograban llegar a las extensiones nevadas de allí arriba, claro… Lluvia empezó a trepar por el montón de rocas, tratando de seguir la ruta de Rayo, pero descubrió que era muy difícil. No quería pisar aquellos bordes afilados que relucían peligrosamente por la escarcha, pero sabía que, si ponía las zarpas sobre las huellas de Hoja, la escarcha estaría medio derretida y sería más resbaladiza aún.

Llegó hasta la mitad del montón, y justo en ese momento una piedra se deslizó bajo su peso, haciendo que perdiera el equilibrio y que cayera de bruces sobre las rocas.

—Lluvia, ¿estás bien? —la llamó Pruna desde más adelante.

La joven panda no respondió ni levantó la cabeza. Mantuvo la mirada fija en las piedras, con la visión empañada de irritación y vergüenza, y luego se puso en pie y se obligó a seguir subiendo. Una cosa era que Hoja, joven y fuerte, trepara mejor que ella, pero ¿qué pasaba con la tía Pruna, que era más vieja y estaba herida? Eso era casi intolerable.

Lluvia sacudió la cabeza e intentó ver de nuevo el lado bueno de todo aquello. Desde luego, en el Reino del Bambú habían estado sucediendo cosas muy extrañas, y, además, ella no sabía cómo volver a cruzar el río.

Quizá descubriera algo en aquel viaje que valiera la pena saber, después de todo. Quizá Hoja llegaría a la cueva del Dragón y se convertiría en la nueva portavoz, y entonces podrían regresar a Lomapróspera y librarse de Ocaso entre todos. Eso sería genial.

En cualquier caso, si había algo de cierto en todo aquel embrollo de trillizos y destinos, no tardarían en averiguarlo.

No se atrevía a contarle a Hoja lo de su visión en la cascada, y tampoco quería darle detalles sobre lo que había visto en el río. Ya sabía lo que le diría esa alegre y entusiasta panda: «¿Lo ves, Lluvia? ¡Eso significa que todo es verdad! ¡Tú eres una portavoz del Dragón!».

Esa idea era de lo más absurda.

Cuando por fin llegó a lo alto de las rocas, Lluvia se encontró ante una escarpada pared con una pendiente mucho más difícil, cubierta de grava y hierba marrón. Hoja, Pruna y Rayo se habían parado también, y miraban boquiabiertos la pared que se alzaba ante ellos, donde una grieta oscura formaba la boca de una cueva.

—Aquí es donde me atacó el monstruo blanco —dijo Pruna con un hilo de voz. La vieja panda dio un paso atrás, nerviosa—. ¿Podéis oler eso?

—Yo huelo a depredador —susurró Hoja—. ¿Crees que todavía está ahí?

—No parece un olor especialmente reciente —repuso Lluvia, que se acercó cautelosamente a la cueva y olfateó el suelo.

—¡Ten cuidado, Lluvia! —exclamó Rayo, alarmado.

Ella pensó en no darse por aludida, pero luego se giró para hacerle una seña con la cabeza.

—Creo que se ha ido —dijo en un susurro—. Fuera lo que fuese.

La verdad es que se sintió un poco decepcionada al entrar en la cueva y descubrir que estaba vacía. Un monstruo blanco sonaba a algo tan improbable como que ella fuese portavoz del Dragón. Casi deseaba que aquel ser aún estuviese allí; así podrían haberlo visto a la luz del día para descubrir que no era ninguna clase de espíritu maligno, sino un depredador común y corriente.

El olor, en cualquier caso, era bastante real, al igual que el mechón de pelo blanco que encontró en el fondo de la gruta, donde alguna criatura parecía haberse ovillado para dormir.

Se le ocurrió una pequeña travesura. Decidió esperar dentro de la cueva más tiempo del necesario, procurando no hacer ruido.

Poco después, salió lentamente al exterior.

—Ahí no hay nada —anunció.

La cara de inmenso alivio de los demás hizo que se sintiera un poco mal, pero no mucho.

—Mi madre dice que en las montañas hay leopardos —añadió—. Quizá… —Se interrumpió con un respingo—. ¿Qué es eso?

Bajo sus patas, el suelo se estaba moviendo casi como si tuviera vida propia, y a lo lejos se oyó algo que parecía el rugido de un enorme animal herido. Empezaron a rodar piedras por las laderas, y una bandada de pajarillos alzó el vuelo desde un pino cercano, piando con inquietud. Rayo pegó la barriga al suelo, poniéndose la cola por encima de la cabeza, y Hoja y Pruna se apretujaron la una contra la otra. Algo golpeó en la nuca de Lluvia, que gritó, se dio la vuelta, y vio que una rociada de piedrecillas caía de lo alto de la pared rocosa.

Y entonces, casi tan deprisa como había empezado, todo terminó y la tierra dejó de temblar.

—¿Qué ha sido eso? —volvió a preguntar Lluvia.

—Un terremoto —respondió Hoja, dando un lametón en la oreja de Pruna para reconfortarla—. Aquí arriba hay muchos, aunque éste ha sido pequeño, gracias al Gran Dragón.

—¿Pequeño? Pero ¡si se ha movido todo el suelo! ¿Qué es lo que pasa cuando son más grandes?

Lluvia se dio cuenta enseguida de que no era una buena pregunta, porque Hoja pareció apenarse y Rayo sacudió la cabeza.

—Yo sólo he vivido uno grande —contestó la joven panda—. Perdimos… a todo el mundo. A todos los pandas de Airosobosque… A todos los pandas rojos… Habíamos decidido marcharnos del Bosque del Norte después de ver a Cazasombras. Íbamos todos de camino a la Montaña del Dragón. Cuando empezó el terremoto, Rayo y yo conseguimos agarrarnos a unas rocas, pero los demás intentaron huir… y la avalancha de tierra se los llevó como si nada.

—Oh —musitó Lluvia—. Lo lamento mucho. ¿Están todos…?

Fue incapaz de decir «muertos», pero Hoja sabía perfectamente lo que quería preguntar.

—No lo sabemos —respondió cabizbaja—. No encontramos ningún cuerpo, así que…

—Están vivos —declaró Rayo con fiereza—. Tienen que estarlo.

Hoja asintió.

—Tenemos que creer en eso. Y seguir adelante.

Comenzaron a ascender la ladera, y esta vez Lluvia se mantuvo cerca de los demás.

—La tierra debe de estar alterada —dijo Pruna mientras avanzaban—. El reino no ha sido el mismo desde la inundación. Estoy segura de que éste no será el último terremoto que veremos durante el viaje.

—Es como si la montaña nos dijera que nos demos prisa —coincidió Hoja, animándose un poco—. Debemos encontrar al Dragón antes de que Ocaso pueda hacerles más daño a los pandas de Lomapróspera.

Lo dijo mirando de reojo a Lluvia. Ésta apreciaba que su supuesta hermana quisiera asegurarse de incluirla, pero, al oír esas palabras, no pudo evitar acordarse de cuando Ocaso se inventaba profecías falsas y hablaba del cambio del viento y de las estaciones, y todos los pandas se devanaban los sesos tratando de descifrar qué significaba todo aquello.

¿Y si todo aquello no significaba nada? O, peor quizá, ¿y si significaba lo contrario de la teoría de Hoja: que la montaña les estaba diciendo que dieran media vuelta, que iban por el camino equivocado?

A pesar de todo, siguió a Hoja y a Rayo durante el resto del día, parándose a celebrar los correspondientes banquetes, por mucho que en la montaña hubiese muy poco que comer y que nada de ese poco fuera bambú. A la hora del Banquete del Sol Alto ya habían subido toda la ladera y un risco rocoso, habían bajado por el otro lado y estaban ascendiendo por una pendiente nevada donde no había nada en absoluto para comer. Se sentaron unos minutos en silencio, antes de continuar. Más adelante, mientras atravesaban un inmenso prado nevado, vieron una hilera de árboles, donde encontraron unas pocas bayas caídas que se comieron allí mismo, aunque a Pruna le habría gustado que pudieran llevárselas para el siguiente banquete. Lluvia procuró no poner los ojos en blanco.

Justo después de hacer una pausa para el Banquete de la Luz Larga, Lluvia se dio cuenta de que ya no podía ver la Montaña del Dragón en la distancia y se paró, con el corazón en un puño. ¿Y si se habían perdido? La montaña debería estar justo detrás del elevado pico rocoso que se alzaba ante ellos, pero ¿y si no estaba ahí?

Apretó el paso, mientras los demás avanzaban ante ella entre la nieve y las rocas irregulares para coronar el pico, pero poco después de adelantar a Rayo estuvo a punto de chocar con el trasero de Hoja, que había rodeado una gran roca y había frenado en seco, mirando hacia delante.

—Caramba… —murmuró Rayo, tras alcanzar a las dos pandas y trepar al lomo de Hoja para ver mejor.

Lluvia y Hoja contemplaron juntas el camino que tenían por delante. Era una senda lisa y nevada que discurría por el fondo de un estrecho desfiladero, con muros de roca alzándose a ambos lados. Y allí, perfectamente enmarcada al final del sendero, estaba la Montaña del Dragón. Ahora estaba mucho más cerca, y sus laderas teñidas de morado se elevaban hasta una cumbre desigual. El reluciente sol de la Luz Larga se reflejaba en las nubes que envolvían la montaña y las volvía de un profundo y ardiente color naranja.

Lluvia casi empezó a creerse que allí pudiera haber de verdad un dragón durmiendo. Las nubes podrían ser su aliento, y esa parte tan oscura de la base del pico podría ser la boca de una caverna… Aunque, si lo fuera, la caverna sería gigantesca…

—¡Ya casi hemos llegado! —exclamó Hoja, conteniendo la respiración y mirando a Lluvia con unos ojos que relucían con el mismo fuego que reflejaban las nubes—. ¡Vamos!

A pesar del hambre y del dolor en las patas después de haber caminado todo el día sobre roca y nieve, Lluvia sintió que se le contagiaba parte de la energía de Hoja. El camino a través del desfiladero, que serpenteaba entre muros rocosos, era el más fácil que habían encontrado en todo el viaje, y la visión de la montaña bajo la radiante luz del sol le dio un objetivo en el que concentrarse. Pronto estarían allí, y entonces sabrían… En fin, si el Gran Dragón existía de verdad, les brindaría una respuesta, una señal, algo. Y si no, podría dejar atrás toda aquella historia de los portavoces.

En la parte más profunda del desfiladero el sendero estaba envuelto en sombras, y de repente el aire era muchísimo más frío. Más adelante, las nubes parecían arder alrededor de la Montaña del Dragón…

Y justo en ese instante, el suelo se estremeció de nuevo y Lluvia empezó a resbalar. La blanda nieve no proporcionaba asideros ni forma alguna de mantener el equilibrio, de modo que se ovilló en el suelo, como había hecho Rayo antes, para no salir rodando. Hoja patinó sobre sus ancas, y Pruna fue tambaleándose hasta la pared para apoyarse en ella.

Pero esta vez el temblor no se detuvo. Siguió y siguió, aumentando de intensidad. Un sonoro retumbo se elevó de algún sitio cercano, aunque Lluvia

fue incapaz de adivinar su origen… Parecía proceder de todas partes a su alrededor, como el estruendo de un río al precipitarse por una catarata. Luego se oyó un crujido repentino. Lluvia levantó la cabeza, aterrorizada, y vio cómo las paredes del desfiladero empezaban a agrietarse y a derrumbarse. Losas de piedra se separaban de los muros a medida que las fracturas se propagaban a través del hielo y la roca, y una de ellas se estrelló contra el sendero más adelante, provocando una avalancha de nieve que comenzó a descender sobre los pandas.

—¡Atrás! —bramó Lluvia.

Agarró a Rayo por el pescuezo y trató de incorporarse. La nieve seguía temblando y resbalaba, pero, si hundía las garras y corría, el impulso la empujaría hacia delante. Vio que Pruna se separaba de la pared y que Hoja se levantaba patinando, y un instante después todos estaban volviendo sobre sus pasos a la carrera, a través de la blanda nieve. A sus espaldas, Lluvia oyó otro sonoro impacto y notó que una rociada de nieve lo golpeaba en la nuca. Sonó un retumbar de piedras cayendo unas sobre otras, y justo en ese momento, muy repentinamente, el suelo se quedó quieto y se hizo el silencio. Sólo se oían las pisadas de los pandas sobre la nieve.

Lluvia se detuvo trastabillando, soltó a Rayo y miró hacia atrás.

Hoja y Pruna también estaban a salvo, pero el sendero había desaparecido. Habían caído rocas por ambos lados del desfiladero, bloqueando el paso y formando un enorme montón de aspecto poco firme que tenía al menos la altura de diez osos.

La montaña quedaba oculta tras las rocas, y su luz se había apagado.

4

Hoja no lo entendía.

En cuanto rodearon aquel pico y vieron la Montaña del Dragón envuelta en llameantes nubes, con aquel liso camino nevado que conducía justo hasta ella, había sabido lo que debía hacer. Había sentido una especie de paz, como si le hubieran quitado un peso de encima. Todas sus dudas se habían esfumado, como las sombras en el Sol Alto.

Sabía lo que tenía que hacer. Tenía que ir hasta esa montaña.

Pero luego…

La joven panda suspiró, alargando una zarpa para tocar una de las enormes losas de piedra que habían caído sobre el camino.

Aquello no tenía sentido. ¿Por qué la había llamado el Dragón de aquella manera, enviándole a Cazasombras para decirle que acudiera hasta allí, si luego hacía aquello? ¿Podía tratarse simplemente de un terremoto, y no de una especie de mensaje?

—Vamos —dijo Lluvia por tercera vez. Aunque Hoja notaba que estaba intentando ser amable, su tono empezaba a sonar irritado—. No podemos quedarnos aquí. Dentro de poco caerá la noche.

Hoja se volvió hacia la tía Pruna, que estaba muy quieta a unos pocos osos de distancia, contemplando el desprendimiento de rocas como si esperara otro temblor en cualquier momento. No abrió la boca para darle la razón a Lluvia, pero tampoco le llevó la contraria.

Rayo se unió a Hoja ante el montón de rocas.

—Podemos ir por otro sitio —le dijo el panda rojo a su amiga—. Podemos encontrar un camino más arriba o rodear el desfiladero. Hay montones de rutas. Sé que encontraremos alguna.

—Pero el camino es éste… —susurró Hoja, casi para sí misma. Todavía estaba segura de eso, aunque ahora el resplandor del Sol Alto de su certeza estaba empezando a quemarla por dentro.

—No puede ser —replicó Lluvia, y Hoja se giró hacia ella—. Lo siento. Yo he llegado hasta aquí porque creía que tú sabías adónde íbamos, pero no

pienso deambular por la montaña intentando llegar a un sitio al que está claro que no debo ir.

—¿A qué te refieres?

Lluvia soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

—¡Me refiero a eso, Hoja! —Apuntó con el hocico hacia las rocas desprendidas—. Ya sabes, a la gigantesca pared que podría habernos aplastado. Mira, si tú tienes razón, si de verdad hay señales y si el Dragón está tratando de hablarnos y la montaña tiene una opinión sobre adónde vamos, entonces ésta es la señal más clara que hemos tenido nunca. Si todo esto es cierto, es evidente que hay alguien que no quiere que vayamos por ese camino. Así que yo me vuelvo a casa. Espero que encuentres lo que sea que estás buscando.

—Lluvia, espera —le dijo Pruna con dulzura, pero la joven panda no le hizo ni caso y echó a andar a través de la nieve, deshaciendo el camino que habían recorrido.

A Hoja se le aceleró el corazón. No podía dejar que su hermana se fuera sin más. Aquello podía ser el final de su viaje. Tenía que hacer algo.

Se volvió de nuevo hacia el muro rocoso y tragó saliva.

—¡Esperad! Sólo… ¡sólo hay que trepar! ¡Yo puedo hacerlo!

Miró hacia atrás, y vio que Lluvia estaba vacilando.

—No, no puedes —le dijo—. Es demasiado peligroso.

—Hoja es la mejor trepadora de todo el Bosque del Norte —replicó Rayo con un tono de orgullo herido, y su amiga le sonrió.

—Gracias, Rayo. Puede que no sea la mejor trepadora, pero sé que esto puedo hacerlo. Al menos tengo que intentarlo, Lluvia. No sé por qué ha sucedido esto… quizá el Gran Dragón nos está poniendo a prueba, ¡o quizá no ha sido más que un terremoto y no significa nada en absoluto! Pero tengo que llegar a esa montaña.

Apoyó las patas en las rocas y empezó a empujarlas para ver cuáles cedían y cuáles estaban lo bastante asentadas como para aguantar su peso. Las dos primeras que probó se movieron bajo la presión y algunas piedrecillas cayeron desde lo alto; no le dieron en la cabeza por un pelo. Pero la tercera se mantuvo firme, así que se subió a ella y se giró hacia los demás.

Lluvia frunció el ceño y se volvió hacia la tía Pruna.

—¿Vas a dejar que lo haga?

Por un segundo, Pruna pareció indecisa, pero luego asintió con solemnidad y le dijo a Hoja:

—Ten mucho cuidado, cariño.

—Sólo se trata de trepar —respondió ella, sonriéndole a su hermana antes de girarse de nuevo hacia las rocas—. No os preocupéis demasiado; es igual que subir al Ginkgo del Abuelo.

No era en absoluto igual que eso. Hoja descubrió enseguida que allí no había asideros seguros. Incluso cuando se afianzaba en una roca, al seguir adelante y apoyar todo su peso la roca podía deslizarse o inclinarse, de modo que todo el montón podría derrumbarse debajo de ella. Procuraba ignorar los gestos de Lluvia, Pruna y Rayo a sus espaldas, que daban un respingo cada vez que una de las piedras se movía. No podía permitirse el menor sobresalto, porque eso provocaría un deslizamiento de rocas que acabaría aplastándolos a todos.

Trepó hasta la altura de un oso, luego de dos, luego de cuatro. Alcanzó un peñasco que sobresalía del resto y descansó su peso en él delicadamente. Se movió un poco, pero pareció asentarse. Hoja se apoyó con más fuerza, metiendo la zarpa trasera en un espacio entre dos rocas inferiores para impulsarse. El peñasco se mantuvo firme…

Pero cuando se desplazó para alcanzar la siguiente superficie plana, algo se movió. Ni siquiera estaba segura de qué había pasado, pero, de repente, notó una presión insoportable en su zarpa trasera y sintió que se le partía una de las garras. Lanzó un alarido de dolor y se soltó, resbalando hacia atrás y apoyando todo su peso en una roca inferior, que tembló peligrosamente. Se encorvó contra el muro de piedras, tratando de evitar que su cuerpo cayera hacia atrás. Logró sacar la zarpa de la grieta, y vio que la garra del medio se le había astillado justo por la mitad. Durante unos angustiantes segundos, temió que la temblorosa roca en la que estaba apoyada pudiera desprenderse del montón y tirarla a la nieve…

Pero la piedra se quedó quieta.

—Por favor, para —le pidió Lluvia en un susurro—. Por favor, baja de ahí.

Su voz sonaba amortiguada, y Hoja se preguntó si estaría tapándose el hocico con las patas, pero no se atrevía a girarse para mirar.

Se enderezó y volvió a plantarse sobre las patas traseras para trepar de nuevo al peñasco. Esta vez escogió un apoyo más seguro y consiguió ascender un oso más por el muro de piedras.

Empezaban a dolerle las patas. Tenía que equilibrar continuamente su peso, mucho más que si hubiera estado trepando a un árbol o a una pared de roca sólida. Miró las piedras que tenía cerca y empezó a tantearlas con un empujón suave. Una de ellas estaba cubierta de hielo, otra se había roto al

caer, de modo que su superficie era irregular y afilada, pero la tercera parecía sólida y aguantó su peso cuando se apoyó en ella.

Sólo cuando estaba alzándose hacia el siguiente asidero notó que la roca de debajo de su cuerpo se sacudía de un modo nuevo y terrorífico. Bajó la vista justo a tiempo de ver las grietas que se extendían por su superficie, y entonces oyó que la roca crujía y se hacía pedazos. Iba a caer irremediablemente, y Hoja comenzó a manotear, desesperada por encontrar un nuevo asidero.

—¡A la izquierda! —le gritó Rayo desde el suelo.

Hoja alargó la pata izquierda y se agarró. Sintió un dolor lacerante cuando la superficie quebrada se le clavó en las almohadillas, pero se aferró con fuerza y aguantó mientras los trozos de piedra rodaban montón abajo. Había llegado muy lejos. Si ahora se caía…

—¡Puedes alcanzar esa roca negra que está por encima de ti! —le indicó Rayo.

Hoja levantó la vista y vio que su amigo tenía razón. Había una enorme piedra negra justo a la distancia necesaria para poder sujetarse. Alzó la zarpa hacia ella y tiró para ver si aguantaba, y luego se encaramó. Era sólida. Sólo entonces se sintió lo bastante segura como para mirar a los demás.

Ahora estaban muy abajo; sus caras de preocupación no eran más que borrones contra la nieve blanca. Ya estaba muy cerca de lo alto del montón. Iba a conseguirlo…

«Pero ¿qué harás cuando llegues allí? Los demás no pueden subir por aquí, sobre todo Pruna. ¿Acaso piensas derribar este muro tú sola, piedra a piedra?».

Si era necesario, estaba dispuesta a hacerlo. Se dio ánimos para la dura tarea que tenía por delante mientras se izaba por las últimas rocas bamboleantes: «Si estoy destinada a llegar a la montaña, entonces llegaré, aunque tenga que mover una pequeña montaña yo sola…».

Por fin alcanzó la cima del montón. Allí arriba, las rocas se movían debajo de ella con cada respiración entrecortada. Hoja posó cautelosamente las zarpas sobre el peñasco que coronaba la pirámide y se aupó para asomarse.

La Montaña del Dragón seguía estando allí, al final del sendero, pero el sol se había ocultado detrás de una nube lejana y, en vez de brillar con ardiente luz, ahora las nubes que rodeaban la montaña parecían oscuras y amenazadoras. La sensación de certeza se esfumó al instante. Hoja creyó distinguir la boca de la cueva, que era increíblemente ancha y de una negrura imposible.

—¡Lo has conseguido! —exclamó Rayo.

—¡Bien hecho, Hoja! —gritó Pruna.

Ella miró hacia abajo y se arriesgó a saludarlos con una zarpa, y ellos le devolvieron el saludo. Su hermana estaba mirándola en silencio, con los ojos abiertos de par en par. Se limpió una oreja nerviosamente, pero no dijo nada.

Hoja se apoyó con cuidado en una roca grande y firme para recuperar el aliento. Ahora que había dejado de escalar, el dolor de sus patas parecía más intenso. Se volvió de nuevo hacia la Montaña del Dragón, y entonces lo vio…

Había algo distinto. ¿La boca de la cueva se había… movido? No, no era la cueva. ¿Serían las nubes? Había algo oscuro moviéndose en la montaña, y si Hoja podía verlo desde tan lejos, debía de ser enorme…

Se le cortó la respiración al recordar lo que había visto en la ladera, cuando los osos panda y los pandas rojos desaparecieron colina abajo: la sombra de un dragón, una forma negra que era, a la vez, incorpórea y escamosa, que pasó junto a ella en un momento dado y dejó un rastro a través de la pinaza.

¿Podría estar viendo al Dragón en ese mismo instante?

La cosa se separó de la montaña y pareció dar un salto en el aire, dirigiéndose directa hacia ellos. Hoja vio un cuerpo ondulante que se retorcía como una serpiente de agua. La figura parecía variar, y ahora veía patas que luego se desvanecían para convertirse en una larga cabeza rodeada de cabello revuelto, y acto seguido volvía a parecer una simple nube. El corazón de Hoja comenzó a acelerarse hasta tal punto que podía notar el latido de la sangre en los oídos. ¡Tenía que ser una señal! El Dragón le estaba diciendo algo… pero ¿qué?

—¿Qué ocurre, Hoja? ¿Qué estás viendo? —le preguntó Lluvia desde el suelo.

Pero Hoja no podía responder; no estaba segura de qué era esa cosa. Se movía con demasiada determinación y rapidez como para ser una nube, pero también demasiado caóticamente para ser el mismísimo Gran Dragón… Y además emitía un extraño sonido… como el ruido de cientos y cientos de voces agudas y chillonas…

—¡Murciélagos! —exclamó con voz estrangulada.

La nube se acercaba más y más, dibujando a veces la forma retorcida y serpenteante de un dragón, para luego apiñarse en un espeso cúmulo. Hoja se dio cuenta, demasiado tarde, de que los murciélagos iban directos hacia ella. Y no reducían la velocidad, sino que aceleraban cada vez más sin desviarse

un ápice de su camino. La joven panda se aferró a la peña que tenía delante. Ya no tenía tiempo de bajar. Si los murciélagos se abalanzaban sobre ella…

Tuvo el tiempo justo de encorvarse y taparse los oídos con las zarpas, antes de que la nube de diminutos cuerpos alcanzara el muro rocoso. Giraron a su alrededor, parloteando sin parar con sus agudas vocecillas, demasiado deprisa y demasiado alto como para que pudiera distinguir sus palabras. Levantó la vista y se encogió mientras el tornado de murciélagos se arremolinaba a su alrededor. Miles de alas minúsculas batieron el aire con gran estruendo, la roca sobre la que estaba se tambaleó, y Hoja cerró los ojos y se pegó todo lo que pudo a la áspera superficie…

Y de pronto, todos los murciélagos enmudecieron. No se oyó más sonido que el susurro del viento. Y entonces Hoja oyó un rugido a su alrededor, tan fuerte como el rugido de advertencia de una criatura furiosa. Por un segundo, la joven panda pensó que podría tratarse de otro terremoto, pero el montón de piedras no se estremeció.

«El Dragón… los murciélagos…».

El rugido era tan atronador que Hoja no podía pensar con claridad.

Siguió y siguió, y de repente cesó tan deprisa como había empezado. La bañó una luz pálida, y un segundo después la nube de murciélagos se dispersó.

Hoja levantó la vista, parpadeando, mientras los animalillos se alejaban volando de la montaña, parloteando de nuevo sin cesar.

—Esperad —les dijo sin aliento—. ¿Qué debería hacer? ¿Debería… seguiros? Por favor…

Se irguió y dio un paso adelante.

La roca sobre la que estaba se inclinó…

Y Hoja entró en pánico. Intentó echar el peso hacia atrás de nuevo, retorcerse para clavar las garras en la piedra, pero era demasiado tarde. La roca resbaló bajo sus patas, y todo el montón se movió con un crujido y un retumbo espeluznantes. Incluso mientras caía, Hoja supo que ese sonido resonaría en su mente durante el resto de sus días.

El miedo y la conmoción fueron peores que el dolor mientras daba tumbos y rodaba rocas abajo. Las piedras le golpeaban las patas, los costados, la cara… Notó una dentellada en la cola y que se le partía otra garra. Oyó a Lluvia, a Pruna y a Rayo, que chillaban su nombre mientras ella daba vueltas cayendo por el aire, hasta aterrizar duramente sobre la congelada nieve del suelo.

Ni siquiera tuvo tiempo de mirar hacia arriba antes de que la nieve de su alrededor estallara por el impacto de la tierra y las rocas que caían, y entonces un pedrusco le golpeó en el costado. Se quedó sin aire en los pulmones, y el mundo se sumió en la oscuridad.

5

—¿Y qué te parece aquí abajo? —preguntó Astilla.

Fantasma se acercó hasta el borde de la roca musgosa y se asomó. Su hermana estaba olfateando un pequeño hueco entre dos árboles.

—Sí, aquí podría estar bien —respondió. Se dio la vuelta para bajar por la superficie musgosa y reunirse con Astilla, y al hacerlo a punto estuvo de pisar a una panda dormida—. Oh… lo siento…

La osa panda resopló y se tapó los ojos con las zarpas.

Fantasma suspiró e intentó ver por dónde pisaba con más cuidado, apresurándose para llegar hasta su hermana. La verdad es que le parecía muy raro que los pandas de Lomapróspera se quedaran dormidos en cualquier momento, sobre todo después de haber comido. Y lo más extraño de todo aquello era que sus lechos estuvieran a la intemperie: algunos estaban en lo alto de árboles, otros tan sólo sobre la hierba o encima de las rocas cubiertas de musgo… Si existía alguna pauta según la cual un panda había reclamado un territorio determinado, Fantasma no había logrado averiguarla todavía.

—Está más o menos resguardado —le dijo Astilla cuando él consiguió llegar por fin a su lado. La joven se ovilló contra el lateral del hueco y miró hacia el dosel que formaban los árboles.

—Sí, es… mejor que nada —respondió Fantasma.

—Aunque no es una auténtica guarida, ¿verdad? —añadió Astilla con un suspiro—. Venga, vamos a seguir buscando. Debe de haber una cueva o algo parecido en alguna parte de esta estúpida montaña, en la que todo está empapado y húmedo.

Recorrieron un círculo más amplio alrededor del claro de lo alto de la colina, donde Ocaso les había presentado a los pandas de Lomapróspera. Siguieron los hollados senderos de los pandas, y poco a poco fueron internándose en la vegetación en busca de sitios escondidos que pudieran servir de guarida. Al abrirse paso a través de una cortina de enredaderas, de pronto se encontraron con un panda adulto que estaba junto a una panda dormida y que se peleaba en broma con un cachorrito.

—Buena Luz Larga, Fantasma y Astilla —los saludó el panda, un poco envarado.

Fantasma no sabía su nombre, pero sí recordaba que al pequeño lo llamaban Arce.

—Buena Luz Larga —contestó—. Hola, Arce.

—Hola —le respondió el osezno, mirándolo con los ojos dilatados y un tanto temerosos—. ¿Por qué tú no tienes nada de pelo negro?

—Arce —se apresuró a decir el panda adulto—, eso no es muy educado que digamos.

—No pasa nada —replicó Fantasma. «Ojalá tuviera una respuesta para eso»—. Yo… nací así —le dijo amablemente al cachorro.

A Arce se le desorbitaron los ojos aún más al mirar a Astilla.

—¿Y… es verdad que os coméis a otros pandas? —preguntó de sopetón.

Fantasma dio un respingo.

—¡No! —Arce se encogió un poco, y Fantasma se obligó a retroceder un paso y a tranquilizarse—. No, no, en absoluto. ¿Por qué… por qué piensas eso?

—Porque oléis a depredadores —susurró el pequeño.

Fantasma asintió.

—Éramos depredadores. Pero jamás hemos comido pandas.

Lo dijo con confianza porque era cierto, pero esperaba que el cachorro no le hiciera más preguntas sobre el tema. Cuando necesitabas matar para sobrevivir, casi cualquier cosa a la que pudieras vencer en una pelea podía acabar convirtiéndose en comida…

—Ahora como bambú, igual que vosotros —añadió—. Y Astilla jamás atacaría a un panda. Ella come pájaros y ratones, eso es todo.

—Pero… los ratones pueden hablar —repuso Arce con una expresión de horror en la que también se adivinaba cierta fascinación—. ¿Qué ocurre cuando…?

El panda adulto se apresuró a ponerle una pata en el lomo.

—Creo que ya has hecho bastantes preguntas.

Fantasma se sintió aliviado. Aquella conversación estaba entrando en territorio peliagudo, y no quería darle más explicaciones a Arce. El otro panda tampoco parecía muy cómodo, porque miró con dureza a Fantasma y añadió:

—Deberíamos dejar que nuestros nuevos amigos sigan con sus cosas.

Fantasma entendió de inmediato que le estaba pidiendo que se marcharan y los dejaran tranquilos.

—Nos vemos en la próxima cacería —se despidió Astilla, dedicándole una sonrisa radiante al pequeño Arce.

—Querrás decir en el próximo banquete… —la corrigió el cachorro, con los ojos abiertos de par en par.

La joven leoparda agitó las orejas, azorada.

—Sí, sí, por supuesto.

—Nos vemos entonces —dijo Fantasma, empujando a su hermana para que se moviera de una vez.

Los dos intercambiaron una mirada incómoda mientras bajaban por una de las sendas que llevaban al río.

—Los pandas no entienden qué significa realmente ser cazador, ¿verdad? —maulló Astilla en voz baja.

Fantasma se limitó a negar con la cabeza.

En aquella parte del bosque había tantos pandas que no tardaron mucho en cruzarse con otro par. Eran dos hembras adultas que estaban contemplando el río, sentadas junto al sendero que llevaba a las Rocas Ovales.

—Ten un poco de fe, Aurora —dijo una de ellas. Fantasma estaba casi seguro de que se llamaba Horizonte—. Ocaso es el portavoz del Dragón y sabe lo que está haciendo. Estoy convencida de ello.

—Oh, yo estoy convencida de que el portavoz tiene sus razones —respondió Aurora—, pero ¿tú habías visto alguna vez un panda totalmente blanco? Es un poco extraño, ¿no te parece?

Fantasma se quedó paralizado. Era evidente que esas dos pandas no lo habían oído llegar. No quería quedarse allí a escuchar su conversación sobre él, pero tampoco quería hacer ningún ruido que descubriera su presencia.

—Habrá perdido sus marcas negras de alguna manera, ¿no? —continuó Aurora—. ¿Quiénes crees que pueden ser sus padres?

—Ningún panda que yo haya conocido, eso seguro. Se crió entre leopardos. Leopardos… —recalcó Horizonte.

—Y hablando de leopardos… está muy bien lo de tener aquí a la cachorrita, pero ¿qué vamos a hacer cuando crezca? ¿Tú quieres tener a una leoparda de las nieves adulta viviendo aquí?

—Yo… yo estoy segura de que Ocaso tiene un plan —contestó su amiga, aunque su voz sonó vacilante e intranquila—. Ya sabes que él también es el portavoz del Dragón para los leopardos. Es posible que Ocaso… le enseñe a no ser una depredadora o algo así.

Fantasma miró de reojo a Astilla, y vio que su hermana estaba poniendo la misma cara de asco que había puesto al comerse el bambú.

Mientras se alejaban silenciosamente de las pandas, Fantasma sintió un peso en el corazón, pero intentó ignorarlo. Sus nuevos compañeros sólo necesitaban unos pocos días para acostumbrarse a su presencia; él ya encajaba allí mejor de lo que jamás había encajado en las montañas, y, con el tiempo, Astilla les demostraría que era una amiga. Todo iría bien.

Volvieron colina arriba siguiendo el cauce del río, hasta que Astilla frenó en seco. Instintivamente, Fantasma miró alrededor en busca de una cueva, pero no vio nada parecido.

—¿Y qué tal ahí? —Astilla se dirigió a una enorme mata de bambú, y Fantasma se dio cuenta de que las gruesas cañas verdes crecían en círculo alrededor de un espacio vacío—. Si rompemos una o dos de estas cañas, podemos ovillarnos en el interior. Creo que será el mejor refugio que encontraremos por aquí.

—¡De acuerdo, hagámoslo! —Fantasma estaba entusiasmado por haber hallado un territorio que por fin podían reclamar como suyo.

Se inclinó hacia delante, y, tal como le había enseñado Ocaso, partió dos tallos de bambú desde la base. Se le hizo la boca agua al saborear la agradable pulpa verde, y se dijo a sí mismo que más tarde se los llevaría al claro de los banquetes. En cuanto abrieron un hueco, se colaron los dos en el interior. Él se sentó apoyándose contra las fuertes cañas, de modo que se quedó reclinado en un cómodo ángulo cuando se combaron bajo su peso, y Astilla olfateó todo el espacio detenidamente y luego dio cuatro o cinco vueltas sobre sí misma antes de acurrucarse junto a su hermano.

—Me gusta esto —dijo la joven—. Está resguardado del viento, y sólo las mandíbulas de un panda pueden romper estas cosas. Será bastante seguro.

Descansaron tranquilamente durante un buen rato. Fantasma disfrutaba del lejano sonido del río, e incluso estaba empezando a encontrar relajantes los constantes ruiditos de los pájaros y otras criaturas. Ahora que tenía su propio territorio, entendía mejor que aquellos pandas pasaran tanto tiempo dormitando. En realidad, era muy tentador tumbarse y cerrar los ojos, aunque sólo fuera un ratito…

Un sonoro chasquido lo despertó con un sobresalto, y Fantasma se incorporó de inmediato, mirando hacia atrás para comprobar si la caña en la que estaba recostado se había partido. La caña estaba bien, pero las hojas de bambú temblaban a su alrededor, aunque no hacía nada de viento. A su lado, Astilla echó las orejas hacia atrás y olisqueó el aire.

—¡Panda! —gruñó—. ¡Alguien se está comiendo nuestra guarida!

Fantasma se asomó por el agujero, e inmediatamente se dio de narices con una enorme osa panda que tenía la boca llena de bambú. Ella lo miró molesta, y Fantasma recordó que se llamaba Biznaga y reparó en que las dos cañas que había dejado fuera, con la intención de llevarlas al banquete, estaban apiladas a unos osos de distancia.

«Bueno… no pasa nada. Yo sólo las había dejado ahí. Probablemente Biznaga no sabía que nosotros estábamos aquí…».

—Esto… hola —la saludó—. Quizá no te has dado cuenta, pero Astilla y yo hemos instalado aquí nuestra guarida, así que ahora es nuestro territorio. ¿Podrías buscar otro lugar la próxima vez?

—¡No me digas dónde conseguir mi comida! —le gruñó Biznaga, y a Fantasma se le cayó el alma a los pies—. ¡Deberías mostrar un poco más respeto a tus mayores! Y, sí, he olido que estabas ahí dentro. Es un lugar extraño para dormir, ¿no te parece? Aunque supongo que nadie te ha enseñado nunca a comportarte como un auténtico panda.

Por un instante, Fantasma tan sólo se quedó mirándola. ¡Podía ver otras tres matas de bambú en aquella loma sin siquiera mover la cabeza! ¿Por qué Biznaga no se marchaba a otro lado, cuando él se lo había pedido con educación?

Pero la panda bajó de nuevo la cabeza hacia el bambú. ¡Iba a llevarse otro pedazo de su guarida! Fantasma no podía quedarse de brazos cruzados y permitir que hiciera algo así.

«¿Qué haría Hibernal?».

Respiró hondo y soltó un sonoro gruñido.

—¡He dicho que éste es mi territorio!

Biznaga se limitó a dedicarle una sonrisita de satisfacción, y luego cerró los dientes alrededor de la caña de bambú.

Fantasma no podía tolerarlo. Sin pensárselo dos veces, le dio un manotazo en todo el hocico, apartándola de la caña de bambú. Tuvo cuidado de darle sólo con las almohadillas, pero Biznaga retrocedió chillando como si le hubiera hecho sangre.

—¿Qué crees que estás haciendo? —rugió.

Fantasma dio medio paso atrás, pero luego se obligó a detenerse. Se plantó ante Biznaga, aunque de pronto fue muy consciente de que era mucho más grande que él y de que tenía unos colmillos muy afilados, y apretando los dientes le respondió:

—Te lo he dicho. Ahora éste es mi territorio, ¡y hay mucho más bambú justo detrás de ti!

Era evidente que Biznaga no iba a dejar de incordiar. Pero, en vez de atacar, la osa se sentó sobre las ancas y aulló:

—¡Me has dado un zarpazo! ¡Eres una bestia!

—¡No he hecho nada de eso…! ¡Si apenas te he dado un golpecito! —retrucó Fantasma con un gruñido.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

Fantasma levantó la vista y vio que se estaban acercando varios pandas, algunos desde las rocas de más arriba, y otro por el sendero del río. Muchos de ellos arrastraban largas cañas de bambú. Los dos oseznos, Anuro y Piña, estaban tratando torpemente de llevar una entre los dos, pero la soltaron y miraron a Fantasma boquiabiertos.

El joven panda se volvió hacia los recién llegados.

—Yo he reclamado esta mata de bambú como mi territorio —explicó—. Es pequeño, y hay montones de bambú por aquí, pero Biznaga no quiere parar.

Una de las hembras se adelantó. Era la que se llamaba Peonía.

—Fantasma —empezó, con una voz que sonaba extrañamente cansada—. Nosotros no tenemos territorios por aquí. No deberías haber atacado a Biznaga.

—Yo no sé cómo tratabas a los leopardos de las montañas —añadió otra hembra llamada Sabina, con mucha menos paciencia—. Pero en Lomapróspera no usamos la violencia.

—Ha estado muy mal… —añadió Horizonte muy despacio, como si pensara que Fantasma no entendía bien lo que le decían los demás—. Biznaga está herida. ¿Lo ves? Nosotros no hacemos daño a los pandas.

Fantasma frunció el ceño. ¿Por qué le estaba hablando como si fuera un cachorrito? ¡Él sólo estaba protegiendo su territorio! Miró de reojo a Astilla, que tenía las orejas hacia atrás como si se debatiera entre la preocupación y la rabia.

—Nadie le quita su territorio a un leopardo, Fantasma —gruñó su hermana con los dientes apretados—. Tú sólo has hecho lo que mamá te ha enseñado.

Horizonte y Sabina intercambiaron una mirada.

—Aquí no usamos la violencia —repitió Sabina—. Si no puedes seguir esas normas…

«Entonces, ¿qué? ¿Me echaréis de aquí?». Fantasma abrió la boca para protestar, pero antes de que pudiera decir nada oyó unas fuertes pisadas sobre la roca, y vio que Ocaso aparecía en lo alto de la loma.

—Por favor, mis queridos pandas, debéis tener paciencia —dijo el portavoz—. Todos debemos tenerla —añadió, mirando directamente a Fantasma. Luego bajó por la roca, y, aunque Biznaga lo miró expectante, él se dirigió primero hacia el joven panda blanco—. Verás, Fantasma, antes de la inundación los pandas podían tener grandes territorios para ellos solos, pero desde la subida de las aguas hemos estado viviendo aquí todos juntos, así que hemos renunciado a reclamar territorios para evitar este tipo de discusiones. Toda Lomapróspera y su bambú pertenecen a todos los pandas por igual, desde el portavoz del Dragón al cachorro más pequeño.

Fantasma respiró hondo, tratando de comprenderlo.

—Supongo que… entiendo por qué lo hicisteis.

—Por eso Biznaga no se esperaba que fueras a defender tu territorio. Quizá deberías disculparte con ella por haberla asustado, ¿no te parece?

«¿Que yo la he asustado a ella?», pensó Fantasma. Aun así, dio un paso adelante inclinando la cabeza.

—Lo siento, Biznaga. No entendía las costumbres de este lugar, pero ahora ya las entiendo.

La panda resopló desdeñosamente, pero asintió.

—Acepto tus disculpas.

—¡Entonces, vamos al claro a disfrutar todos juntos del Banquete del Descenso del Sol! —exclamó Ocaso, y los pandas empezaron a recoger su bambú y a ponerse en marcha.

—Ocaso, ¿puedo hacerte una pregunta? —le dijo Astilla.

El enorme panda se volvió hacia ella.

—Por supuesto, amiga mía.

—Bueno, ahora el río está volviendo a bajar. Uno puede ir adonde le apetezca. Así que… ¿los pandas se dispersarán de nuevo en busca de sus propios territorios?

—Estoy seguro de que lo haremos algún día —contestó el portavoz—, pero todavía no ha llegado el momento para eso. Sigue habiendo muchos peligros en el Reino del Bambú. Por ahora, les he aconsejado a todos que permanezcan juntos para que yo pueda protegerlos.

Fantasma asintió. Sabía muy bien que aventurarse en terreno desconocido no era lo más apropiado para todos los pandas, especialmente para los más jóvenes, que habían crecido en un grupo grande. Él mismo lo había hecho, y había sido un viaje solitario y difícil.

Pero Astilla no parecía tan convencida.

—Los leopardos de las nieves se marcharían directamente, sin importar lo que les dijera nadie —maulló.

Ocaso asintió.

—Sí, no me cabe la menor duda. Y yo jamás obligaré a nadie a quedarse aquí si no lo desea. En cualquier caso, me alegro mucho de que vosotros dos hayáis decidido quedaros. He visto que estáis haciendo todo lo posible para adaptaros a la vida entre los pandas de Lomapróspera, y os lo agradezco de corazón. ¿Os veré en el banquete?

—Por supuesto —respondió Fantasma.

Ocaso asintió, antes de alejarse.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? —preguntó Astilla, sentándose para lavarse las zarpas—. Tenemos una guarida, pero esa tal Biznaga no descansará hasta que se la haya zampado toda.

—Será mejor que nos olvidemos de eso —repuso Fantasma, que intentó dedicarle una sonrisa de ánimo—. Ocaso tiene razón: deberíamos esforzarnos más para adaptarnos a todo esto. Tenemos un hogar y comida. Lo menos que podemos hacer es tratar de vivir como pandas.

Astilla se limitó a suspirar.

—Lo sé —dijo Fantasma—. Tú no eres un panda, pero yo no soy un leopardo, ¿recuerdas? —Miró hacia el portavoz del Dragón, que se alejaba colina arriba—. En las montañas, Hibernal cuidaba de mí. Ahora estamos aquí, y Ocaso cuidará de ti. Valdrá la pena, te lo prometo.

6

—¡Hoja! —exclamó Lluvia con voz estrangulada.

La joven panda se apoyó contra una pesada roca y empujó con todas sus fuerzas, resbalando sobre la nieve. La roca soltó un chirrido que resonó entre las altas paredes del desfiladero mientras se movía y caía. En cuanto estuvo fuera del camino, Rayo se puso de un salto junto a ella y empezó a excavar, lanzando a un lado tierra, nieve y piedras con sus ágiles patas.

—Deprisa, por favor —pidió la tía Pruna, arañando la nieve con las garras.

Lluvia apartó otra piedra con las zarpas y la quitó de en medio de un empujón, y por fin vio un destello de pelo negro, y luego una almohadilla blanca, y luego el resto de las patas traseras de su amiga.

—Hoja —repitió—. Estamos aquí, estamos contigo…

«No puedes estar muerta…».

Era incapaz de decirlo en voz alta. Se centró en retirar las rocas, y entonces vio que el pecho de Hoja subía y bajaba con una respiración temblorosa. Pegó el hocico a la tierra, agarró la piel del pescuezo de Hoja como una madre panda agarraría a su cachorro, y tiró de ella. Por un momento pensó que Hoja podía estar aún atrapada y que incluso podría hacerle daño, pero un instante después las dos se deslizaron hacia atrás.

—¡Sigue tirando! —exclamó Pruna.

Y Lluvia concentró todas sus fuerzas en retroceder, arrastrando a Hoja con ella mientras las piedras ocupaban el espacio que había abandonado, provocando crujidos de nieve y tierra helada. Durante unos segundos, incluso cuando estaba segura de que ya se hallaban a una distancia segura del montón rocoso, siguió aferrando a Hoja, por si acaso. Finalmente, el estrépito de piedras que caían y se aposentaban cesó por completo, y la joven soltó a Hoja y empezó a lamerle la cara.

Pruna se acercó a toda prisa, y Rayo se tumbó sobre la nieve con la cara muy cerca de la coronilla de su amiga.

—Hoja, ¿estás bien? Por favor, háblame —le suplicó Rayo.

Hoja soltó un largo gemido y abrió los ojos.

—Oh, Gran Dragón… —susurró—. Ay.

—¿Puedes incorporarte? —le preguntó Lluvia. Podía notar que el aire era cada vez más frío a medida que el sol se hundía en el horizonte. Allí no había ninguna clase de refugio, y la tierra podía volver a temblar en cualquier momento. Si se quedaban allí con Hoja hasta que ella pudiese andar de nuevo… Y si no podía andar de nuevo…

Entumecida y con un montón de muecas de dolor, Hoja logró incorporarse y finalmente se puso en pie trastabillando.

—Me duele todo —musitó con un hilo de voz—, pero creo que estoy bien. Un par de rasguños y garras rotas, poca cosa más.

—Gracias al Dragón —dijo Pruna, restregando el hocico contra su mejilla.

Lluvia pegó la frente a la de Hoja. Fueran hermanas o no, se alegraba de que la joven panda estuviera bien. Luego se apartó, dejando que Pruna y Rayo mimaran a su amiga mientras recuperaban el aliento.

O al menos dejó que se recuperaran todo el tiempo que fue capaz de aguantar, porque, poco después, añadió:

—Tenemos que irnos, Hoja. Es el Descenso del Sol, deberíamos encontrar un refugio antes de la Salida de la Luna. Mañana podemos iniciar el descenso de la montaña.

—Yo no pienso volver atrás —replicó Hoja.

Lluvia miró al cielo, completamente exasperada.

—¿Hablas en serio? ¿Todavía crees que estamos destinadas a ir a esa montaña? Incluso si el Gran Dragón fuera real, ¿no crees que te ha dejado bastante claro lo que siente? Ha lanzado un montón de pedruscos en mitad de tu camino, y cuando has decidido no tomarlo como una respuesta, ¡te ha tirado de lo alto del montón y casi te aplasta! No sé si creo en señales y visiones, pero incluso yo tengo claro que es imposible ver eso como una bienvenida. Afróntalo: ya tenemos la respuesta que buscábamos. ¡No somos las portavoces del Dragón!

Hoja se había sentado mientras escuchaba en silencio a Lluvia, que se sintió un poco mal al terminar de despotricar y ver que la otra seguía callada, tambaleándose ligeramente y con un hilillo de sangre en la mejilla.

—Sólo hay algo de lo que has dicho que es cierto —respondió Hoja al fin —. No deberíamos estar aquí. Todavía no. Creo que sé qué ha sucedido. El Dragón estaba intentando avisarme: no es el momento correcto. Somos

trillizos, así que, ¿dónde está el tercero? Necesitamos ir a buscarlo y luego traerlo hasta aquí con nosotras.

—Oh, ¿eso es todo? —le espetó Lluvia—. Y supongo que todo eso te ha llegado en una visión mientras caías, ¿no? Quizá sí que te has dado un golpe en la cabeza, después de todo —añadió—. Vais a tener que aceptarlo alguna vez, todos vosotros: el tigre os estaba mintiendo, ¡no somos hermanas!, ¡no somos especiales! Y está claro que vamos a morirnos de hambre aquí arriba, eso si no morimos congelados primero…

—¡No! —Hoja sacudió la cabeza vigorosamente, pero tuvo que parar enseguida porque empezó a ladearse, mareada. Rayo corrió a su lado e intentó ponerla recta—. Es la verdad —continuó ella—, ¡sé que lo es! Y tú también lo sabrías si dejaras de ser tan cabezota y egoísta.

Lluvia soltó un bufido de rabia que se condensó ante su hocico.

—¿Cómo te atreves a…?

—Por favor, conservemos todos la calma —pidió Pruna, interponiéndose entre las dos jóvenes.

Lluvia la fulminó con la mirada, más enfadada que antes. ¡No iba a hacerle daño a Hoja! ¿Cómo podía Pruna insinuar que iba a hacer algo así?

—Los murciélagos —dijo Hoja con voz débil—. ¿No los habéis visto?

Lluvia frunció el ceño.

—Sí, ¿y qué? Han ido en tropel hacia ti, y luego te han derribado de lo alto de las rocas. ¿Qué pasa con ellos?

—Creo que estaban intentando decirme algo.

Lluvia puso los ojos en blanco, pero Hoja insistió.

—Hablo en serio. He oído rugir al Dragón mientras los murciélagos me rodeaban. Y han formado la figura de un dragón en el aire. ¿No lo habéis visto cuando se iban?

—Yo estaba un poco ocupada corriendo a desenterrarte de debajo de un montón de piedras —replicó Lluvia, y luego suspiró: fuera lo que fuese lo que hubiera visto Hoja, ahora no podían distraerse con eso—. Mira, siento haberte hablado de esa forma, pero no vamos a arreglar el futuro del Reino del Bambú quedándonos aquí a la intemperie. Y tampoco lo haremos si morimos congelados en la ladera de esta montaña. Por favor, ¿podemos buscar un sitio donde resguardarnos y algo de comer, y dejar este asunto para mañana?

—Yo estoy de acuerdo con eso —se sumó Rayo. Estaba temblando y amasaba la nieve con las patas.

—Por supuesto —accedió Hoja—. Vámonos.

Los cuatro empezaron a desandar el camino que habían hecho para llegar hasta el desfiladero. Avanzaban despacio, con Hoja y Pruna heridas y con todos agarrotados por el frío. Lluvia estaba ojo avizor, en busca de cualquier cosa que pudiera proporcionarles cobijo o alimento, pero también reparó en que Hoja y Rayo caminaban muy juntos, con la cabeza inclinada y conversando en voz baja. De vez en cuando, Hoja levantaba la vista para echarle una ojeada a Pruna o para mirar a Lluvia con preocupación.

«Es cierto que lamento haberme enfadado tanto —pensó Lluvia—. Pero no lamento haber dicho lo que opinaba…».

Finalmente encontraron una especie de cueva, aunque en realidad no era más que un espacio debajo de un saliente muy grande algo resguardado de la nieve, y Rayo excavó alrededor hasta dar con algunas raíces y larvas que habían convertido aquel sitio en su hogar. Lluvia se dejó caer con la espalda contra la piedra y empezó a masticar una de las raíces. Sabía amarga, pero era comida.

—Gran Dragón, en el Banquete de la Salida de la Luna, tus humildes pandas se inclinan ante ti —entonó Pruna, y Lluvia dejó de masticar, avergonzada por no haber pensado en ello—. Gracias por el regalo de estas raíces y por la valentía que nos concedes.

Todos se comieron su escaso Banquete de la Salida de la Luna, aunque Hoja parecía especialmente pensativa mientras mascaba.

Lluvia comió con la mirada fija en la montaña. Nunca había visto el Reino del Bambú desde un sitio tan privilegiado: cumbres blancas subían y bajaban a su izquierda, con la nieve resplandeciendo bajo la luna, mientras que, más delante y a su derecha, la sierra descendía hacia una zona de grupos dispersos de pinos y luego se volvía más y más verde a medida que las cimas se iban suavizando hasta transformarse en las colinas y los valles del Bosque del Norte. En alguna parte, perdido en la oscuridad, el río discurría a través del reino y los pandas de Lomapróspera estaban disfrutando de su Banquete de la Salida de la Luna.

«¿Mamá estará bien? ¿Y Guijarro? Ellos no saben lo que yo sé, pero Ocaso no sabe nada de eso. ¿Y si les hace daño?».

—Lluvia —susurró Hoja—, creo que tenemos que hablar sobre lo que debemos hacer ahora.

Con un suspiro, Lluvia se volvió hacia Hoja.

—¿Qué crees que debemos hacer ahora? —le preguntó.

Casi supo, por el modo en que Hoja miró a Rayo, que la respuesta no iba a gustarle mucho.

—He estado pensando —contestó Hoja—. Estoy convencida de que tengo que seguir a los murciélagos. He visto la señal que me han transmitido y la dirección que han tomado. Creo que puedo encontrarlos si me pongo en marcha esta misma noche.

Lluvia no estaba exactamente pasmada, pero se quedó mirando a Hoja con los ojos abiertos de par en par. Ella no podía dar un paso más.

«Está absolutamente chalada. Está desesperada por encontrar un significado a todo esto, y se aferrará a lo que sea que pueda convencerla de que es una señal».

¿Qué podía decir para detenerla? Subir a la montaña ya había sido bastante malo, pero al menos la Montaña del Dragón estaba allí, en un sitio determinado. ¿De verdad Hoja pretendía arrastrarlos a todos en busca de los murciélagos?

«Una cosa tengo bien clara: yo no pienso hacerlo por nada del mundo…».

Pero antes de que pudiera decirlo, Pruna soltó un hondo suspiro.

—Hoja… me encantaría poder ir contigo —dijo la vieja panda—, pero no creo que pueda ir más lejos. Debo regresar al bosque y encontrar a los demás, si es que siguen vivos. Las cicatrices del monstruo blanco no dejan de dolerme con este frío. Lo siento.

—Lo entiendo —se apresuró a responder Hoja—. Lo entiendo perfectamente. Ojalá pudiéramos permanecer juntas, pero no quiero que te hagas daño. Iremos Rayo y yo. —Se volvió hacia Lluvia—. Y tú también puedes venir con nosotros, si es lo que quieres.

Lluvia sintió una oleada de calidez en el corazón; Hoja lo estaba intentando con todas sus fuerzas.

—No puedo —respondió—. Tengo que regresar al Bosque del Sur como sea. Necesito desenmascarar a Ocaso, es un impostor.

—No puedes hacer eso, Lluvia —replicó Pruna—. Es demasiado peligroso. ¡Estuvo a punto de matarte! No dejaré que vuelvas sola. Tú eres mi sobrina, y mi obligación es protegerte. Si no te vas con Hoja, ¿por qué no vienes conmigo en busca de los pandas de Airosobosque?

—Es una buena idea —aprobó Hoja—. Ellos podrían ayudarte.

—Y luego podremos volver a encontrarnos todos —añadió Rayo.

Los tres miraron a Lluvia con expectación. Para la joven, su atención sobre ella fue como un rayo de sol a través de las nubes.

—De acuerdo —dijo en voz baja—. Me iré con Pruna. Y será mejor que vosotros dos os pongáis en marcha enseguida, si es que queréis alcanzar a esos murciélagos.

—Genial. —Rayo se acercó a Lluvia, y, para su sorpresa, le dio un cariñoso cabezazo—. Ha sido un placer conocerte.

—Lo mismo digo —murmuró ella.

Hoja restregó el hocico entre las orejas de su tía Pruna.

—Buena suerte —le deseó Pruna—. La verdad es que no podría estar más orgullosa de ti.

Hoja la miró con los ojos empañados.

—Espero que encuentres a los demás. Pronto volveremos a estar juntas; lo sé.

Ella y Rayo fueron hasta el borde del saliente, se detuvieron para mirar atrás un segundo y luego iniciaron el descenso por la ladera hasta desaparecer de la vista.

«Persiguiendo murciélagos —pensó Lluvia, mirándolos mientras se alejaban. Parecía una locura, pero era un tipo de locura que ella podía respetar —. Hoja sabe exactamente dónde tiene que estar…

»Y yo también».

Lluvia y Pruna durmieron debajo del saliente, apretujadas la una contra la otra para darse calor, y cuando llegó la Luz Gris del día siguiente le agradecieron al Gran Dragón la sabiduría que les concedía y comenzaron el descenso de la montaña.

Fue más rápido que el ascenso. Para alivio de Lluvia, las heridas de Pruna parecían beneficiarse del aire más cálido. Tenían que escoger las pendientes más seguras y suaves, lo que alargaba el trayecto, pero, con cada paso que daban, el ánimo de Lluvia iba mejorando. Por fin caminaban en la dirección correcta. También sabía que cada nuevo paso las acercaba más a algún lugar donde encontrar bambú y darse un banquete de verdad, y esa idea la ayudaba a seguir andando, aunque le dolían las patas y tenía la nariz seca y agrietada por el frío aire de la montaña.

Cada vez que se detenían para recuperar el aliento o comer algo escaso y poco satisfactorio, Pruna le hacía preguntas y más preguntas. ¿Cómo era la vida en Lomapróspera antes del regreso de Ocaso? ¿Cuántos pandas había? ¿Quién entonaba las bendiciones de los banquetes? ¿Qué era lo que más le gustaba a Lluvia? ¿Tenía muchos amigos allí? ¿Cómo eran Peonía y Guijarro?

Lluvia respondía titubeante, procurando decirse a sí misma que sólo estaban conversando. Incluso le preguntaba también algunas cosas a Pruna,

pero no podía evitar sentirse incómoda con todo aquello. Antes de cada respuesta, tenía que contenerse para no expresar el mismo pensamiento: «Yo no soy tu sobrina».

Era dolorosamente consciente de que Pruna estaba intentando conocer a un miembro de su familia desaparecido durante largo tiempo, y no sabía qué hacer al respecto. Sería muy grosero, aparte de irritante, estar todo el rato interrumpiéndola para insistir en que no estaban emparentadas. Pero también le parecía mal no responder a sus preguntas.

—Me gusta nadar —contestó cuando Pruna le preguntó cómo pasaba los días en el Bosque del Sur—. Y estar con Guijarro o jugar con los cachorros…

«Fingiendo ser portavoz del Dragón», añadió para sí misma, aunque prefirió callárselo.

—Eso suena maravilloso —dijo Pruna—. Espero que… ¡Oh! —Se detuvo bruscamente y olfateó el aire, con los ojos dilatados—. ¿Tú hueles eso?

Lluvia olisqueó y miró a su alrededor. Habían descansado toda la noche en un pequeño pinar, rodeadas de ondulante niebla, y durante todo el día habían caminado ladera abajo, hacia un territorio cada vez más verde. Ahora estaban muy cerca de un bosque de verdad, con ginkgos, rocas musgosas, senderos trazados por animales pequeños y aves y más olores de los que Lluvia podía contar con facilidad…

Pero entonces olfateó de nuevo y descubrió que sabía exactamente a qué olor se refería Pruna…

«¡Bambú!».

La joven panda echó a correr, inspeccionando la vegetación hasta que casi se dio de bruces con una mata entera de verde y ondulante bambú. Parecía resplandecer a la luz del Sol Alto que se colaba entre las doradas hojas del ginkgo.

—¡Pruna! —exclamó—. ¡Está aquí!

—Oh, gracias al Gran Dragón… —dijo Pruna, dejándose caer sobre el mullido musgo—. Anda, sé buena y corta unas cuantas cañas para las dos, ¿quieres?

«¿Unas cuantas cañas? ¡Tengo planeado comerme la mata entera!», pensó Lluvia, pero empezó cerrando la mandíbula alrededor de dos de las cañas más gruesas y las dobló con las patas. El chasquido resonó por todo el bosque, y a la joven panda se le hizo la boca agua. Le pasó las cañas a Pruna y cortó dos más, dejando otras seis o siete para una segunda y una tercera ración.

Le resultó casi insoportable, pero esperó a que Pruna le diera las gracias al Gran Dragón y entonces empezaron a comer. Después de días y días de raíces

secas y heladas e insectos picantes, el bambú sabía más tierno y maravilloso que cualquier otra cosa que hubiese probado. Ella y Pruna masticaron durante un buen rato las dos primeras cañas en un silencio complacido, y luego se comieron dos más, antes de que Pruna soltara un bostezo enorme y se tumbara de espaldas.

—Un banquete maravilloso… —murmuró con una leve sonrisa—. Y ahora una siesta, me parece a mí.

—Buena idea —aprobó Lluvia, recostándose en el tronco de un árbol—. Oye Pruna… ¿tú crees que ya estamos cerca de Airosobosque?

—Oh, sí… —respondió la osa bostezando—. No está muy lejos. Puede que los demás no estén allí, pero estoy convencida de que no tardaremos en encontrarlos.

—Bien. Eso es estupendo.

Lluvia se quedó callada. Observó el cielo azul a través del dosel dorado, contempló el verde parpadeante y las formas marrones de las aves que saltaban entre las ramas y escuchó el suave susurro de las criaturas que pasaban entre la vegetación. Por fin, por primera vez en muchos días, se sentía llena y calentita. Incluso sus doloridas almohadillas le ardían un poco menos al pisar el blando musgo.

Sin duda sería un momento perfecto para echarse una cabezadita tras el banquete. Pero ella no tenía planeado dormir.

No pasó mucho tiempo antes de que la respiración de Pruna se convirtiera en un ronquido suave y satisfecho.

Lluvia aguardó unos instantes más y luego se puso en pie, sacudiéndose de encima la adormecedora calidez.

«Estarás bien —pensó, mirando a Pruna—. Eres una panda con recursos. Espero que encuentres pronto a tu verdadera familia. Y espero que entiendas por qué he tenido que hacer esto».

Muy sigilosamente, reunió todo el bambú que quedaba y formó con él un pulcro montón junto a Pruna. No estaba segura de si era una disculpa o una muestra de agradecimiento.

Y después se marchó.

No sabía exactamente adónde iba, pero si seguía montaña abajo, acabaría tropezándose con el río, y luego encontraría la forma de cruzarlo, y luego…

«Luego me enfrentaré a Ocaso».

Volvió a asaltarla la misma preocupación que había sentido en la montaña; una preocupación que ahora la aferró entre sus fauces.

«¿Qué le habrá pasado a mamá? ¿Y a Guijarro y a Arce? ¿Ocaso les habrá hecho daño? Deben de creer que he muerto… ¿Y qué pasa con el plan de Ocaso, sea lo que sea, y con su trato con Tibias Potentes y su manada de monos?».

Podía haber sucedido cualquier cosa. Lluvia apretó el paso, trepando por rocas y deslizándose por cuestas que habría tenido que rodear con Pruna.

«Vuelvo a casa. Sólo espero que no sea demasiado tarde».

7

Fantasma se mantuvo tan inmóvil como pudo, procurando no respirar siquiera por si movía la hierba delante de su nariz. Junto a él estaba agazapada Astilla, con todos los músculos del cuerpo en tensión.

Por encima de su hombro había un destello de intenso rojo y dorado: un ave, que según le habían dicho a Fantasma se llamaba faisán, picoteaba al pie de un tronco. Astilla dio un paso adelante en silencio, y luego otro, acortando la distancia entre ellos y agitando los bigotes mientras saboreaba el aire. Fantasma sabía que estaba asegurándose de tener el viento a favor para que la criatura no la detectase. En las montañas, el viento soplaba sobre las laderas nevadas sin apenas encontrar obstáculos y cambiaba de dirección sólo de vez en cuando; en el bosque, sin embargo, uno nunca podía saber cuándo rebotaría en una roca o rodearía un árbol, delatando tu posición.

Astilla balanceó las ancas mientras se preparaba para saltar, calculando la distancia, cambiando el peso de unas patas a otras… Y finalmente atacó, silenciosa y potente, y sus largas patas se abalanzaron sobre el ave y la inmovilizaron contra el suelo. El faisán luchó, chillando y batiendo sus largas alas ante la cara de Astilla. La leoparda retrocedió, tratando de mantener las zarpas sobre la presa, pero una le resbaló…

—¡Fantasma! —aulló.

El joven panda irrumpió desde su escondrijo, llegó junto a su hermana estrepitosamente y aferró al faisán con las zarpas delanteras. Luego se inclinó para darle una dentellada en el cuello, y la criatura dejó de moverse inmediatamente.

Fantasma se relamió el hocico, saboreando la sangre de su presa. Era raro: todavía recordaba los días en que ese sabor significaba que era la hora de comer, cuando provocaba que le rugiera el estómago y se le hiciera la boca agua, pero ahora no sintió ninguna tentación de compartir la caza con Astilla. Se sentó, mientras su hermana lo miraba agitando la cola de alegría.

—Seguimos siendo un buen equipo —maulló.

—Tú has hecho todo el trabajo duro —replicó él—. Tu técnica de acecho es cada vez mejor, y tus saltos también son más certeros. Pronto serás tan buena como mamá…

Los dos se quedaron quietos y en silencio unos segundos. El recuerdo de la caída de Hibernal volvió a colarse en los pensamientos de Fantasma, pero él intentó apartarlo y centrarse en recordar cómo cazaba, en la forma en que siempre superaba a sus presas, en el poder de sus zancadas al atacar…

Astilla agitó las orejas, amasando el suelo. Luego levantó la vista y sonrió, guiñándole un ojo.

—Bueno, quizá no tan buena como ella… pero gracias. —Puso una zarpa sobre el faisán y cerró los ojos—. Le agradecemos al Felino de las Nieves que nos dé esta presa. Deja tus huellas en la nieve, para que nosotros podamos seguirlas.

Fantasma inclinó la cabeza respetuosamente, pero no pudo evitar preguntarse si Astilla no debería haberle pedido al Felino de las Nieves que dejara sus huellas en el barro, en vez de en la nieve. ¿Podría también el Felino de las Nieves encontrarlos allí, en el bosque de Lomapróspera?

—¿Quieres un poco? —le preguntó Astilla, y cuando vio que él negaba con la cabeza, volvió a mover la cola, entusiasmada—: De acuerdo. ¡Más para mí!

Y empezó a comerse el faisán.

—Nos vemos más tarde —le dijo Fantasma, mirando hacia el cielo para localizar la posición del sol—. Creo que quizá sea la hora del banquete de nuevo… Voy a echar un vistazo.

—Mm-hmm —respondió Astilla con la boca llena de plumas de colores.

Fantasma se rió entre dientes y se dio la vuelta para marcharse. Le habría gustado que Astilla pudiera ir al banquete con él, pero tenía bastante claro que los demás pandas no querrían verla comiéndose a su presa. Además, aunque allí había mucha caza y escasos competidores, lo más probable era que Astilla se atuviese a la rutina que habían aprendido en las montañas: guardar la presa e ir comiéndola poco a poco a lo largo de varios días, para que durara lo máximo posible. Y la rutina de un oso panda era totalmente distinta: comer tanto como podían, pero sólo a ciertas horas…

Al llegar al claro de los banquetes, lo encontró lleno de pandas que masticaban alegremente cañas de bambú y charlaban entre ellos. Ocaso lo saludó, y él le devolvió el saludo un tanto azorado. Había comido un poco de bambú no hacía mucho, por su cuenta y sin decírselo a nadie… ¿Estaba bien

unirse a un banquete si no tenías mucha hambre? Quizá debería marcharse e intentar llegar a tiempo al siguiente…

—Hola, Fantasma —lo saludó la panda que se llamaba Peonía—. ¿Por qué no te sientas con nosotros?

El joven se acercó y se sentó a su lado, un poco incómodo. Le caía bien esa panda, pero allí también estaba Biznaga, que no se había mostrado ni siquiera un poco más amable después de que él le pidiera disculpas tras el encontronazo por la guarida de bambú.

Peonía empujó una caña hacia Fantasma, que sonrió nervioso.

—Yo, hmm… he comido un poco hace un rato —confesó.

—¿En el Banquete del Sol Alto? —le preguntó Peonía—. Éste es el Banquete de la Luz Larga; puedes comer más.

—No… entre medias —respondió él—. Todavía estoy aprendiendo cuándo son los banquetes. Lo lamento… —se apresuró a añadir—. En las montañas, teníamos que comer siempre que tuviéramos oportunidad.

—Parece una forma de vida espantosa —intervino Biznaga, poniendo los ojos en blanco.

—¿Por qué no practicas con la bendición? —le propuso Peonía—. Puedes comerte sólo un bocado.

—De acuerdo. —Fantasma arrancó un puñado de hojas de la caña. Comérselas no sería exactamente un sacrificio, porque tenían un olor delicioso. Las sostuvo frente a él y empezó con la bendición—: Le agradecemos al Felino de las Nieves que nos dé… Oh.

Notó un hormigueo de vergüenza en la nuca al darse cuenta de su error. Todos los pandas de alrededor lo miraban fijamente.

—Gran Dragón —lo ayudó Peonía con dulzura.

—Gran Dragón… —repitió Fantasma, rebuscando en su memoria qué venía después, pero su corazón se había desbocado y no logró encontrar las palabras.

—Humildes pandas… —le susurró el pequeño Anuro, poniéndose a su lado.

—¡Ah, sí! En el Banquete de la Luz Larga, tus humildes pandas se inclinan ante ti. Gracias por el regalo del bambú, y por la… ehhh… —Oh, Felino de las Nieves, ¿cuál era la virtud para la Luz Larga? ¿La valentía? ¿La inteligencia?

—Resistencia —le susurró Peonía.

—…Y por la resistencia que nos concedes —terminó Fantasma de un tirón, y acto seguido se metió las hojas en la boca, aliviado de haber podido

llegar al final de la bendición.

Varios de los pandas reunidos asintieron satisfechos, pero unos pocos intercambiaron miradas significativas, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué es eso del Felino de las Nieves? —quiso saber Biznaga—. A mí me suena a rival del Gran Dragón. ¿Pretendes ofender al Gran Dragón?

—¿Qué…? ¡No! —Fantasma se tragó las hojas a toda prisa—. No, no, en absoluto. Es sólo lo que mi madre… lo que los leopardos decían.

Al pronunciar esas palabras, sin embargo, no pudo evitar sentir una punzada de culpabilidad.

«El Felino de las Nieves es real. Yo vi sus huellas en la nieve. No debería fingir que es simplemente algo que se inventó Hibernal…».

—Eso espero —soltó Biznaga, examinando a Fantasma de cerca—. ¿Qué es eso que tienes en el hocico? ¿Es sangre?

La osa se echó hacia atrás con una repulsión teatral, y todos los pandas volvieron a girarse hacia Fantasma, boquiabiertos.

—Po-podría ser —respondió él, aunque sabía con certeza que lo era—. He ido a cazar con Astilla. Hemos atrapado un faisán.

La expresión de abatimiento de los pandas hizo que el estómago de Fantasma se retorciera de ansiedad.

—¡Y lo dice como si nada! —replicó Biznaga, con una voz que sonaba un poco como si fuera a vomitar—. ¿Qué pensará el resto del Reino del Bambú, si tenemos un panda que se pasea por ahí salpicado con la sangre de criaturas de su misma tierra?

«¡No estoy salpicado de sangre!», pensó Fantasma.

—S-sólo he ayudado a Astilla justo al final… —Levantó la vista al percibir un movimiento en el otro lado del claro: Ocaso se había levantado e iba hacia él. Fantasma estaba al borde de un ataque de pánico—. Astilla necesita cazar —continuó—. Yo no he comido nada… Ahora prefiero el bambú.

—Eso es lo que tú dices —le espetó Biznaga, sacudiendo la cabeza—. Pero ¡el pelo de tu cara cuenta una historia bien distinta!

—¿Qué es lo que ocurre, amigos míos? —preguntó Ocaso al llegar junto a ellos.

—Portavoz del Dragón, yo no quiero causar problemas… —empezó Biznaga.

«Y aun así, los causarás», pensó Fantasma, descorazonado.

—Pero este cachorro blanco no parece muy interesado en encajar aquí —prosiguió la osa—. Mata criaturas, no muestra ningún respeto por el Gran

Dragón… ¡y ha acudido al banquete con sangre en el hocico!

Ocaso escuchó tranquilamente a Biznaga y luego se volvió hacia Fantasma, que notó cómo se encogía, aunque trató de no apartar la mirada.

—Comprendo que, a algunos de vosotros, la aparición de Fantasma os pueda resultar chocante —dijo el portavoz—. Pero os ruego que seáis más tolerantes. Este joven ha tenido una vida muy diferente de la nuestra, y estoy seguro de que tiene mucho que enseñarnos, al igual que nosotros tenemos mucho que compartir con él.

Hubo murmullos entre los pandas, pero, para su alivio, Fantasma también vio que algunos asentían y que sus expresiones pasaban de críticas a pensativas.

—Fantasma, ¿por qué no vienes a sentarte conmigo un rato? —le propuso Ocaso—. Me gustaría hablar contigo.

El joven asintió y siguió al portavoz hasta su sitio, en el centro del claro. Se sentía preocupado y emocionado al mismo tiempo: el portavoz le estaba concediendo un gran honor, pero también era posible que quisiera reprenderlo más duramente cuando no estuvieran delante de los demás pandas.

Ocaso se sentó y dio unas palmaditas en la hierba, junto a él, para que Fantasma se sentara también.

—¿Podría darte un consejo, joven Fantasma? —le preguntó.

—Por supuesto.

—Debes tener paciencia. Veo que los demás aún necesitan algo de tiempo para acostumbrarse a tu presencia… Y tú para acostumbrarte a ellos, por supuesto. No te desanimes… pero tal vez sea mejor que no vayas a cazar con tu compañera de camada nunca más.

Fantasma asintió despacio. Podía notar las dentelladas de culpabilidad al pensar en cómo le diría a Astilla que había aceptado dejar de cazar con ella, pero es que Ocaso tenía razón. Él debía intentar actuar más como un panda, al menos durante un tiempo.

Miró a Ocaso, y la culpabilidad se desvaneció. Era estupendo que el sabio portavoz del Dragón fuese amigo suyo. Lo menos que podía hacer para agradecérselo era procurar seguir su consejo.

El joven al que llamaban Guijarro se acercó a ellos con dos cañas de bambú en la boca y se las ofreció a Ocaso, en señal de respeto —Fantasma ya había visto que otros pandas hacían algo parecido en cada banquete—, pero luego, después de lanzarle una mirada interrogativa al portavoz y obtener un gesto afirmativo, Guijarro empujó una de las cañas hacia Fantasma.

—He pensado que quizá quieras compartirla —dijo.

Fantasma le sonrió. Seguía sin tener mucha hambre, pero, al verse rodeado de todo aquel bambú de delicioso aroma, empezó a pensar que quizá podía comer un poco más. Y Guijarro había sido muy amable al ofrecérselo delante de todos los demás pandas. Tal vez estaba demostrándoles que a él no le daba miedo ni le inspiraba repulsión.

—Sí, gracias —respondió.

Guijarro se sentó a su lado, y juntos empezaron a arrancar las hojas de la caña.

—Quería hablar contigo porque, hmm… he oído que tu madre murió. Me refiero a tu madre leoparda.

De repente, el bambú que Fantasma tenía en la boca pareció perder todo su sabor. Lo mascó pausadamente durante unos segundos, y al final asintió.

—Sí, así es.

—Bueno, muchos de nosotros perdimos a miembros de nuestra familia en la gran inundación, pero… Yo también perdí a mi mejor amiga hace sólo unos pocos días. En fin, sólo quería decirte que te entiendo.

—Oh, lamento lo de tu amiga…

Fantasma hizo una pausa, algo incómodo, aunque al mismo tiempo le resultó extrañamente reconfortante ver que Guijarro compartía un dolor parecido al que podía estar sintiendo él.

«Ahora me pregunto cómo murió su amiga… y seguro que él está pensando lo mismo sobre Hibernal».

—¿Cómo se llamaba tu amiga?

—Lluvia. Era la hija de Peonía, y tenía más o menos la misma edad que nosotros dos.

Fantasma miró de reojo a Peonía. Había sido una de las pandas más amables con él desde su llegada a Lomapróspera. ¿Quizá la reciente muerte de su hija había tenido algo que ver con que lo hubiera acogido tan bien?

—Mi madre se llamaba Hibernal —le contó a Guijarro—. Murió al intentar salvarme la vida.

—Eso tuvo que ser espantoso —dijo el joven en voz baja—. A Lluvia se la llevó el río. Todos le decíamos que no fuera demasiado lejos, que las corrientes eran demasiado peligrosas. Ella jamás había cometido ese error, pero aquel día… —Sacudió la cabeza—. Fue horrible. El portavoz Ocaso lo vio todo. Lluvia estaba tratando de encontrar una forma de cruzar a la otra orilla y… nadó demasiado lejos y perdió el control. Le encantaba el río. No me parece justo.

Fantasma asintió, apenado por Guijarro.

—Hibernal era una trepadora magnífica —dijo unos segundos después—. Podría haberse subido a la rama de ese árbol de ahí, o más alto incluso, de un solo salto. Era increíble. Pero estaba intentando escalar por la pared de una sima cuando la tierra tembló y el hielo se rompió… —Se detuvo y tragó saliva, y volvió a ver a Hibernal precipitándose al vacío de nuevo delante de sus ojos—. Lo que quiero decir es que… estaba haciendo algo en lo que era muy buena. Increíblemente buena, en realidad. No fue culpa suya que aquel día algo saliera mal, ¿sabes?

A Guijarro se le iluminó un poco la mirada.

—Sí. Eso tiene sentido.

El joven panda recogió la caña de bambú y la partió de un solo mordisco, y luego le pasó una de las mitades a Fantasma. Los dos permanecieron en un cómodo silencio durante unos instantes, mientras pelaban el tallo para llegar al blando y jugoso interior y poder comérselo.

«Guijarro y yo tenemos más cosas en común de lo que uno podría pensar al vernos —se dijo Fantasma—. Quizá pueda aprender de él a ser mejor panda. Quizá podamos ser amigos».

Finalmente, el banquete llegó a su fin, y los pandas se alejaron o se tumbaron donde habían comido para disfrutar de la siesta de la Luz Larga. Fantasma se puso en pie y echó a andar, diciéndose que debería ir en busca de Astilla para contarle lo que le había aconsejado Ocaso. Pero cuando apenas había dado unos pasos, vio que el portavoz estaba a su lado de nuevo.

—¿Querrías venir conmigo? —le pidió el viejo panda—. Tengo una tarea especial, y creo que tú eres el más apropiado para ayudarme.

—¿Yo? —Fantasma se cuadró un poco más, plantando las orejas—. Es decir, ¡sí, por supuesto! ¿Cómo puedo ayudarte?

—Sígueme.

Ocaso se encaminó hacia el bosque, y Fantasma lo siguió por el sendero de los pandas, rodeando la colina de los banquetes. Un poco más adelante, abandonaron el camino y continuaron a través de la vegetación. Fantasma aún no conocía muy bien Lomapróspera, pero estaba casi seguro de que iban en dirección contraria al río, internándose cada vez más en el verde bosque. A veces los árboles se espaciaban un poco y podía entrever una serie de montañas y riscos, densamente arbolados y envueltos en niebla. Aquel lugar se parecía bastante al Bosque del Norte, aunque allí la vegetación era escasa, mientras que aquí todo rebosaba verdor.

Por fin llegaron a la cima de un monte, y Ocaso se detuvo.

—Estamos aquí para encontrarnos con los monos dorados —le explicó a Fantasma.

«Vaya», pensó el joven, sintiendo que iba a estallar de orgullo y emoción. ¡El portavoz del Dragón quería presentarle a las otras criaturas del bosque! ¿Lo estaría haciendo para que pudieran ir a contarles a Biznaga y los demás que él no suponía una amenaza?

Sólo que…

Se sentó de golpe y se lamió una zarpa. ¡Casi se había olvidado de que aún tenía restos de sangre en su blanco hocico!

—Espera, Fantasma. ¿Por qué haces eso? —le preguntó Ocaso.

Fantasma se quedó inmóvil, con la pata medio levantada para limpiarse la sangre.

—Yo… eeeh… Bueno, he pensado que a los demás pandas no les gustaría que los monos creyeran que me los he comido a todos.

El portavoz se rió entre dientes, sacudiendo su enorme pecho.

—Creo que es mejor que lo dejes tal como está —dijo—. Ésta será una oportunidad para que nosotros aprendamos de ti.

8

Hoja se recostó contra la roca cubierta de musgo, mirando el enorme abeto que crecía en mitad del claro. Parecía como si, de pronto, le hubieran brotado cientos y cientos de frutos marrones. Sólo que no eran frutos… sino murciélagos. Una bandada entera de murciélagos que se habían posado en todos los huecos y en las ramas, con las alas plegadas a los costados.

Hoja se preguntó cómo sería viajar a través del cielo con una familia tan extensa que ni siquiera podías contar a sus miembros. No estaba segura de si habría tantos pandas en el mundo entero como minúsculos murciélagos en aquel único árbol.

En la colonia aún sonaban leves chillidos, aunque la mayoría de sus integrantes ya estaban durmiendo. Habían mantenido un siseo constante desde que ella y Rayo habían llegado a su lugar de descanso, pero, ahora que el sol se hundía en el horizonte y las sombras caían sobre los valles del Bosque del Norte, Hoja empezaba a preguntarse si aquel leve sonido estaba aumentando un poco. Los murciélagos despertarían al anochecer, y entonces, si ocurría como el día anterior y el otro, se alimentarían durante un rato antes de seguir su viaje y buscar otro refugio.

No había sido demasiado difícil alcanzarlos. Sólo habían tenido que seguir el olor de sus excrementos y el sonido de sus chillidos, con lo que Hoja estaba más convencida que nunca de que eso era lo que se suponía que debía hacer. Era como si los murciélagos quisieran que los encontrasen.

—¿Adónde crees que nos llevan? —le preguntó Rayo, frotándose las blancas orejitas con las zarpas delanteras y mirando hacia el abeto.

—Al encuentro del tercer trillizo, o al menos eso espero. Pero no sé exactamente adónde… si es eso lo que preguntas.

Masticó la caña de bambú que había encontrado para el Banquete de la Luz Agonizante. Sólo una, en la ladera de una colina, así que siguió mascándola, aunque ya se había comido todas las partes más sabrosas. Necesitaba todas las energías que pudiera proporcionarle.

—Hasta ahora, creo que vamos montaña abajo y río abajo —dijo Rayo pensativo—. Pero es imposible saber hasta dónde tendremos que seguirlos antes de encontrar a ese otro panda. ¿Cómo crees que será tu otro hermano?

—Quizá esto suene… no sé, un poco desagradecido tal vez, pero espero que sea más fácil llevarme bien con él que con Lluvia —suspiró Hoja.

Rayo soltó un resoplido.

—No voy a llevarte la contraria con eso. ¡Lluvia es el panda más cabezota que he conocido jamás! ¿Estás segura de que es tu hermana?

—No empieces tú con eso también —rió ella entre dientes—. Sí, estoy segura. Aunque entiendo a qué te refieres. Es un alivio no tener que discutir sobre lo mismo una y otra vez. Aun así, me alegro de que se haya ido con Pruna. Si pueden localizar a los demás, y pasan un tiempo juntas sin tener que subir montañas, quizá Pruna pueda convencerla de que…

—Yo no estaría muy seguro de eso. Aunque si permanecen juntas, al menos podrán ayudarse una a la otra.

Algo pasó rozando la cabeza de Hoja, que se encogió a la vez que soltaba el tallo de bambú. Pero luego recordó de qué se trataba y se obligó a relajarse, mientras un murciélago tras otro iban saliendo disparados del árbol para internarse en la oscuridad.

—Bueno, será mejor que nos preparemos para ponernos en marcha…

Rayo asintió arqueando el lomo y ondeando su peluda cola en el aire.

Se quedaron contemplando a los murciélagos mientras cazaban, conscientes de que, cuando acabasen, retomarían su viaje y les tocaría correr tras ellos. Hoja observaba los difusos movimientos que lograba distinguir. La forma de cazar de los murciélagos aún le resultaba admirable, incluso después de varios días siguiéndolos. A pesar de moverse a velocidades en las que ella no podía ni soñar, haciendo cabriolas en el aire para atrapar a unos insectos que la joven ni siquiera podía ver, los murciélagos no chocaban jamás entre sí, ni contra los árboles, o las ramas, o las rocas… o los pandas. Podía oírlos chillar mientras volaban alrededor del claro y giraban en lo alto, y estaba segura de captar unas pocas palabras entre aquel estridente siseo: «sigue…», «deprisa…».

De repente, dieron por finalizada la hora de comer. El árbol liberó su carga de frutos marrones, que, en vez de caer al suelo, se elevaron por el cielo crepuscular y se alejaron como una sola corriente.

—¡Vamos allá! —exclamó Rayo.

Hoja soltó lo que le quedaba de bambú, se bajó de la roca sobre la que estaba y se lanzó tras los murciélagos.

Al principio corrieron tanto como pudieron, saltando sobre ramas caídas, atravesando la vegetación o rodando ladera abajo sin perder nunca de vista a los murciélagos: una nube oscura contra el cielo cada vez más oscuro. Sin embargo, a pesar de ser tan diminutos, los murciélagos se desplazaban mucho más rápido que Hoja y Rayo, y pronto los dos amigos tuvieron que pararse a recuperar el aliento mientras la nube desaparecía ante ellos.

«Bueno, tampoco pasa nada», pensó Hoja. Ver cómo se esfumaban las criaturas a las que perseguían debería preocuparla, pero no se inquietó en absoluto: sabía que podía seguirlos con el olfato y que acabaría alcanzándolos en su siguiente sitio de descanso. Después de todo, el Dragón los había enviado para eso, y ella confiaba en que no permitiría que se perdieran.

Se detuvieron para el banquete correspondiente en cuanto Hoja encontró un pequeño manojo de brotes de bambú; comieron lo mejor que pudieron, echaron una breve cabezadita y luego continuaron su camino siguiendo el rastro de los murciélagos. Caminaron a través de la noche, sin dejar de desplazarse, básicamente, montaña abajo, dirigiéndose hacia bosques más frondosos y cálidos. Cuando estaban celebrando el Banquete del Descenso de la Luna, Rayo se incorporó junto a su amiga y orientó sus redondas orejas hacia el cielo nocturno.

—¿Oyes eso? Creo que es agua.

Hoja aguzó el oído, y, sí, en la quietud de la noche, distinguió el sonido de una corriente de agua. ¿Podía tratarse del río? No estaba segura, pero prefería no arriesgarse a deambular por el bosque para comprobarlo.

El rastro de los murciélagos los llevó colinas arriba y colinas abajo durante la Luz Gris y luego durante la Luz Dorada. Se permitieron una pequeña siesta para recuperar fuerzas, y cuando volvieron a abrir los ojos el sol había salido y el bosque se había despertado a su alrededor, con los chillidos de las aves y el lejano parloteo de los monos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Rayo, mientras cruzaban chapoteando un pequeño arroyo en lo más hondo de un largo valle—. Desde luego, esto no es Airosobosque. Es más húmedo y más verde, con más musgo y menos ginkgos.

—Debemos de estar río abajo de Airosobosque… O al menos eso creo —respondió Hoja, aunque no estaba muy segura de dónde se encontraban en relación con el sitio que hasta entonces había sido su hogar.

Lo único de lo que estaba completamente segura era de que no tardarían en encontrar el nuevo sitio de reposo de los murciélagos. Esos bichos nunca parecían querer alejarse mucho; el sol ya estaba saliendo y ya habrían

escogido un árbol alto o una cueva grande para dormir durante el día, así que pronto los alcanzarían. Sobre un gran afloramiento rocoso, otra concentración de excrementos les mostró exactamente la dirección que debían tomar. Hoja pensó que los murciélagos no habrían dejado un montón como aquél si sólo estuvieran de paso; estaba convencida de que habían sobrevolado la zona en círculos antes de proseguir. ¿Habían estado cazando, o esperando a que ella los alcanzara?

Aun así, a medida que continuaban la joven panda empezó a preocuparse. El rastro todavía era fácil de seguir, pero no había ni la menor señal del lugar de descanso de los murciélagos. El Sol Alto dio paso a la Luz Larga, y ella y Rayo se pararon para un nuevo banquete. Por primera vez, habían tropezado con una mata de bambú lo bastante grande como para que a Hoja dejara de rugirle el estómago. La tierra estaba volviéndose extrañamente cenagosa, aunque todavía no podían ver el río, ni siquiera oírlo. Entre las piedras crecían largos juncos, y a ambos lados del camino se alzaban altos muros rocosos, que de repente se transformaron en tambaleantes columnas pétreas que daban la sensación de poder derrumbarse en cualquier momento. Llegó el Descenso del Sol, y Hoja y Rayo tomaron la decisión de no pararse a comer, dando por hecho que no podían tardar mucho en encontrar a los murciélagos. Al final, Hoja se alegró de no haberse parado, porque ya había pasado la Salida de la Luna cuando por fin captaron el olor de los murciélagos.

—Hoja… —masculló Rayo mientras avanzaban penosamente, subiendo una pendiente rocosa para llegar a una cima iluminada por la luna—. ¿Es posible que estemos yendo en la dirección equivocada? Sé que estamos siguiendo el rastro, pero… ¿podría tratarse de un rastro equivocado?

Hoja se detuvo en lo alto de la loma y miró alrededor. Había estado intentando apartar ese mismo pensamiento de su mente.

—Creo que no —respondió al cabo—. Pero no sé por qué no los hemos encontrado todavía. Es como si hoy no se hubieran parado a descansar. ¿Por qué no se han parado?

—Hablando de descansar… —Rayo bostezó con ganas, desencajando la mandíbula y enroscando su lengüecita en el aire—. Las siestas están muy bien, pero, si no duermo pronto como es debido, no voy a poder seguir avanzando mucho más.

—Estoy de acuerdo. —El corazón de Hoja latía débilmente pero deprisa, y la joven no parecía tener un control completo de su visión: las cosas habían empezado a adquirir un extraño aspecto plano, como si la siguiente colina no

estuviera más lejos que el siguiente árbol—. Vamos a bajar por el otro lado, allí buscaremos un sitio donde detenernos hasta el amanecer.

Caminaron despacio, pisando con cuidado en la penumbra, hasta que llegaron a una densa arboleda de ginkgos.

—Podemos subirnos a éste para dormir en alto —propuso Rayo.

Hoja asintió con un gran bostezo, y acto seguido se agarró a la rama más baja para ir trepando por el tronco, hasta que encontró una horcadura amplia y cómoda donde podía tumbarse sobre la barriga. Rayo subió tras ella y se ovilló encima del lomo de su amiga. Su leve peso resultaba reconfortante, y Hoja notó casi de inmediato que se iba quedando dormida.

De pronto, se encontró con que estaba mirando a la oscuridad con los ojos bien abiertos y el corazón desbocado. No estaba segura de si había dormido o no, o durante cuánto tiempo, pero ahora estaba completamente despierta. La noche parecía más fría, y Rayo estaba despatarrado sobre su lomo con la cola enroscada alrededor de su cuello, haciéndole cosquillas en la nariz.

¿Era eso lo que la había despertado?

No… Había algo más. Un ruido. Algo, por debajo de ellos, en el bosque, estaba emitiendo una especie de débil gemido.

Hoja se quedó absolutamente inmóvil, notando cómo se le aceleraba el pulso en las orejas mientras escuchaba el sonido. ¿Podía tratarse del gruñido de un depredador? De repente, recordó todo lo que Lluvia había dicho sobre Cazasombras, y también las dudas y los temores de Rayo. ¿Y si los dos tenían razón? ¿Y si todo había sido una mentira y una trampa, y el tigre había estado esperando a que se perdieran y ahora volvía para acabar con ellos…?

Pero no tardó mucho en decirse a sí misma que no debía dejarse llevar por el pánico. ¡Aquello no sonaba para nada a Cazasombras! Era más bien el lamento de una criatura grande que estaba sufriendo…

Cambió de posición, y Rayo se agarró rezongando para no perder el equilibrio.

—¿Qué…? —masculló el panda rojo—. ¿Ya nos levantamos?

—¿Tú puede oír eso? —le preguntó Hoja.

Hubo una pausa silenciosa, sólo interrumpida por el extraño lamento de más abajo.

—¿Qué es eso? —preguntó Rayo unos segundos después, ya completamente despierto y con la voz helada.

—No lo sé. Creo que debería ir a echar un vistazo… —susurró la joven panda.

—¿Qué? ¡No! ¡No bajes ahí! —Rayo saltó de su lomo, pero permaneció aferrado al tronco del árbol mientras ella empezaba a deslizarse hacia abajo —. ¡Podría ser cualquier cosa!

—No puedo quedarme aquí tumbada sin averiguarlo.

La joven se deslizó primero por la rama y luego por el tronco, y poco después aterrizó con el trasero sobre un montón de hojas caídas. Olfateó el aire. En el suelo de la arboleda había un olor que le resultaba familiar, pero repulsivo al mismo tiempo. ¿Qué estaba pasando allí?

El sonido procedía de una zona de densos helechos, a la sombra de dos árboles, casi completamente negra a pesar de la luz de la luna y las estrellas, que se colaba a través del dosel de las ramas de los ginkgos. La joven panda se fue acercando, y al hacerlo descubrió que, en efecto, había una criatura tumbada entre los helechos, tan grande como ella misma o incluso más. La criatura rodó sobre sí misma gimiendo de nuevo, y Hoja tragó saliva.

—Hola —susurró—. ¿Hay alguien ahí?

Los lamentos cesaron un instante. La criatura volvió a rodar por el suelo, y Hoja vio una zarpa negra, y otra, y luego… una cara blanca y negra.

—¿Hoja? Hoja, ¿eres…? —La panda soltó otro gemido de dolor—. ¿Eres tú?

—¡Murta!

Hoja se quedó mirando a Murta Airosobosque, que apenas pudo dar unos pocos y vacilantes pasos entre los helechos antes de derrumbarse, gimiendo una vez más. La joven corrió a su lado y le lamió la cara, aunque el repulsivo olor que había enmascarado el familiar olor de Murta era más fuerte que nunca.

—Estás enferma —murmuró—. ¿Qué te ha pasado?

—No lo sé —suspiró Murta—. He venido hasta aquí para intentar recoger algo de bambú, pero luego una gran debilidad se ha apoderado de mí… Y ya no he podido ir más lejos.

—¿Dónde están los demás? ¿Y los pandas rojos? ¿Os separasteis? —le preguntó Hoja.

Murta sacudió la cabeza. Logró ponerse en pie de nuevo, y Hoja se apresuró a sostenerla.

—Nosotros… llegamos hasta aquí todos juntos. —Cada palabra parecía llevarse toda su energía—. Los Airosobosque, los Trepador, todos. Encontramos Estanquecristalino. No estaba mal… ¡Aunque te echábamos de menos! Pero la enfermedad…

—Tranquila —le dijo Hoja—. Necesitas descansar. Te ayudaré a regresar con los demás si me enseñas el camino.

Se giró para llamar a Rayo, pero entonces vio que su amigo estaba justo detrás de ella, mirando boquiabierto los legañosos ojos de Murta y su aspecto debilitado. Corrió a sostenerla por el otro lado —aunque si la panda se caía, no habría nada que él pudiera hacer—, y los tres echaron a andar entre los árboles.

Hoja lanzó una última mirada al bosquecillo de ginkgos al dejarlo atrás.

«¿Habremos perdido a los murciélagos para siempre?».

Ahora no podía pensar en eso. Su familia estaba viva, y necesitaba su ayuda.

9

El plan de Ocaso no parecía estar yendo muy bien.

Bueno, en parte sí… Al menos la parte que interesaba realmente, según supuso Fantasma mientras cambiaba el peso del cuerpo sobre la roca plana en la que estaba sentado, delante de la entrada de la cueva. Después de todo, los monos dorados habían accedido a llevarlo con ellos hasta donde recogían el bambú. Lo habían guiado hasta aquella extraña cueva, envuelta en densas enredaderas y rodeada por un curioso bosque de cañas de bambú rayado. Y ahora Fantasma estaba supervisándolos mientras cortaban unas cuantas cañas para formar pulcros montones que después le llevarían a Ocaso.

Aunque, de hecho, no tenía la sensación de estar supervisando nada. Si había alguien a quien estaban observando con atención, estaba claro que ése era a él.

Ahora entendía por qué Ocaso había querido que se dejara la sangre en el hocico. El portavoz quería que intimidase a aquellas criaturas; un panda que no era como los demás. El problema era que la idea no parecía estar funcionando del todo.

Tibias Potentes, el líder de los monos, enrolló una hoja de bambú con los dedos de los pies y luego se la encajó detrás de una oreja, mientras veía trabajar a su tropa repantigado en una zona soleada.

«¿No debería estar ayudando a los demás? —pensó Fantasma—. Ocaso me ha dicho que los mantuviera a raya, y yo soy mucho más grande que ese mono. ¡Tal vez debería asegurarme de que saben que la sangre de mi hocico no es sólo para impresionarlos!».

—¿Cuánto falta? —le preguntó a Tibias Potentes, gruñendo un poco.

El líder de los monos suspiró, poniendo los ojos en blanco.

—¿El portavoz del Dragón quiere su bambú o no lo quiere?

—¡Te he preguntado cuánto falta! —le espetó Fantasma de malos modos —. ¡El portavoz del Dragón está esperando!

Esta vez mostró los colmillos e intentó erizar el pelo, como haría un leopardo de las nieves si se encontrara con otro leopardo en su territorio.

Los monos se rieron de él.

—Ooooh, perdón —gorjeó una mona, tirándose de la oreja con sus largos y extraños dedos—. No sabíamos que su alteza real estaba esperando.

Fantasma los miró con una creciente sensación de rabia. No lo entendía. El tamaño de un mono era la cuarta parte del suyo, y menos aún. ¡Él podría acabar con sus vidas de una sola dentellada si quisiera! Las caras chatas, azules y burlonas de aquellas criaturas le estaban haciendo muy difícil recordar que había prometido adoptar la pacífica vida de los osos panda…

—Panda de las nieves, grandote y aterrador —canturreó otro mono, mofándose de él. Lanzó los brotes de bambú que llevaba en la mano sobre el ordenado montón, que se desparramó con el golpe—. Te crees que eres muy duro, ¿no, bola de pelo?

Fantasma gruñó.

—¿Por qué no lo demuestras? —continuó el mono, señalando la entrada de la cueva con su largo dedo—. ¡A ver si eres capaz de entrar hasta el fondo! Ahí dentro hay una oscuridad total y hace mucho frío. Las crías de mono entran ahí, y a veces no vuelven a salir.

—¡Sí! —La mona que estaba al lado se puso a dar saltos y empezó a aplaudir—. ¡Entra, entra!

Fantasma se quedó mirando la boca de la cueva; su profundidad estaba oculta por la cortina de enredaderas, y un estremecimiento le alisó el pelo del lomo.

La última vez que se había acercado a una cueva así, estaba con Astilla en las montañas. Desesperado por resguardarse, agotado y abatido, se había internado en la oscuridad, y allí había encontrado algo que le mostró los colmillos y corrió hacia él.

Sólo que no se trataba de un monstruo ni de un leopardo hostil. Lo había comprendido al llegar al río y conocer a Ocaso. Se trataba de una osa panda.

Probablemente aquella osa debía de estar intentando salir de la cueva cuando corrió en su dirección. Era muy posible que no supiera qué era él, porque Fantasma olía a depredador. Pero en aquel momento él no sabía nada de eso: sólo vio que algo se abalanzaba contra su pecho, y por eso le lanzó un zarpazo…

¿Dónde estaría esa panda ahora? ¿La había matado? ¿Llegaría a saberlo alguna vez?

—¿Y bien? ¿Vas a entrar o no? ¿O es que te da miedo la oscuridad? —le insistió el mono, acercándose hasta la entrada de la cueva para apartar la cortina de enredaderas.

—¿Y a ti, Lomo Fuerte? —le preguntó de repente una mona. Era algo más joven que la mayoría, y estaba saltando sobre una de las cañas de bambú para partirla—. ¿Por qué no entras tú primero?

—¡Cierra el pico, Cola Ágil! —exclamó el llamado Lomo Fuerte.

—¡Cierra el pico tú, Lomo Miedica! —retrucó la mona.

No era una réplica muy ingeniosa, pero Lomo Fuerte pareció perder las ganas de bromear, porque soltó la cortina de enredaderas y se alejó.

La caña de bambú sobre la que estaba saltando Cola Ágil se quebró, y la mona dorada la separó de la raíz y empezó a arrastrarla hacia el montón. Al pasar junto a Fantasma, lo olfateó mirándolo a la cara. Fantasma sintió como si lo estuviesen evaluando meticulosamente y le sostuvo la mirada, ceñudo; aunque era preferible eso a que se rieran de él.

—No le hagas caso a ese tonto —le dijo la mona sin más, y siguió adelante arrastrando la caña de bambú hasta el montón.

Fantasma se la quedó mirando, sintiéndose desconcertado, agradecido y frustrado, todo al mismo tiempo. Supuso que Cola Ágil tenía razón: no podía dejar que las burlas de los monos le afectaran. Sólo tenía que hacer su trabajo y asegurarse de que volvían con el bambú para Ocaso.

Olisqueó el montón. Olía raro, no como el delicioso bambú que crecía más cerca del río. Tomó un pequeño brote y se lo llevó al hocico.

Alguien le dio una palmada, y el brote salió volando. Fantasma levantó la vista, gruñendo, y se encontró con la cara de Tibias Potentes.

—Esto es para el portavoz del Dragón —le dijo el mono, con una sonrisa que podría haber sido agradable si hubiese estado más lejos de su nariz—. No queremos que nadie se zampe la propiedad especial del portavoz del Dragón, ¿verdad?

Fantasma le sostuvo la mirada.

—Por supuesto que no —respondió tan dulcemente como pudo, tratando de imitar el tono despreocupado del líder, aunque sentía un hormigueo de vergüenza e irritación por todo el cuerpo.

Tibias Potentes sonrió de oreja a oreja y le dio una palmadita en la cabeza. A Fantasma le entraron ganas de morder el aire frente a su cara, pero se mantuvo totalmente inmóvil. Ocaso no le había dicho que buscara pelea.

—Ya es suficiente —ordenó Tibias Potentes a los demás—. Recoged ese bambú y volvamos.

Él cogió el pequeño brote que le había tirado a Fantasma, mientras Cola Ágil, Lomo Fuerte y los otros cargaban con las cañas más grandes y pesadas.

Fantasma no se ofreció a ayudarlos, lo que estuvo muy bien porque, incluso con el bambú a cuestas, los monos se movían mucho más deprisa que él y se pusieron en marcha sin previo aviso, subiéndose a los árboles o echando a correr por el bosque. El joven panda se vio asaltado por ciertos recuerdos cuando salió corriendo tras ellos, y sintió una punzada fría en las almohadillas. Aún podía ver a sus hermanos atravesando la nieve a toda velocidad o saltando de roca en roca, superándolo irremediablemente con sus esbeltos y rápidos cuerpos de leopardo.

Ahora volvía a sentir la espantosa amargura de quedarse atrás.

—¡Eh! —rugió con toda su potencia pulmonar.

El rugido resonó a través del bosque, y una bandada de pajarillos marrones que estaban cerca levantó el vuelo. Varios monos se detuvieron, y uno de ellos incluso se cayó del árbol en el que se habían posado los pájaros. Tibias Potentes miró por encima del hombro, ladeando la cabeza.

—Ocaso ha dicho que no debía perderos de vista —gruñó Fantasma. Dio unos pasos adelante, obligándose a no correr y fingiendo seguridad en sí mismo—. Sois vosotros quienes tenéis que seguirme a mí.

Oyó cómo algunos monos soltaban risitas en las ramas, pero no continuaron corriendo a toda velocidad inmediatamente, que era casi lo que Fantasma pensó que harían; en vez de eso, miraron a Tibias Potentes.

El líder hizo una elaborada y burlona reverencia.

—¡Por supuesto! —exclamó—. Deberíamos hacer lo que sugiere el portavoz del Dragón.

Los monos no siguieron exactamente a Fantasma, pero tampoco avanzaron demasiado ni desaparecieron en la vegetación. El joven panda corría tras ellos, vigilándolos tan atentamente como podía sin tropezar con piedras o chocar contra un árbol. Su principal objetivo era Tibias Potentes, al que vio varias veces saltando de rama en rama y susurrándole algo a otro mono o haciendo gestos con sus largos y finos brazos y su cola.

«Están siguiéndome el juego —pensó Fantasma—, pero, de algún modo, no creo que sea porque me tengan miedo…».

Por fin llegaron a la cima de una colina, y Fantasma vio el claro de los banquetes en lo alto de la siguiente, con unos cuantos pandas blancos y negros holgazaneando en el lindero.

—¡Alto! —les ordenó a los monos—. El portavoz del Dragón me ha dicho que lo esperarais aquí.

Los monos miraron a Tibias Potentes y, para alivio de Fantasma, el líder asintió. Todos se acomodaron en las ramas de los árboles, apoyando el bambú

cerca o dejándolo caer al suelo despreocupadamente. Fantasma se marchó a toda prisa, aliviado de alejarse de ellos. Probablemente se quedarían allí, y si no lo hacían, Ocaso no podría culparlo a él por eso, ¿verdad?

Notó un hormigueo en la piel mientras corría, al pensar que, obviamente, el portavoz tenía una idea de qué clase de panda era él —duro y valiente, capaz de enfrentarse a Tibias Potentes y sus compinches—, pero que él no había estado a la altura. Era la misma sensación que lo había asaltado cientos de veces en las montañas, cuando Hibernal le decía que pronto podría cazar y saltar como sus hermanos.

«Ellos creen que puedo hacerlo, pero yo no estoy tan seguro… Aunque esto es diferente —añadió para sí mismo—: no pude aprender a ser leopardo, pero puedo aprender a enfrentarme a Tibias Potentes. ¡La próxima vez lo haré mejor! No me pillarán desprevenido».

Después de bajar la ladera y empezar el ascenso a la colina que llevaba hacia el claro de los banquetes, se encontró alcanzando a un grupo de pandas que caminaban despacio, arrastrando largas cañas de bambú. Por un momento, al verlos sintió una leve oleada de pánico. No los conocía a todos, ¿verdad? Dos de ellos era Ginseng y Granito, pero había otros dos a los que no recordaba haber visto jamás. ¿Los habría olvidado? Había intentado aprenderse el nombre de todos los pandas de Lomapróspera, pero era una tarea complicada. ¿Se estaba olvidando también de las caras?

—¡Vais a ver que Lomapróspera en un sitio encantador para vivir! —exclamó Granito—. Hay bambú suficiente para todos, no hay depredadores… y, por supuesto, está el portavoz del Dragón.

—Apenas puedo creerlo todavía —dijo uno de los pandas desconocidos—. El portavoz del Dragón ha vuelto… ¡y os ha enviado a buscarnos para traernos aquí! ¿No es increíble, Hiedra?

—Oh, sí —respondió la panda llamada Hiedra, mirando abrumada a su alrededor con sus oscuros ojos—. Es increíble…

Fantasma redujo el paso. Era obvio que se trataba de pandas nuevos, pandas a los que no conocía aún. Sabía que, desde que se podía cruzar el río —e incluso antes de eso—, Ocaso había estado enviando mensajeros por el reino, en busca de los pandas que hubiera dispersado la gran inundación.

Dejó que el grupo se alejara lo bastante como para no tener que presentarse todavía, y luego lo siguió cuesta arriba hasta el claro de los banquetes. Al llegar allí, se quedó a un lado, observando.

Ocaso fue el primero en acercarse al grupo, con una expresión de auténtica alegría en su enorme y amable rostro. Hiedra lo vio llegar, soltó un

sonoro respingo y, acto seguido, se tiró al suelo delante de él.

—¡Portavoz del Dragón! ¡Es cierto! ¡Estás vivo! —exclamó con la cara entre las patas.

—Por favor… —Ocaso le apartó las patas con el hocico—. Levántate. Todos estamos encantadísimos de veros y de daros la bienvenida a nuestro territorio.

Otros pandas comenzaron a apiñarse a su alrededor, olfateando a Hiedra con curiosidad. Ella se levantó y le dio un empujoncito al macho que estaba a su lado.

—Él es Gobio, mi pareja —dijo.

—¿Es posible? ¿El pequeño Gobio? —exclamó una de las pandas de Lomapróspera. Era Azalea, que se abrió paso entre la multitud para mirar al recién llegado con ojos relucientes—. ¿El hijo de Carpa?

—Así es —respondió él.

—¡Te recuerdo de antes de la inundación! Pensaba que Carpa y tú habíais… desaparecido.

—No, logramos ponernos a salvo. Después de eso, nos separamos para encontrar nuestro propio territorio, porque el bambú era muy escaso, y fue entonces cuando conocí a Hiedra. Estoy seguro de que mi madre encontrará el camino hasta aquí algún día.

Azalea hundió la nariz en la mejilla de Gobio, y el resto de los pandas los rodearon, recibiendo a los recién llegados con toquecitos cariñosos y palabras amables.

Fantasma permaneció apartado, observándolos.

Había buenas razones para que a él no lo hubieran recibido del mismo modo. Él estaba con Astilla, su llegada había sido una sorpresa y los dos olían a depredador…

Y aun así, sintió una punzada de envidia al ver cómo aceptaban a aquellos pandas con tanta amabilidad…

—¡Fantasma! —lo llamó Ocaso.

El joven levantó la cabeza y descubrió, con una oleada de vergüenza, que el portavoz lo había visto remoloneando en el lindero del claro.

—Ven a conocer a los nuevos miembros de nuestra familia.

Fantasma se restregó el hocico con la zarpa, esperando haberse librado de toda la sangre antes de que Gobio y Hiedra se volvieran hacia él. Advirtió que abrían los ojos de par en par al verlo —algo que ya le resultaba familiar—, pero al menos Hiedra lo saludó en voz alta y su leve sobresalto pasó casi desapercibido.

—Hola —respondió él, echando a andar hacia ellos.

Sin embargo, aunque había sido el propio Ocaso quien lo había llamado, el portavoz se separó del grupo para interceptarlo en medio del claro. Fantasma recordó justo a tiempo que le había encomendado una misión.

—Los monos han hecho lo que les has ordenado —le susurró al portavoz del Dragón—. Están esperando con el bambú en lo alto de la otra colina.

Ocaso esbozó una sonrisa radiante:

—¡Buen trabajo, Fantasma!

El joven panda pensó en expresarle sus dudas —que los monos habían tolerado apenas su presencia, que sólo lo escuchaban porque eso parecía satisfacer a Tibias Potentes—, pero no tuvo ocasión de hacerlo, porque el portavoz se inclinó hacia delante para añadir:

—Hay otra tarea con la que me gustaría que me ayudases luego, después del Banquete de la Luz Agonizante. ¿Vendrás conmigo?

—Por supuesto —respondió Fantasma.

—Gracias, amigo mío. Me alegro de tener a un panda joven y fuerte como tú en Lomapróspera… Uno en el que puedo confiar absolutamente. Recuerdas lo que ya te he dicho sobre estas tareas, ¿verdad?

—Que no hable de ellas… —susurró Fantasma, bajando más la voz por si acaso— con nadie.

«Por desgracia», añadió para sus adentros. Si pudiera hablar con los demás sobre lo que estaba haciendo para el portavoz del Dragón, sobre cómo Ocaso lo valoraba, quizá las cosas fueran un poco más fáciles para él…

—Exacto. Es muy importante. Ahora, ven a saludar a nuestros nuevos amigos.

—Portavoz… —le dijo Fantasma—. Cuando dices que no hable con nadie, ¿eso incluye también a Astilla? Ella no se lo contaría a ningún panda si…

—Sí —lo interrumpió Ocaso con firmeza—. Por supuesto que incluye a Astilla.

Fantasma sabía que la orden de Ocaso iba a ser muy difícil de cumplir, pero, al verse frente a su hermana, descubrió que era más duro incluso de lo que había pensado.

—¿Dónde has estado esta tarde? —le preguntó Astilla, apareciendo entre la vegetación mientras él estaba cortando bambú para el Banquete de la Salida

de la Luna—. No te encontraba por ninguna parte y estaba muy preocupada —añadió, agitando las orejas con reproche.

—Lo siento. —Fantasma tragó saliva. ¿Cómo se suponía que iba a responder a esa pregunta?—. Yo… estaba… haciendo una cosa para el portavoz.

Seguro que no había nada de malo en que su hermana supiera al menos eso.

—Hmm, ya me lo imaginaba. ¿Haciendo qué? —Astilla dio unos golpecitos con la punta de la cola en la roca sobre la que se había sentado.

—No puedo decirlo —masculló Fantasma—. Me gustaría, pero es… —Se quedó callado. Incluso lo de contarle que era un secreto ya le parecía que era demasiado contar.

—Bueno… vale. No tienes que contarme nada. Sólo era curiosidad. En fin, voy a ir a cazar cuando se ponga el sol… ¿Quieres venir conmigo?

Fantasma hizo una mueca.

—No puedo. Tengo que llevar este bambú al Banquete de la Salida de la Luna. Y luego, después de eso, he accedido a hacer otra cosa para el portavoz. Además —continuó de tirón—, no estoy seguro de que deba seguir cazando. Quiero encajar aquí, ser un auténtico panda. A los demás les parece siniestro que vaya a sus banquetes oliendo a depredador.

—Siniestro… —repitió Astilla, arrugando un poco la nariz.

Fantasma hizo otra mueca. Quería tragarse sus palabras —no pretendía decir que ella fuese siniestra, por supuesto—, pero su hermana continuó antes de que él pudiera decir nada más.

—Muy bien. Supongo que debes hacer más cosas de panda, si vas a vivir aquí para siempre. Nos veremos… por ahí.

La joven leoparda se bajó de su roca de un salto y se dirigió hacia los árboles, ondeando su larga cola casi a la altura del suelo. Fantasma deseaba llamarla, pero ¿qué iba a decirle? No podía cambiar de opinión. El portavoz del Dragón necesitaba su ayuda.

—Tengo que contarte una historia, Fantasma —empezó Ocaso mientras descendían la colina después del Banquete de la Salida de la Luna.

Hablaba en voz baja, y el bosque estaba en calma; tan sólo los sonidos de algunos animalillos y los pasos de los dos pandas perturbaban el silencio. La mayoría de los otros pandas se habían retirado a sus lechos, en una loma cercana.

Fantasma tenía que pisar con cuidado. El descenso de la empinada ladera resultaba engañoso de noche; el suelo y los troncos de los árboles se veían iluminados aquí y allá por la brillante luz plateada de la luna, pero el resto del bosque estaba sumido en profundas sombras. Se concentró en mirar dónde ponía las patas y en escuchar al portavoz.

—Es una historia que no le he contado a ningún otro panda —continuó Ocaso con su ronca voz—. En ti veo un gran potencial, Fantasma, y tu educación te da una perspectiva que no tienen otros pandas. Por eso voy a compartirla contigo.

»No puedes imaginar lo entusiasmado que estoy con la llegada de Gobio y Hiedra… pero ellos no son los pandas que esperaba ver hoy, amigo mío. Mi orden de traer a casa a todos los pandas desperdigados tenía un propósito mayor. Ahora tú y yo bajaremos hasta el río y cruzaremos al Bosque del Norte para pasar la noche buscando pistas. Tu experiencia como cazador nos ayudará; o al menos eso espero.

—¿Pistas? —repitió Fantasma—. ¿Qué… propósito mayor? —Lo pensó un segundo, deteniéndose al borde de una roca mientras calculaba la distancia hasta el suelo—. ¿A quién estamos buscando?

—Estamos buscando a unos hermanos trillizos —respondió Ocaso—. Mi propósito aquí… la razón por la que creo que el Gran Dragón me guió de vuelta a Lomapróspera, es, ante todo… encontrar a unos cachorros de oso panda trillizos. Quizá tú no sepas esto, porque creo que no es tan raro que los leopardos tengan camadas de tres cachorros, o incluso cuatro. Pero, para los pandas, si nacen dos crías normalmente una no sobrevive. Jamás se ha oído hablar de trillizos que hayan sobrevivido. Hasta ahora.

Fantasma asintió, tratando de asimilar las palabras del portavoz.

—Entonces… ¿son importantes esos cachorros?

—Mucho —contestó Ocaso—. El destino de todo el Reino del Bambú depende de que los encontremos a tiempo.

—¿A tiempo? ¿De qué? —preguntó Fantasma mientras salían de entre los árboles a la ribera.

Allí la luz era más brillante, y el agua resplandecía bajo el claro de luna al dividirse y ondularse en torno a las Rocas Ovales.

Ocaso no respondió a la pregunta del joven panda; en vez de eso, se quedó paralizado al borde de los árboles.

—¿Qué ha sido eso? —susurró.

Fantasma también se quedó inmóvil, escuchando. Antes no había oído nada, pero ahora captó el suave fluir del río, el trino de un ave lejana, y…

Algo avanzaba entre los arbustos.

Fantasma miró a Ocaso, que asintió con decisión. El joven se adelantó, olfateando. ¿Era una simple presa… o es que algo los estaba siguiendo? Avanzó lenta y sigilosamente, tal como le había enseñado Hibernal, y detectó el olor de un panda; un rastro reciente que no era el olor del portavoz…

Tensó los músculos y saltó hacia la vegetación. No era el salto de un leopardo, aunque tampoco tenía que serlo, ¿no? Sus pesadas zarpas aplastaron el arbusto…

Pero allí no había nada. Ningún panda acechando, y tampoco ninguna presa temblorosa.

Debía de ser el rastro de un panda que había estado allí poco antes. Fantasma se detuvo, aguzando el oído para detectar cualquier otra cosa, pero no captó nada más. Empujó con el hocico la mata de bambú más cercana, que crujió al doblarse, pero allí tampoco había nada.

—Debía de ser un conejo o algo que ha salido huyendo —susurró volviéndose hacia Ocaso, que asintió.

—Lo has hecho muy bien. Me alegro de haberte elegido para que vinieras conmigo. Debemos permanecer vigilantes. —El portavoz dio unos pasos más, dejando que el río le lamiera las patas delanteras, y se quedó mirando la senda que pasaba junto a las Rocas Ovales hasta la orilla opuesta—. Ésta será la primera vez que pise el otro lado del río desde la noche anterior a la inundación —dijo en un susurro—. Si los tres oseznos están escondidos en el Bosque del Norte, no permanecerán ocultos por mucho tiempo.

Alzó una pata, pero, antes de dar otro paso más, todo su cuerpo se puso tenso y se agachó de golpe, tocando la superficie del agua con el blanco pelo de su barriga.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Fantasma mirando alrededor, alerta por si oía más susurros.

—¡Silencio! —le espetó el portavoz.

Tenía la vista clavada en la ribera opuesta, y sus ojos negros estaban abiertos de par en par. Con patas temblorosas, salió del río retrocediendo y se escondió detrás del tronco de un árbol.

—Agáchate —le ordenó a Fantasma.

El joven obedeció, agazapándose entre la vegetación.

Al principio no pudo ver siquiera lo que había puesto tan nervioso a Ocaso. Pero entonces algo se movió, y Fantasma distinguió una cabeza enorme, una oreja que se sacudía, un par de ojos relucientes que miraban hacia el río.

Por un instante, le pareció estar viendo un leopardo gigantesco. Pero no era sólo más grande: sus zancadas eran más largas que las de Hibernal; sus ancas, más anchas, y, en vez de manchas, tenía rayas negras en los flancos y en la cara que se fundían a la perfección con las duras sombras del bosque. El felino se giró abriendo la boca para saborear el aire, y Fantasma vislumbró unos colmillos tan largos como sus zarpas.

—Tigre —le susurró Ocaso, en voz tan baja y cavernosa que su aliento apenas pareció alterar el aire que los rodeaba.

Despacio, procurando no agitar demasiado la vegetación, Fantasma se agachó todavía más. Observó cómo el tigre avanzaba a lo largo de la orilla, sin dejar de olfatear el aire y los troncos de su lado del río.

«¿Está buscando algo? ¿O sólo busca presas?», se preguntó el joven.

En las Montañas de las Cumbres Blancas, Fantasma había estado en peligro con anterioridad, pero siempre había sido grande y contaba con sus garras no retráctiles y sus dientes, que podían morder con más fuerza que los de cualquier leopardo. Hacía mucho tiempo que no pensaba en sí mismo como una posible presa, pero aquella criatura era tan enorme que estaba seguro de que incluso Ocaso tendría que emplearse a fondo para sobrevivir si peleara contra ella.

Aun así, se trataba de una criatura solitaria, y probablemente no estaba interesada en luchar con un panda. Fantasma sabía que, si podían evitarlo, los depredadores preferían no arriesgarse a salir heridos. Si ellos no se acercaban demasiado, lo más probable era que el tigre no los persiguiese. Sólo tenían que esperar lo suficiente. Seguro que aquel tigre acabaría marchándose al comprobar que, en esta ocasión, no sacaría nada de provecho por allí.

Sólo que… ¡No, el tigre estaba dando la vuelta para recorrer de nuevo la orilla! Se detuvo justo delante de la senda de las Rocas Ovales, y Ocaso se encogió al ver que examinaba el río.

«No puede habernos visto ni haber captado nuestro olor desde allí… —se dijo Fantasma—. No con toda esa agua entre nosotros, ¿verdad?».

Después de lo que pareció una eternidad mirando hacia la negra penumbra, el tigre se dio la vuelta para seguir avanzando por la orilla. Fantasma tragó saliva. Notaba la garganta como si hubiera probado a comer ortigas.

—Todavía podemos cruzar —susurró—. Si escogemos el momento oportuno…

—¡No! —siseó Ocaso.

Fantasma lo miró, y por primera vez vio que temblaba un poco al respirar.

«¡El portavoz del Dragón está asustado!», pensó, y se volvió hacia el tigre, sintiendo que se le metía en los huesos un nuevo y espantoso respeto por aquella criatura.

—Lo haremos otro día —añadió Ocaso—. No hay por qué correr riesgos.

Esperó a que el tigre les diera la espalda, y entonces, sin una palabra más, dio media vuelta y se internó en el Bosque del Sur, dejando que Fantasma corriera tras él.

10

Hoja, Rayo y Murta llegaron al claro al que Murta llamaba Estanquecristalino justo cuando la luz del amanecer estaba empezando a asomar a través del dosel vegetal. El trayecto desde la arboleda de ginkgos había sido penosamente lento, con Murta parándose cada pocos pasos por los espasmos de dolor que le sacudían el cuerpo. Hoja apenas podía creer que la panda hubiese podido alejarse tanto de los demás; incluso pensaba que Murta nunca habría podido regresar sola si no se hubiese encontrado con ellos.

«Esto no puede ir en contra de los deseos del Dragón —se dijo—. Sé que el Dragón no habría querido que dejase morir a Murta, sufriendo a solas».

Se aferró a esa idea como si estuviese aferrándola con todas sus fuerzas entre los dientes, aunque, al mismo tiempo, se decía a sí misma que sin duda había perdido el rastro de los murciélagos, posiblemente para siempre. ¿Adónde se dirigirían? ¿Qué precio tendría que pagar ella por no haber sido capaz de seguirlos?

Fuera cual fuese ese precio, valió la pena cuando ayudó a Murta a rodear un arbusto y se encontró contemplando una ladera lisa y herbosa, moteada con el pelo blanco y negro de toda su familia. Los pandas Airosobosque y los pandas rojos estaban sentados en pequeños grupos o bajo los árboles que rodeaban el claro, y al principio Hoja tuvo la sensación de que estaban disfrutando del primer sol del día. Pero el olor de aquel lugar y la expresión aletargada con la que se volvieron ante la débil llamada de Murta contaban una historia muy distinta: los pandas estaban vivos, pero todos ellos habían caído enfermos.

—Hoja —exclamó Enebro sin aliento, tratando de incorporarse—. ¡Estás viva!

Un coro de gruñidos asombrados recorrió la ladera a medida que los pandas se giraban para mirar. Unos pocos consiguieron ponerse en pie penosamente e ir hacia ellos, y por encima de su cabeza Hoja oyó el grito de una voz muy familiar:

—¿Hoja? ¿Hoja está aquí? ¿Rayo está con ella? ¿Rayo?

Un segundo después, Sagaz Trepador, la madre de Rayo, bajó a la carrera por el tronco de un árbol cercano. Lo hizo tan deprisa que estuvo a punto de precipitarse a los arbustos del suelo.

—¡Mamá! —chilló Rayo, corriendo a su lado.

Se abrazaron y se envolvieron el uno al otro con sus largas y peludas colas, y un segundo después se vieron prácticamente asaltados por varios Trepador, débiles pero felices.

Hoja dejó que Murta se tumbara en una zona de blando musgo y fue a saludar a Enebro, que había logrado avanzar ladera arriba en su dirección.

—¡Pensábamos que habíais muerto en el terremoto! —le dijo Enebro—. Os buscamos, esperando que el Gran Dragón nos mandara otra señal… pero no hubo ninguna.

El viejo panda se dejó caer en la hierba. Parecía cansado y triste, y Hoja miró hacia Rayo y descubrió que su amigo también la estaba mirando.

«Creo que sé por qué ningún panda de los que hay aquí recibió una señal —pensó la joven—. Fue a mí a quien le habló el Gran Dragón cuando estábamos perdidos. Sin mí, ellos no tenían ninguna conexión con él».

Supuso que debía contarles todo lo que había sucedido, todo lo que había averiguado sobre sí misma… pero ¿era el momento oportuno? Estaban todos muy enfermos.

—Nosotros también os estuvimos buscando —respondió—. ¿Qué os ha pasado?

—Como no logramos encontraros, nosotros… no podíamos seguir en aquella montaña. Era demasiado duro. Así que decidimos que lo único que podíamos hacer era buscar un sitio seguro, un nuevo lugar donde instalarnos. Y al final llegamos aquí… —Enebro miró alrededor, y Hoja vio alivio y alegría en sus ojos, aunque el viejo panda apenas podía contener las lágrimas —. ¡Esto es maravilloso! Musgo blando, árboles altos, bastante bambú… más que en Airosobosque, en cualquier caso… y el Estanquecristalino, por supuesto. Ahora somos los pandas Estanquecristalino.

Hoja miró hacia donde Enebro apuntaba con la nariz. Al pie de la ladera, la tierra se desplegaba en un encantador claro moteado por el sol, al borde de una laguna de aguas profundas.

«Hoja Estanquecristalino», pensó la joven. Sonaba bien. Ojalá pudiera disfrutarlo, pero a su alrededor el aire estaba lleno de olor a enfermedad y de lamentos de pandas.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Enebro—. ¿Cómo ha pasado esto?

El viejo panda tragó saliva y sacudió la cabeza, lo que pareció marearlo un poco.

—No lo sabemos. Pero es malo. El panda rojo Sanador ha intentado ayudar, pero no ha logrado descubrir qué bambú nos curaría… Aunque tampoco habría podido ir a por él, porque también ha enfermado. Uno de los Saltador falleció anoche. Y Jacinta… —Hizo una pausa para recuperar el aliento, y a Hoja se le encogió el estómago. Miró alrededor frenéticamente y localizó a Jacinta desplomada a la sombra de un árbol, justo cuando Enebro continuaba—: Está tan débil que no sé cuánto le queda.

—Oh, no —dijo Hoja con un hilo de voz.

En ese instante, Carrizo, el hijo de Jacinta, se movió junto a su madre, ovillándose cerca de su pecho. Su cuerpecillo se estremecía con cada respiración.

Hoja corrió hacia ellos, aunque, cuanto más se acercaba, más duro le resultaba. La preocupación y la pena entorpecieron sus pasos, pero la joven se obligó a seguir adelante. Jacinta tenía los ojos cerrados y más legañosos aún que los de Murta, y su respiración era sibilante y superficial.

Al ver a Hoja, a Carrizo le brillaron los ojos.

—Hola —lo saludó ella con la voz quebrada, dándole un lametón cariñoso en la frente—. ¿Tú también estás enfermo, Carrizo?

—Siento como si algo me estuviera mordiendo la barriga —respondió el pequeño, abatido—. Y mamá está demasiado cansada para despertarse.

Hoja le dio lo que esperaba que fuese otro lametón reconfortante. Luego regresó junto a Enebro, que seguía tumbado cerca de allí, con la desdicha visiblemente escrita en los pliegues hundidos de su rostro.

—¿Es por el bambú? —le preguntó la joven—. ¿Comisteis algo de camino aquí que tuviese un sabor raro? ¿Quién enfermó en primer lugar?

—No lo sé —murmuró Enebro—. Creo que… Hierba quizá.

Su voz era cada vez más débil, y la cabeza se le estaba inclinando hacia un lado. Tenía las patas delanteras extendidas sobre el musgo delante de su cabeza. Hoja se dio cuenta de que se había agotado sólo de hablar con ella.

—Iré a preguntárselo —dijo, y se dio la vuelta para dejarlo descansar.

—Hoja… —la llamó Enebro. De repente, sus palabras adquirieron un matiz escalofriante que le helaron la sangre—: Quizá deberías pensar en abandonar este sitio… mientras puedas.

—¡No! —respondió ella. Ni siquiera había considerado esa opción—. No puedo abandonaros a vuestra suerte.

—Tu tía Pruna no querría que tú… te contagiaras —suspiró Enebro.

«Quieres decir que no querría que muriera. Pero no moriré. ¡Aquí no va a morirse nadie! —Hoja sabía que no ayudaría en nada decirlo en voz alta, pero lo pensó con todas sus fuerzas, haciendo lo posible por creérselo ella misma —. Debe de haber algo que yo pueda hacer».

Era evidente que la tía Pruna y Lluvia no habían encontrado aún el camino hasta allí. No había forma de saber dónde estaban, cuánto podrían tardar en encontrar Estanquecristalino o si les había sucedido algo…

«En estos momentos no puedo pensar en eso. Podría haberles ocurrido algo, sí. Pero, a menos que me lo cuente el mismísimo Dragón, es imposible saberlo. Y a estos pandas les está pasando algo aquí y ahora».

Miró alrededor buscando a Rayo, y lo vio sentado junto a un pequeño bulto inmóvil de pelo rojo. Era Volantín Saltador. La joven panda fue solemnemente hacia su amigo y se sentó lo bastante cerca de él para que pudiera apoyarse en ella si lo deseaba. Al cabo de un momento, Rayo dejó caer la cabeza sobre la pata de Hoja y enroscó la cola alrededor de su zarpa.

—Pruna y Lluvia todavía no han encontrado este lugar —dijo la joven.

—Supongo que eso es bueno, ¿no? —masculló Rayo—. Significa que probablemente no habrán contraído la enfermedad.

Hoja asintió. Sólo podía esperar que su amigo tuviera razón.

—Entonces, ¿qué hacemos? —le preguntó él, ladeando la cabeza para mirarla—. ¿Qué harás tú?

—¿Quieres decir… como portavoz del Dragón? —susurró ella—. Creo que mi obligación es ayudar, pero ¿no debía también seguir a los murciélagos? Eso es lo que yo creía… y quizá sea éste el lugar al que nos estaban guiando desde el principio. Pero si no lo es, y si no volvemos a encontrar pronto su rastro, los habremos perdido para siempre. Sea como sea, no puedo marcharme —se apresuró a añadir cuando Rayo la miró pasmado—. Así que supongo que deberemos localizar al tercer trillizo de otra manera…

—Hoja —dijo una voz, y la joven se sobresaltó.

Al girarse, vio que se aproximaba un grupo de pandas rojos, entre los que estaban Errante Saltador y Zambullida Nadador. La que se había dirigido a ella era Errante. Parecía un poco aturdida, pero no tan enferma como Zambullida, que caminaba haciendo eses.

—Fuiste tú quien vio la sombra del Dragón cuando estábamos arriba en la montaña —expuso Errante—. Entonces, nos guiaste a un lugar mejor. Los demás pandas dicen que el Dragón no se les ha aparecido… ¿Tú has visto algo? ¡Ahora necesitamos su ayuda más que nunca!

Hoja notó los ojos de Rayo sobre ella. Aquél sería el momento perfecto, si es que iba a revelarlo, para contarles todo lo que le había dicho Cazasombras…

Pero ella no había tenido ninguna otra visión, no desde que se había convencido de que los murciélagos la estaban llevando hasta el otro trillizo, y ya no estaba segura de que tuviese razón con ese tema. Además, si les contaba a todos la verdad, esperarían que fuera capaz de ayudarlos. ¿Y si no podía?

—No —respondió—. Pero… puedo intentarlo.

Cerró los ojos y trató de visualizar la Montaña del Dragón, de tonos púrpura en el horizonte, con las nubes ondulándose como humo en torno a su cima.

«Por favor, Gran Dragón —pensó—. Tus humildes siervos, tus pandas y sus amigos los pandas rojos, necesitan tu ayuda. Morirán si no los ayudamos. Por favor…».

Podía percibir el olor de la enfermedad a su alrededor. La joven intentó recordar la figura negra que se había deslizado entre la pinaza para mostrarle el camino, la figura con forma de dragón de los murciélagos, el gran rugido que había oído cuando éstos la rodearon… Y luego abrió los ojos.

Pero no vio nada diferente en Estanquecristalino, excepto que unos pocos pandas más se habían agrupado para observarla con una esperanza nerviosa en los ojos.

Hoja esperó, y luego esperó un poco más.

Pero no hubo ninguna señal.

Sacudió la cabeza.

—Lo lamento —suspiró.

—No pasa nada —respondió Errante, aunque un poco demasiado deprisa, quizá. Hoja pensó que probablemente sólo estaba intentado ocultar su decepción—. No hay ninguna razón para pensar que vaya a funcionar igual dos veces.

«Pero sí que la hay —se dijo la joven—. O se supone que la hay…».

Casi pudo oír lo que habría dicho Lluvia de haber estado allí en ese instante: «¿Cuántas pruebas más necesitas? No eres la portavoz del Dragón. Estabas equivocada desde el principio».

—Aun así, lo siento mucho —susurró Hoja.

—Quizá sólo estamos buscando… donde no debemos —sugirió Rayo—. Nosotros dos todavía podemos ayudar. Aún no estamos enfermos. Vamos a ver a Raudo Sanador… ¡A lo mejor él sólo necesita que alguien con fuerzas suficientes vaya en busca de la clase adecuada de bambú medicinal!

Pero cuando Errante los llevó hasta el anciano panda rojo, sus palabras no fueron muy alentadoras.

—Habría que ver con el bambú —dijo Raudo, rascándose los pelos canosos del hocico—. Pero yo probé con las termitas, el ginkgo y comí de todos los árboles antes de estar demasiado enfermo para aguantar de pie, así que, a menos que sea algún tipo de podredumbre que no se detecte en el olor ni el sabor, el problema no está en la comida.

—¿Y qué me dices del bambú morado? —le preguntó Rayo—. Ayuda con las heridas… ¿Deberíamos intentar encontrar un poco, por si acaso también ayuda con esto?

—Si podéis… —contestó Raudo, pero se interrumpió de pronto al sentir un espasmo que sacudió su pequeño cuerpo.

Hoja hizo una mueca, y Rayo corrió a sujetarle la cabeza a Raudo mientras él daba patadas al aire retorciéndose de dolor. Unos segundos después, el anciano volvió a quedarse inmóvil.

—Haced lo que sea, pero hacedlo pronto —añadió con un hilo de voz.

—¿Hay algo que no hayas revisado? —Rayo se sentó, cerrando los ojos con fuerza—. Si no es la comida… ¿qué pasa con el agua?

Hoja se dio la vuelta para mirar colina abajo, hasta el claro moteado por el sol y el reluciente borde del estanque.

—¿Podría ser?

—Incluso desde aquí, parece limpísima —respondió su amigo.

Aun así, bajaron hasta el agua igualmente. Entre los juncos había un hueco aplastado, donde los pandas y los pandas rojos iban a beber. Rayo fue directo al borde y dio unas palmaditas en la superficie con cuidado. Las ondas se propagaron por todo el estanque, formando círculos perfectos a partir de la zarpa de Rayo.

Hoja se quedó mirando el agua. Entendía muy bien que aquel lugar se llamara Estanquecristalino: podía ver a través del agua hasta una alfombra de ondeantes juncos que crecían desde el fondo. Parecía acogedor y agradable, un sitio donde incluso los cachorros podían jugar. Debía de estar alimentado por algún manantial oculto procedente de lo alto de las montañas…

Rayo se agachó para olfatear con más intensidad.

—No huelo nada especial. Creo que está bien. ¡Y me está entrando sed!

El pequeño panda rojo se inclinó, sacando la lengua para beber…

¡Y al hacerlo, Hoja vio que el fondo del estanque parecía oscurecerse! Algo negro serpenteó desde los juncos, oscureciendo la visión de la joven y llenando el estanque de negrura. En un instante, el agua transparente se volvió

negra de un extremo al otro. Hoja se quedó mirándola sin pestañear y vio cómo su propio reflejo le devolvía la mirada, con los ojos abiertos de par en par… Y luego ya no era su cara, sino la calavera de un panda elevándose por el agua, con las mandíbulas abiertas en un lamento espantoso.

Agarró a Rayo por el pescuezo y tiró de él antes de que pudiera tocar el agua con la lengua. Su amigo aterrizó en la hierba boca arriba, sacudiendo las patas.

—¿Qué pasa? —chilló, incorporándose—. ¿Por qué has hecho eso?

—¡No puedes beber! ¡El agua está negra! —exclamó ella, mirando de nuevo hacia el estanque.

El agua estaba perfectamente transparente. No había líquido negro, ni calavera de panda…

—¿Has tenido una visión? —le preguntó Rayo con voz estrangulada.

Hoja respiró hondo, tomando una larga y reparadora bocanada de aire; era la primera vez que notaba el aire así desde que habían encontrado a los demás.

—¡Creo que sí! —respondió—. He visto una calavera, como si el estanque estuviese… muerto de algún modo. Creo que el Gran Dragón me ha hablado. ¡Quiere que sepa que la enfermedad procede del agua! ¡Tenemos que contárselo a todos e impedir que beban en el estanque!

—¡Iré a contárselo a Raudo!

Rayo echó a correr ladera arriba, y Hoja lo siguió, dirigiéndose al grupo de pandas más cercano con el corazón latiéndole de emoción a cada paso. A medida que se alejaba del estanque, pareció envolverla una suave brisa que la impulsaba hacia delante. Era cálida y agradable.

A pesar de la seriedad de la noticia del agua envenenada, la joven se descubrió esbozando una sonrisa que acabó siendo una sonrisa radiante.

Al fin y al cabo, el Gran Dragón la había oído. Era todo real. Y ella estaba exactamente donde se suponía que debía estar.

11

Lluvia se sentó en el borde de una roca alta, sujetando una larga caña de bambú y contemplando las dispersas colinas del Bosque del Norte que se extendían a sus pies. El río centelleaba en la distancia, entre lomas y altozanos, y el sol calentaba su pelaje. Por fin sentía como si el frío de las montañas hubiera abandonado sus huesos. Retiró la verde corteza del bambú y comenzó a masticarlo; era refrescante y delicioso. Estaba sola, no era responsable de nadie más que de sí misma y regresaba a Lomapróspera para desenmascarar al impostor de Ocaso. Todo era como debería ser…

¿Por qué, entonces, tenía la sensación de que algo no iba bien?

Había empezado en la Luz Gris de esa mañana: la sensación de estar siendo observada.

Siguió mascando el bambú, aguzando el oído y con el pelo de la nuca un tanto erizado. Captó sonidos en los árboles de alrededor, pero no vio nada que pareciera estar fuera de lugar: había pájaros que alzaban el vuelo y aterrizaban, ramas y hojas que se agitaban con la brisa…

Dio un gran bostezo y se tumbó boca arriba, sujetando el bambú contra el pecho y tratando de dar la impresión de que simplemente estaba pensando en echar una cabezada. Pero en realidad seguía escudriñando toda la vegetación que la rodeaba, vigilando desde su magnífica atalaya, atenta a cualquier movimiento, al acecho de ojos escondidos que pudieran observarla desde las sombras.

Pero no, allí no había nada.

Quizá se lo estaba imaginando.

Después de todo, estaba viajando sola a través de un territorio desconocido, sin nadie con quien hablar desde que le había dado esquinazo a Pruna. Era lógico que estuviese un poco nerviosa. En un momento dado, incluso se había imaginado que Pruna estaba a punto de alcanzarla. Quizá lo único que la estaba alcanzando era la culpabilidad…

«No —pensó—. No tengo nada de lo que sentirme culpable».

—Pruna estará bien sola, y yo también lo estaré —dijo en voz alta, poniéndose en pie.

Además, ¿quién iba a estarla siguiendo?

Las respuestas a esa pregunta aparecieron demasiado fácilmente. «Cazasombras. O los monos dorados, de alguna manera. O quizá otro espía de Ocaso. O algún otro depredador que ni siquiera he visto…».

Entonces se dio la vuelta y lanzó los restos del bambú a los arbustos más cercanos, por si allí hubiese algo a lo que asustar. Pero no se movió nada.

—Genial —se dijo a sí misma, y comenzó a descender la escarpada cuesta, casi vertical, que había entre ella y la ladera más suave de más abajo.

Del borde de las rocas colgaban enredaderas y musgo. Lluvia hundió las zarpas en las zonas de tierra, que se desprendieron bajo su peso, pero deslizándose con cierta torpeza logró llegar a un suelo más blando. Había otra ventaja en seguir la ruta que iba directa hacia abajo: si algo la estaba siguiendo, o tendría que descender también, en cuyo caso ella lo vería, o estaría obligado a dar un rodeo más largo y posiblemente perdería su rastro. Satisfecha con la inteligencia de su razonamiento, continuó adelante, mirando atrás de vez en cuando por si había alguna criatura descendiendo la ladera.

Tampoco vio nada.

Sabía adónde se dirigía: iría al río por la ruta más rápida y directa que pudiese, y en cuanto llegara hasta él, seguiría caminando por la orilla hasta encontrar una manera de cruzarlo. Aunque tardase días en hacerlo. Aunque tuviera que crear su propia senda. Había tenido tiempo de sobra para pensar en eso a lo largo del trayecto. Tendría que cortar algunos troncos —pequeños, pero muchos— y reunir las piedras más grandes que pudiese empujar, y poco a poco iría taponando el río, al menos lo suficiente para cambiar las corrientes y poder cruzar a nado sin arriesgarse demasiado.

Sabía que no era muy probable que eso funcionase, pero también que iba a tener que elegir entre eso o cruzar nadando a pelo. ¿Sería lo bastante buena para lograrlo? Una parte de ella le decía que sí, que sin duda alguna lo lograría. Ya lo había hecho una vez, ¿no? Pero otra parte le decía que sólo había sobrevivido porque había tenido una suerte increíble… O porque el Gran Dragón la había ayudado, como habría señalado Hoja. En cualquier caso, ahora ella estaba sola, y frente al río crecido y sus corrientes letales la confianza en una misma podía ser un tremendo error.

Algo susurró en un árbol por encima de su cabeza, y la joven frenó en seco, levantando la vista.

No era más que un pájaro… tenía que ser eso. No había podido verlo, pero vio que la rama donde había estado posado aún se movía.

Siguió adelante, con el corazón latiéndole un poco más deprisa de lo que le gustaría. Si se paraba cada vez que algo se movía en el bosque, nunca llegaría a casa. Se lo estaba imaginando todo. No había nada observándola.

Se concentró en su objetivo: llegar a Lomapróspera y contarles a los pandas lo que había hecho Ocaso. Ensayó las palabras mentalmente, una y otra vez:

«Ocaso Bosqueprofundo es un farsante y un traidor».

«El portavoz del Dragón intentó ahogarme».

No: «El portavoz del Dragón intentó asesinarme», eso estaba mejor.

«Ha estado trabajando con los monos dorados…».

Pero todavía no sabía para qué quería el bambú rayado ni qué les había prometido a los monos a cambio, así que eso sólo provocaría preguntas que no podía responder.

«Llegó a un acuerdo con Tibias Potentes para que vapulearan a Arce, un simple cachorrito, y le hiciesen todo tipo de preguntas extrañas».

El propio Arce podría confirmarlo… O al menos podría decir que los monos lo habían maltratado una noche.

«¡Ocaso no es el verdadero portavoz del Dragón!». Una vez más, ella podía estar convencida de eso, pero ¿cómo podría demostrarlo? Apretó un poco el paso. Cuanto más tiempo pasara lejos de casa, más tiempo tendría Ocaso para manipular a los pandas de Lomapróspera, revelándoles profecías absurdas que eran lo bastante imprecisas como para cumplirse siempre.

Una parte de ella —una parte pequeña a la que acalló de inmediato— se preguntó si tendría más oportunidades si fuese capaz de decirles: «Ocaso no es el verdadero portavoz del Dragón. La portavoz soy yo».

Pero no iba a mentir sobre eso. Lucharía contra él con sus propios medios, y vencería. De algún modo, acabaría con…

De pronto, a sus espaldas, oyó que unas ramitas se quebraban, y Lluvia se obligó a no hacer el menor caso, a mantener la vista fija hacia delante y a seguir andando. Allí no había nada. Podía imaginarse fácilmente las pisadas de un tigre o las carreras de los monos en las ramas de lo alto, pero no era más que eso: imaginación.

Aun así, notaba los hombros tensos y que cada vez caminaba más rígida. Estaba tan nerviosa que, cuando algo pasó veloz entre los árboles justo por su izquierda, perdió pie y resbaló patosamente ladera abajo. Manoteó para agarrarse a algo, y luego miró alrededor.

Lo había visto, y luego ya no estaba ahí… Un simple movimiento, rápido e inconfundible. ¿Sería sólo un pájaro?

No… Captó de nuevo un susurro. No era tan sólo el bosque.

Allí había algo, con ella.

Sintió una oleada de rabia, y, por un instante, pensó en pararse y plantarle cara a su perseguidor. Pero la pendiente en la que se encontraba era muy abrupta, estaba salpicada de rocas y árboles, y cubierta en su mayoría de resbaladizo musgo y hojas quebradizas. No podría pelear con nada si no era capaz de mantener el equilibrio.

Tenía que huir. Quizá lograra dejarlo atrás y perderlo. Tras respirar hondo, se abalanzó cuesta abajo, deslizándose y usando los troncos de los árboles para aminorar la velocidad o impulsarse hacia un lado. Llegó al final de la pendiente, tropezó con una roca y acabó rodando y despatarrada en el suelo. Pero ahora no podía detenerse. Se levantó, se dio una sacudida y corrió a lo largo de lo que resultó ser un estrecho valle de sólo unos pocos osos de anchura. Un valle que serpenteaba entre más laderas empinadas y muros rocosos, que se alzaban por encima de ella. A Lluvia empezó a latirle el pulso en la garganta al comprender que aquel valle podía terminar repentinamente ante una pared montañosa, y que entonces tendría que trepar…

Pero tuvo suerte. El valle acababa en una pequeña ladera rocosa llena de vegetación que proporcionaba numerosos asideros. Lluvia se detuvo unos segundos para recuperar el aliento, y luego echó a correr, zigzagueando entre árboles y atravesando los arbustos. No tenía ni idea de si aquella cosa aún la estaba siguiendo. Se negó a mirar atrás y a reducir el paso, pero cada vez le costaba más respirar, y mantener el equilibrio y ascender por aquel suelo irregular y pedregoso no era nada fácil. Las patas empezaban a dolerle.

Al final del siguiente risco, llegó a un saliente de blanda tierra herbosa con un árbol caído a un lado y frenó en seco. No podía seguir adelante sin descansar debidamente. Giró en redondo, preguntándose si debería subirse a un árbol para dormir, pero ni siquiera estaba segura de que eso la ayudara si su perseguidor la alcanzaba.

Al mirar a su alrededor en busca de algún sitio donde esconderse, se fijó en el árbol caído. Tenía una forma peculiar, más oscuro en el extremo partido de lo que habría esperado.

«¡Está hueco!», pensó, acercándose a olfatear el interior del tronco. Era justo lo bastante grande para que una joven panda como ella se colara dentro y girara sobre sí misma, y sería un escondrijo fabuloso.

Sus músculos doloridos se quejaron un poco cuando entró retorciéndose, pero, una vez en el interior, el estrecho espacio le recordó los días en que, de cachorrita, se tumbaba entre las patas de Peonía. Apoyó el hocico en las zarpas delanteras y soltó un largo suspiro. Estaba exhausta.

Probablemente no había nadie persiguiéndola. Y si lo hubiera, lo más seguro es que lo hubiese dejado atrás.

Aún permaneció despierta un buen rato dentro del tronco hueco, con las orejas plantadas para captar el más mínimo sonido. Pero, poco a poco, se le fueron cerrando los ojos, y al cabo de unos instantes estaba profundamente dormida.

«Tap. Tap-tap».

Lluvia abrió los ojos de golpe, con el corazón a punto de salírsele por la boca. ¿Qué era ese sonido?

«Tap-tap».

Miró hacia la boca del tronco: aún era de día, los verdes helechos resplandecían ondulándose bajo una suave brisa.

«Tap-tap. Tap-tap-tap».

¿El tronco se había movido un poquito? El ruido era irregular, pero se iba acercando poco a poco, era como si…

Lluvia intentó permanecer absolutamente quieta, pero no pudo evitar encogerse un poco al comprender que el ruido procedía de algo que estaba encima del tronco y que se movía despacio sobre él. El golpeteo se fue acercando más y más a su cabeza, y entonces oyó también un leve roce mientras aquella cosa se desplazaba. El sonido de patas sobre corteza vieja…

¿Era la misma cosa que la había estado siguiendo? ¿Sabía la cosa que estaba justo encima de ella?

Lluvia permaneció completamente inmóvil durante lo que se le antojó una eternidad, procurando no hacer ruido ni siquiera al respirar.

«Lárgate ya —pensó—. Seas lo que seas, lárgate…».

Pero aquella cosa no mostró la menor señal de querer marcharse. Cada vez que ella pensaba que quizá se había ido, oía más golpecitos y desplazamientos tronco arriba y tronco abajo.

El corazón de Lluvia latía cada vez más deprisa, hasta que el miedo se volvió tan fuerte que empezó a transformarse en rabia.

No iba a quedarse allí escondida ni un segundo más. ¡Ya había tenido suficiente!

Tensó los músculos y, con un estallido de energía nerviosa, salió del tronco hueco cogiendo impulso y giró en redondo gruñendo, dispuesta a enfrentarse a la criatura que había estado dando golpecitos sin parar.

Había esperado un mono, o al menos un panda rojo o una gran ave de rapiña, pero se encontró con la alargada cara roja y negra y los ojillos brillantes de una grulla.

El ave alzó la cabeza, sorprendida, y ahuecó las plumas en un gesto de desagrado.

Lluvia se la quedó mirando, y luego miró alrededor, preguntándose si la verdadera amenaza estaría acechando cerca de allí. Pero en el risco no había ni rastro de otra criatura.

¡No era más que un pájaro! Seguro que no era la presencia sombría que la había estado siguiendo a lo largo de todo el día…

La joven panda se encendió y lanzó una dentellada al aire, tan irritada con la grulla como con ella misma. Pero la grulla no se movió. Se quedó ahí, mirándola fijamente.

—¡Lárgate de una vez! —le espetó Lluvia, pero fue del todo inútil, porque la grulla siguió sin moverse—. No puedo creerlo… ¿Me has estado siguiendo? ¿Qué es lo que quieres?

El ave dio unos pocos pasos hacia ella y bajó la cabeza. Lluvia no estaba muy segura del significado de aquel gesto: ¿la estaba mirando como si la censurara por su actitud, o simplemente la saludaba?

Lluvia se fijó en las manchas rojas de lo alto de su cabeza, que parecían una hoja de ginkgo, y entonces la grulla abrió el pico y graznó algo.

—Mira —respondió Lluvia—, yo no sé hablar en modo pájaro. Lo siento. Pero ¡tienes que dejar de seguirme!

La grulla graznó de nuevo, se bajó del tronco de un salto y dio unos pasos por la hierba hacia la joven panda, que retrocedió de inmediato.

—¿Tú no entiendes el idioma de los pandas? —masculló Lluvia—. Supongo que no hay ninguna razón para que lo entiendas… En fin, vete. Fuera.

Levantó una pata y, muy despacio y sin querer hacerle daño a aquella estúpida grulla, dio un manotazo en el aire. Le había concedido tiempo de sobra para que se quitara de en medio, y efectivamente, el ave alzó el vuelo batiendo sus largas alas blancas y negras. Pero en vez de alejarse, aterrizó en el árbol más cercano y continuó observándola.

Lluvia arrugó el hocico. Aquello era ridículo. No iba a tener miedo de una grulla patilarga.

—Bueno, puedes quedarte mirando si quieres. Yo voy a dormir un poco más, y si tú o cualquier otro me molesta…

Entonces recordó que el ave no podía entenderla, así que le mostró los colmillos y le lanzó un gruñido.

La grulla se limitó a observarla sin inmutarse.

—Pues vale, muy bien. Espero que nos entendamos —dijo Lluvia.

Malhumorada, volvió a meterse en el tronco hueco y a ovillarse, aunque esta vez se situó un poco más cerca de la abertura. Desde allí no podía ver a la grulla. Cerró los ojos y se tapó el hocico con las zarpas.

En esta ocasión le costó bastante más conciliar el sueño. No estaba tan exhausta como antes, y tampoco estaba especialmente relajada. El extraño comportamiento de la grulla le resultaba de lo más irritante, y le daba mucha rabia haberse asustado tanto al huir de ella, pero finalmente logró sumirse en una especie de duermevela, oscilando entre el sueño y la vigilia.

Cuando volvió a abrir los ojos, se sentía bastante descansada. Probablemente la grulla ya se habría ido. Era imposible que se hubiera quedado allí sólo para ver un tronco con una panda dormida en su interior. Lluvia salió arrastrándose y se desperezó…

Y al darse la vuelta, pegó un grito: ¡la grulla seguía allí! Estaba sentada en el suelo al lado del tronco, atusándose las plumas.

—¿Todavía estás aquí? —gruñó la joven. El ave respondió con un gorjeo —. Muy bien. Yo me marcho. Espero que no me sigas.

Dio media vuelta y echó a andar pisando fuerte, olisqueando el suelo por si podía encontrar un poco de bambú para comer. Debía de ser casi la Luz Larga, y no había celebrado ningún banquete debidamente desde la Luz Dorada. Miró a su alrededor y vio que en la colina que tenía delante crecía un poco de bambú, así que se dirigió hacia allí, bajando la loma en la que estaba sin girarse para ver si la grulla la seguía. Con un poco de suerte, si no la miraba ni decía nada, al final acabaría aburriéndose y se marcharía.

Al cabo de un instante oyó el batir de sus grandes alas en el aire. Lluvia gruñó para sí misma, pero se obligó a no mirar hacia arriba. No pensaba prestarle la menor atención a ese estúpido pájaro. Bajó la ladera, pasó por encima de otro árbol caído y comenzó a ascender la siguiente colina hasta alcanzar el lugar donde crecía el bambú, alrededor de una pequeña roca. En ningún momento levantó la vista hacia el cielo. Se subió a la roca y se sentó, y empezó a partir una de las cañas de bambú.

La grulla aterrizó junto a la roca. En esta ocasión no se quedó mirando a Lluvia, sino hacia otro lado, casi como si estuviera montando guardia, aunque

no parecía haber nada interesante en la dirección hacia la que apuntaba su pico.

La joven panda suspiró y arrancó las hojas de la caña tan deprisa como pudo.

—Gran Dragón, en el banquete de la Luz Larga, tus humildes pandas se inclinan ante ti. Gracias por el regalo del bambú y por la resistencia que nos concedes —recitó de un tirón, antes de empezar a mordisquear la punta de las hojas.

La grulla volvió a inclinar la cabeza y comenzó a hurgar el suelo. Al cabo de un instante se irguió con un gusano en el pico, que engulló de inmediato.

«¿Está… celebrando el banquete conmigo? —pensó Lluvia—. No, las grullas también necesitan comer… Debe de ser una coincidencia», y se apresuró a terminar su bambú.

No se sorprendió mucho cuando la grulla levantó de nuevo el vuelo cuando ella bajó de la roca para reanudar la marcha. Mientras caminaba, tratando de mantener el hocico hacia el lejano río, le molestaba saber que la grulla siempre andaba cerca, incluso cuando no podía verla. Pero ya estaba empezando a decirse que no había nada que pudiera hacer para impedírselo.

Cuando se detuvo para beber de un arroyuelo que discurría por la ladera de una colina, el ave se plantó enseguida en mitad de la corriente, salpicándose las plumas y con aspecto de estar muy orgullosa de sí misma. Cuando Lluvia se detuvo para el banquete de la Luz Agonizante y luego se tumbó para dormir un poco, la vio posarse en las ramas de un árbol, y al despertar no le extrañó lo más mínimo que todavía estuviese allí.

—Ojalá hablase vuestra lengua —le dijo Lluvia—, para que pudieras contarme qué quieres y para poder decirte que te largues con viento fresco.

Intentó escabullirse y continuar su viaje mientras todavía estaba oscuro, pero, incluso entonces, vio cómo la luna llena parpadeaba cuando la sombra de un ave de largo cuello pasó volando por delante de ella.

—A lo mejor, lo único que pasa es que estás sola —le dijo a la grulla más tarde, al sentarse a la sombra de un ginkgo para comerse su bambú de la Luz Gris—. Pero debe de haber grullas cerca del río, ¿no? Ya casi hemos llegado. Ya lo verás. Después de eso, no querrás seguirme adonde voy.

La grulla lanzó un gorjeo a modo de respuesta, y Lluvia suspiró. ¿Por qué se molestaba siquiera?

Tenía razón con lo del río. Ahora ya estaba cerca, y antes de la Salida del Sol oyó su murmullo discurriendo por algún lugar de más abajo. Lluvia estaba empezando a pensar que parecía estar al final de un largo trecho, más largo de

lo que esperaba, cuando llegó al borde de una línea de árboles y se encontró sobre una especie de promontorio con vistas al resplandeciente río, que serpenteaba al fondo, bastante más abajo. El río rodeaba la colina sobre la que se hallaba, lo que implicaba que era un descenso escarpado de una distancia de veinte o treinta osos hasta la orilla.

La grulla dio una vuelta por encima de su cabeza y se posó en el borde del promontorio, examinando el complicado descenso. Miró a Lluvia, luego miró de nuevo la empinada loma, y después emitió un sonido que a la joven le pareció dubitativo.

Lluvia la miró frunciendo el ceño.

—Bueno, no todos podemos volar, ¿sabes? Venga, lárgate ya, Patilarga.

Dio un cabezazo hacia el lugar donde se había posado la grulla —que se apartó aleteando, sorprendida— y luego volvió a mirar hacia abajo.

Era menos empinado que un precipicio, pero más que una ladera. Podría recorrer parte del trayecto caminando a cuatro patas, siguiendo una estrecha senda pegada al borde. En otros lugares, sin embargo, tendría que confiar en sus garras.

Pero, si decidía no tomar aquel camino, tendría que regresar al bosque y encontrar la manera de rodear la colina, y ya estaba harta y cansada de caminar, y también de pensar que por fin estaba cerca del río, para luego descubrir que todavía estaba más allá de la siguiente colina. Si bajaba por allí, aterrizaría directamente en la ribera. Valía la pena intentarlo.

«Ojalá tuviera ahora mismo la destreza trepadora de Hoja», pensó, girándose para dejarse resbalar hasta el sendero, con las patas traseras por delante. Nunca había subido mucho más allá de la primera rama cómoda de cualquier árbol, aunque sí había trepado por la columna de piedra en la que había encontrado el bambú rayado de los monos…

Pensar en aquel bambú dio un nuevo impulso a su determinación. Había logrado llegar hasta lo alto de la columna y luego bajar, ¿no? Además, si no cruzaba el río, jamás averiguaría qué clase de trato había hecho Ocaso con Tibias Potentes y sus monos dorados.

Descendió hasta la repisa, y luego bajó cuidadosamente las patas delanteras. La senda era escarpada y resbaladiza, pero consiguió avanzar por ella pegándose al lateral rocoso, hasta que ya no pudo seguir más y tuvo que deslizarse por una cortina de enredaderas que le hicieron cosquillas en la nariz. Desde allí pasó a otro saliente, y luego a otro más. El sistema funcionaba, aunque la tercera vez que tuvo que deslizarse por la pared acabó

con el pelo del pecho apelmazado por el barro y con trocitos de tallos y hojas, y empezaron a dolerle las patas delanteras.

Bajó hasta la siguiente repisa y continuó a rastras, aunque estuvo a punto de perder el equilibrio al ladear la cabeza para esquivar la raíz de un árbol que sobresalía de la pared. Justo delante había una ancha roca plana, y Lluvia se dirigió hacia allí, agradeciendo poder sentarse y recuperar un poco el aliento. Pero antes de que pudiera llegar hasta ella, algo blanco y negro pasó volando delante de sus narices. La joven panda lanzó un grito y tuvo que agacharse y clavar las garras en la tierra para no precipitarse al vacío, mientras la grulla revoloteaba graznando y batiendo las alas ante su cara.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le gritó Lluvia—. ¡Quítate de en medio, criatura estúpida! ¿Es que intentas matarme?

La grulla siguió graznando frenéticamente, aterrizó en el sendero justo delante de Lluvia y desplegó las alas para cortarle el paso.

—Pero ¿qué es lo que te he hecho yo, Patilarga? —gruñó la joven, retrocediendo y golpeándose la cabeza con la raíz que sobresalía—. ¿Es que trabajas para Ocaso? ¿Quieres impedir que vuelva a casa? ¡Bueno, pues te fastidias!

Miró hacia abajo. Sería un largo descenso hasta la siguiente repisa, pero podía dejarse caer por el borde de aquella roca, y, si hundía las garras en la tierra, podría ralentizar el aterrizaje.

Tras sacarle la lengua a la grulla, bajó las patas traseras por el borde hasta quedarse colgando, respiró hondo y se soltó…

El descenso fue más accidentado y rápido de lo que se había esperado, pero, cuando sus patas traseras impactaron contra la repisa, logró mantener el equilibrio y no caer por el borde. Luego miró hacia arriba.

La grulla se había desplazado por la senda que pretendía seguir Lluvia, y entonces estiró una de sus larguiruchas patas, miró a la joven panda y, con toda la intención, pisó la roca plana que ella pensaba usar para descansar.

La roca se bamboleó y, un segundo después, se inclinó hacia un lado y cayó al vacío. La grulla se elevó por el aire, y Lluvia se quedó mirando boquiabierta cómo la roca rodaba estrepitosamente pendiente abajo, provocando una tromba de barro y llevándose consigo piedras y enredaderas, hasta que rebotó contra un borde y terminó aterrizando en el cieno de abajo con un golpe sordo.

Lentamente, Lluvia alzó la vista hacia el cielo. La grulla estaba volando en círculos sobre ella. Luego se posó en la rama de un árbol cercano, ladeó la cabeza y soltó un largo graznido.

Lluvia se deslizó hasta el suelo de su pequeña repisa, encogiéndose y sin dejar de mirar a la grulla de largas patas.

—En el nombre del Dragón… ¿qué acaba de suceder? —susurró—. ¿Tú sabías que esa roca iba a caer? ¿Acabas de… salvarme la vida?

La grulla se limitó a acicalarse las plumas de debajo del ala.

No podía ser. ¿Por qué haría eso una simple grulla? Ya llevaba siguiéndola un día entero… ¿Cómo sabía que ella iría allí? ¿Cómo sabía siquiera que esa roca no era segura?

El resto del descenso transcurrió en una especie de nebulosa. La grulla permaneció cerca, pero no volvió a interferir. Lluvia aterrizó por fin en una zona embarrada, con el pelo alborotado y los músculos doloridos. Ni siquiera intentó levantarse durante un buen rato; se quedó donde estaba, observando cómo la grulla saltaba de un posadero a otro hasta aterrizar en el barro junto a ella.

—¿También vas a ayudarme a cruzar el río? —le preguntó Lluvia.

El ave contestó con un graznido.

—Genial —dijo la joven panda, y se incorporó para sacudirse de encima parte del barro y mirar alrededor, buscando el borde del agua.

Pero, por mucho que pudiera oír el fluir del río, no veía la corriente. En vez de la orilla a la que estaba acostumbrada, donde los árboles, los arbustos y las rocas llegaban a estar metidos en el agua, ahora se encontraba en una larga ribera de sedimentos, de donde asomaban unas pocas algas y algunas rocas.

Siguió el sonido del río, resbalando y trastabillando cuando la orilla descendió bruscamente, hasta que se encontró plantada al borde del agua, entre juncos muertos y grandes rocas blancas.

Miró al otro lado.

La orilla opuesta estaba más cerca que antes. Mucho más cerca.

A Lluvia se le dilataron los ojos y se le aceleró el corazón al ver que, durante un trecho, la otra orilla también parecía empapada y cenagosa, y que un poco más allá se alzaba el conocido verde profundo de los frondosos arbustos y las rocas musgosas.

—La inundación… —le dijo con un hilo de voz a la grulla, que había posado sus larguiruchas patas en la suave corriente del río—. ¡Por fin ha remitido! El nivel del agua ha bajado… La corriente no será tan fuerte… ¡Puedo cruzar nadando!

Dio unos pasos dentro del agua, chapoteando, y rodó sobre sí misma para limpiarse el barro del pelo. Luego se incorporó cerca de la grulla, lanzando una rociada de gotitas a su alrededor.

—¿Lo ves, Patilarga? ¡Por fin vuelvo a casa!

12

—Aproximaos, amigos míos —dijo Ocaso.

Estaba sentado sobre una roca, al borde del claro de los banquetes, y Fantasma estaba sentado en el suelo junto a él, sintiéndose más orgulloso y más como en casa de lo que se había sentido jamás desde la noche en la que el Felino de las Nieves le había mostrado sus huellas para que los leopardos cazaran al ciervo. El propio Ocaso le había preguntado si quería sentarse a su izquierda, mientras Biznaga y Ginseng se sentaban a la derecha. Así era como el portavoz había decidido atender a las preguntas de las criaturas del Reino del Bambú.

Habían estado avisando durante un par de días. Cada vez que se encontraban con una ardilla, un mono o un takín, los pandas les decían que les contaran a todos sus amigos que el portavoz del Dragón los había convocado para ese día, en el Sol Alto, y que los escucharía con atención. Ahora había varios animales subiendo la colina hasta el claro de los banquetes. Tres takines dorados avanzaban pesadamente por el sendero, con su largo pelaje resplandeciendo bajo el brillante sol. Una solitaria manul hembra, más o menos la mitad de grande que Astilla, estaba sentada en el lindero del claro, acicalándose su esponjoso pelaje marrón y gris y lanzando miradas recelosas a los pandas reunidos allí.

Ocaso sostenía la piedra azul del portavoz del Dragón mientras, uno a uno, los animales se iban acercando a él. Algunos le hacían una reverencia antes de hablar, como la pequeña familia de pikas, unos roedores parecidos al ratón, de cuerpo redondo y esponjoso, que se acercaron correteando hasta la roca donde estaba sentado.

Las pikas pegaron el hocico al suelo, y dos de ellas permanecieron en esa posición incluso cuando la tercera empezó a hablar.

—¡Oh, gran portavoz del Dragón! —exclamó con vocecilla aguda—. ¡Es un honor y un privilegio poder hablar contigo! ¡Por favor, pídele al Gran Dragón que bendiga a nuestra humilde familia!

Las otras dos temblaron un poco, sumándose a su petición.

—Benditas seáis todas —respondió Ocaso—. El Gran Dragón se siente bendecido por tener discípulos como vosotras. ¿Tenéis alguna pregunta para el portavoz del Dragón?

La pika que había hablado le dio un codazo a su compañera, que levantó la cabeza, nerviosa.

—Perdimos nuestra madriguera en la gran inundación —empezó—. Ahora las aguas han retrocedido, pero la madriguera ya no existe. ¿Deberíamos regresar a la ribera, o deberíamos permanecer en terrenos más altos?

Ocaso asintió, alzando su piedra azul para que todos la vieran. Luego cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Durante unos largos segundos, se hizo el silencio en el abarrotado claro. Todos los ojos estaban clavados en el portavoz, incluso los de Fantasma.

Finalmente, Ocaso volvió a abrir los ojos con un leve respingo y miró a las pikas con una sonrisa.

—El Dragón quiere que sepáis que vuestras decisiones son vuestras. Pero si regresáis a la ribera, estaréis a salvo allí. La inundación ha terminado. El agua no volverá a subir.

Una oleada de murmullos y suspiros de alivio recorrió el claro; los pandas asentían solemnemente, los monos chillaban de alegría, y los takines hablaban entre sí en voz baja, mugiendo felices.

Las pikas retrocedieron, todavía con la cabeza inclinada, prácticamente arrastrando el hocico por el suelo.

Los siguientes en aproximarse fueron los takines, que tenían preguntas similares. ¿Era seguro pastar cerca del agua? Ocaso repitió que sí, que era seguro. La más vieja de los takines levantó la cabeza apenada y preguntó, con voz temblorosa, si el Dragón sabía si su pareja estaba sana y salva, porque también había desaparecido en la riada. Fantasma se dio cuenta de que la mayoría de aquellas criaturas, si no todas, contaban prácticamente la misma historia: habían perdido algo, habían perdido a alguien.

Ocaso se quedó mirando a la takín durante unos largos segundos, y finalmente levantó la piedra una vez más y cerró los ojos.

—Lo lamento —dijo con un hondo suspiro al abrirlos de nuevo—. Creo que tu compañero ha desaparecido para siempre. El Dragón nos dice que, cuando no hay esperanza para uno, debemos aferrarnos todavía más a los otros; tus hijos cuidarán de ti.

Los dos takines más jóvenes asintieron despacio y acariciaron a su madre con el hocico para consolarla.

La siguiente criatura en ir hasta la roca de Ocaso fue la manul. Fantasma se dio cuenta de que varios de los pandas de alrededor la miraban ceñudos. Como Guijarro era quien estaba sentado más cerca de él, decidió preguntarle al respecto:

—¿Por qué reaccionan así? —le susurró al oído.

—El portavoz del Dragón fue atacado por un clan de manules cuando estuvo perdido después de la inundación —le respondió Guijarro en voz baja.

Pero al girarse hacia Ocaso, Fantasma vio que el portavoz no mostraba miedo ni rabia, y sintió una nueva oleada de respeto por el venerable panda. Si a él lo hubiera atacado una manada de aquellas bolas de pelo malencaradas, no estaba muy seguro de que hubiera podido quedarse tan tranquilo, por mucho que aquella felina en concreto no tuviese nada que ver con el ataque.

—Portavoz del Dragón —maulló la manul, sentándose muy tiesa, con la cola perfectamente enroscada alrededor de las patas—. Yo también he acudido a ti en busca de respuestas. Pero no del Dragón, sino tuyas.

—Hazme las preguntas que quieras, amiga mía —contestó Ocaso apaciblemente.

—¿Por qué se produjo la inundación? ¿Y por qué los pandas no nos avisaron a tiempo? ¿Dónde estabas tú cuando perdimos nuestros hogares y a nuestros seres queridos?

Un murmullo escandalizado recorrió el claro. Parecía que la felina había metido la zarpa en la llaga.

—No ha tardado mucho —masculló una voz que Fantasma no logró localizar entre la multitud.

—Qué grosera —dijo la anciana takín, sacudiendo su dorada cabeza.

—Jamás habría imaginado que saldría precisamente con eso… —se indignó una de las pikas.

—¡Silencio! —replicó otro de los pequeños ratones, pegando las orejas a la cabeza—. Quiero oír la respuesta.

La pequeña felina no pareció inmutarse por el alboroto que había provocado. Permaneció completamente inmóvil, sin despegar su intensa mirada de la cara de Ocaso.

El portavoz levantó una zarpa para pedir silencio; un silencio que se hizo de inmediato entre los animales reunidos.

—Amigos míos. Mi distinguida manul —empezó Ocaso, haciéndole un gesto a la gata, pero dirigiéndose a todo el claro—. Sé que éstas son dudas que muchos de vosotros habéis albergado durante mucho tiempo, y que han pesado en vuestro corazón. Sé que muchos de vosotros os habéis sentido

traicionados por los pandas… y por mí en particular. Se supone que el portavoz del Dragón debe mantener a salvo a todo el Reino del Bambú, y, en ese sentido, os he fallado.

Hubo otra oleada de murmullos que cesaron enseguida, en cuanto Ocaso se puso en pie.

—Los hechos son éstos: los pandas no os avisaron de la inundación porque a ellos tampoco los habían avisado. Yo no recibí ningún aviso.

Brotaron más murmullos de conmoción entre los animales reunidos en el claro. Fantasma frunció el ceño al ver a Ocaso cabizbajo y triste. ¿Por qué haría algo así el Gran Dragón?

—Ignoro qué sucedió exactamente —continuó el portavoz—. El Dragón me oculta sus razones, incluso ahora… pero yo creo que algo ha perturbado el equilibrio de este mundo. Quizá fuera un simple acto fortuito, o quizá contribuimos todos a nuestra manera, así que, a partir de ahora, debemos ser extremadamente cuidadosos al seguir las instrucciones del Dragón. Pero fuera lo que fuese ese algo tan horrible, está claro que causó esa ruptura con la visión del Dragón, al igual que causó la inundación que sufrimos todos.

Hizo una pausa, dejando que esa información calara en los presentes. A Fantasma le daba vueltas la cabeza. Algo había provocado la inundación, algo que había hecho una criatura y que iba en contra del equilibrio del mundo… pero ¿qué podría haber sido? ¿Podía una sola criatura tener tanto poder? Y, si era así, ¿cómo podían impedir que semejante cosa pudiera volver a ocurrir?

—Agradezco desde lo más hondo de mi corazón que hayas sido tan franca y directa, mi distinguida manul —continuó Ocaso, inclinando levemente la cabeza ante la gata—. He dedicado mi último año, mientras deambulaba por el reino, a buscar las respuestas, y aun así todo esto sigue siendo un misterio para mí. Pero puedo prometerte una cosa: si descubro que alguna criatura es la responsable de este espantoso suceso, tendrá que responder por lo que ha hecho.

El claro quedó en silencio durante unos instantes, y finalmente varios pandas corearon:

—¡Gracias, portavoz del Dragón! ¡Gracias, Ocaso!

Otros animales se sumaron a los vítores, y, de repente, el aire se llenó de aullidos y gorjeos. Fantasma se les unió rugiendo con aprobación. Era maravilloso estar sentado junto a Ocaso, mientras las criaturas del Reino del Bambú se unían para brindar su apoyo al portavoz.

La manul no se sumó a la ovación. Fantasma la vio entornar un poco los ojos antes de hacer una elegante reverencia y dar media vuelta, ondeando la

cola, para marcharse. Fantasma suspiró. Era evidente que no todo el Reino del Bambú al completo estaba absolutamente convencido, y el joven panda se preguntó qué más quería la felina. Ocaso se lo había explicado todo, había respondido a todas sus demandas. Algunas criaturas eran sencillamente desagradecidas.

Cuando el ruido se fue apagando, Fantasma descubrió a otra figura peluda en el lindero del claro, subida a un árbol. Era Astilla. Su larga cola blanca colgaba de la rama en la que estaba tumbada, y desde allí su hermana contemplaba el desarrollo de la reunión con una expresión que Fantasma conocía muy bien de sus largas salidas de caza a través de las montañas. Era la cara que ponía cuando había localizado una presa, pero no estaba segura de poder atraparla.

—Muchísimas gracias a todos —declaró Ocaso, levantando las zarpas delanteras—. Gracias por plantearme vuestras inquietudes y vuestras preguntas. Ahora estoy cansado y doy por finalizada esta sesión, pero, por favor, corred la voz a lo largo y ancho del reino: pronto volveré a hablar con vosotros.

Hubo otra ovación desigual, y poco después los animales comenzaron a dispersarse. Ocaso se bajó de la roca y se alejó del grupo. Biznaga y Ginseng se situaron entre él y los demás, para asegurarse de que le dejaban sitio para descansar.

Fantasma corrió hasta el árbol de Astilla y trepó para sentarse en la rama de al lado de su hermana.

—¡Me alegro de que hayas venido! —le dijo. No alcanzaba a lamerle la cara, pero la miró ilusionado.

—Yo también —respondió ella, pero no sonreía, y Fantasma sintió un escalofrío en la nuca—. La verdad es que Ocaso no ha explicado gran cosa, ¿verdad?

Fantasma la miró boquiabierto. ¿Es que no estaba escuchando?

—¿A qué te refieres? ¡Nos lo ha contado todo!

Astilla agitó la cola, nerviosa.

—Bueno, ha empleado un montón de palabras, pero básicamente sólo ha dicho que no sabía nada.

—No es culpa suya no saber todas las respuestas —masculló el joven panda.

Fantasma sintió que su alegría se evaporaba a medida que hablaba con su hermana, y una oleada de resentimiento le subió por la garganta. Astilla debería tener más fe en el portavoz del Dragón. Aunque, en lo más profundo

de su ser, él sabía que no era eso lo que más le dolía de su actitud. ¿Acaso no se daba cuenta de lo bueno que era para él estar sentado a la izquierda de Ocaso y que por fin hubiese encontrado su lugar en aquel mundo? ¿No se había sentido siquiera un poquito impresionada?

—Además, creo que Ocaso sabe más de lo que cuenta —dijo Fantasma, pensando en la misión que la aparición del tigre había interrumpido.

El portavoz había dicho algo sobre unos trillizos. ¿Podrían ser ellos los responsables de la inundación, después de todo? Le hubiera gustado poder explicarle todo eso a Astilla… Quizá entonces acabaría entendiendo que ahora su hermano tenía un papel allí, que contaba con la confianza de Ocaso, y cuánto significaba todo aquello para él. Pero, en vez de eso, se limitó a decir:

—El Gran Dragón le revelará más cosas cuando lo considere oportuno. Sólo debemos tener fe.

—¿Fe? ¿El Gran Dragón? —bufó Astilla, mirándolo con dureza—. ¿Y qué hay del Felino de las Nieves? ¿Dónde están sus huellas en todo esto? ¿Ya te estás olvidando de nuestra propia fe?

—No, por supuesto que no… —respondió Fantasma, sintiendo, sin embargo, una punzada de culpabilidad. Quizá se le había olvidado, apenas un poquito, en su desesperación por encontrar un lugar en el mundo del Gran Dragón.

—Yo sólo digo que a mamá le entristecería mucho que hayas dejado de darle las gracias al Felino de las Nieves —gruñó la joven leoparda.

«Eso no es justo», pensó Fantasma, aunque tal vez sí lo era…

La alusión a Hibernal le dolió en el corazón, pero a él le gustaba estar allí, donde el tiempo era cálido y había bambú en abundancia, y donde Ocaso, al menos, parecía valorar su compañía. ¿Por qué Astilla no apreciaba al portavoz tanto como él?

Pero antes de que se le ocurriera una respuesta, advirtió que en el claro estaba sucediendo algo. Un grupo de pandas se había acercado al sitio donde descansaba Ocaso para decirle algo a Ginseng, que a su vez le dijo algo a Biznaga.

Entonces Fantasma reparó en que los pandas acompañaban a un forastero, y sin decirle nada más a Astilla, comenzó a bajar del árbol.

Se trataba de un panda, otro panda nuevo al que no había visto nunca. Aquél era un joven macho, más o menos de la misma edad que Fantasma, o quizá algo más joven incluso, pero visiblemente más pequeño. Parecía estar

solo, sin padres ni hermanos, aunque caminaba con una curiosa seguridad, muy distinta de la emoción nerviosa de Gobio y Hiedra el día de su llegada.

Fantasma bajó la ladera corriendo y llegó justo cuando Ginseng despertaba a Ocaso de su siesta. El portavoz plantó las orejas al escuchar lo que le decía, y se incorporó de inmediato.

—Qué maravilla —exclamó—. ¡Un nuevo miembro para nuestra familia! Hola, muchacho. Me llamo Ocaso Bosqueprofundo, y soy el portavoz del Dragón. ¿Cómo te llamas tú?

—Pebre —respondió el recién llegado—. Antes era Pebre Peñascogrande, pero supongo que ahora soy Pebre Lomapróspera.

—Y eres muy bienvenido —rió Ocaso.

—Lo hemos encontrado cerca del río, estaba solo —le explicó Ciprés, que había entrado en el claro con Pebre pisándole los talones.

—¿No tienes familia? —le preguntó Ocaso.

—Nos separamos —contestó Pebre—. Pero a lo mejor vosotros habéis encontrado a mis hermanos. Éramos tres, trillizos.

Fantasma se quedó petrificado. Justo en ese instante, Guijarro, que también se había aproximado para escuchar la historia del nuevo panda, se sentó a su lado.

Los pandas que estaban escuchando se miraron sorprendidos y empezaron a murmurar entre sí. Estaban atónitos. Guijarro miró a Fantasma.

—¡Eso es extraordinario! —exclamó—. ¡Los pandas trillizos son algo de lo más insólito! Jamás había oído que tres cachorros hayan logrado sobrevivir.

—Uau —musitó Fantasma.

No podía contarle a Guijarro que él ya lo sabía. Tendría que explicarle cómo lo sabía, y se lo había prometido a Ocaso…

El portavoz se quedó mirando a Pebre y pareció dudar durante unos segundos, pero finalmente se inclinó hacia él.

—Eso es asombroso… Me temo que todavía no hemos encontrado a tus trillizos, pero te prometo que haremos todo lo posible para que volváis a reuniros. —Y dicho esto, levantó la cabeza para llamar a todos los pandas—. ¡Amigos míos, por favor, dadle la bienvenida a Pebre Lomapróspera, y aseguraos de que esté cómodo y de que no le falte nada!

—¡Bienvenido, Pebre! —corearon los pandas.

—Fantasma, Guijarro, ¿por qué no os lleváis a Pebre y le enseñáis un poco Lomapróspera? —les pidió Ocaso.

A Fantasma le dio un brinco el corazón por aquella responsabilidad, pero a Guijarro se le iluminaron los ojos. Los dos corrieron junto a Pebre para presentarse.

—Enseguida te sentirás como en casa —le dijo Guijarro—. Te enseñaremos dónde crece el mejor bambú y dónde dormimos todos.

—Lo estoy deseando —respondió Pebre, y luego bajó la cabeza, un poco triste—. Será agradable volver a estar con pandas de mi edad. Llevo mucho tiempo vagando solo, y echo de menos a mis dos hermanos.

—Sí —dijo Guijarro amablemente—. Conozco muy bien esa sensación.

Fantasma miró al suelo, pensado en el hermano que su amigo había perdido en la inundación.

—Yo también —musitó.

Guijarro lo miró con curiosidad, y Fantasma cayó en la cuenta de que, en realidad, nunca le había hablado de Cellisca y Carámbano. Había estado concentrado en encajar en aquel lugar y en tratar de asegurarse de que Astilla encajaba también, así que ni siquiera había pensado en ello.

Al llegar a la linde del claro, empezó a contarles su historia:

—Yo dejé atrás a dos hermanos… Están vivos, pero no sé si volveré a verlos algún día. Ellos siguen en nuestro antiguo territorio, en las Montañas de las Cumbres Blancas…

—¡Fantasma! —lo interrumpió la voz de Ocaso.

El joven panda miró atrás, y vio que el portavoz del Dragón lo estaba llamando.

—Esperad aquí —les pidió a los otros dos, y luego trotó junto a Ocaso, que se hallaba de nuevo algo apartado de los demás.

Pasó junto a Biznaga y Ginseng, que lo miraron con recelo pero no lo detuvieron.

—Fantasma, debes tener mucho cuidado… —le dijo el portavoz en voz baja cuando él estuvo lo bastante cerca para oírlo—. No le cuentes demasiadas cosas sobre ti mismo a ese osezno.

—Oh… pero… ¿por qué?

—Porque debes hacer que hable. Encárgate de que te cuente todo lo que sabe. ¿Recuerdas lo que te mencioné de unos trillizos?

—Por supuesto —contestó Fantasma, bajando también la voz.

—Lo cierto es que el Dragón me previno sobre ellos —susurró Ocaso—. Hace mucho, me contó que, algún día… ¡unos pandas trillizos intentarían apoderarse del Reino del Bambú! Están destinados a derrocar al portavoz del Dragón, a asesinarme y a gobernar sobre todos vosotros con zarpa tiránica. Sé

que es difícil de creer de un simple osezno —añadió—. Pero este osezno crecerá y se convertirá en un panda muy pero que muy peligroso. Yo ya sospecho que no nos está contando toda la verdad. En cualquier caso, su presencia supone un peligro enorme para todos nosotros, no sólo para mí personalmente, sino para el reino al completo, incluso para el mismísimo Dragón.

Fantasma no sabía qué decir. Ocaso tenía razón: costaba mucho creer que aquel joven panda que acababa de conocer, tan agradable y seguro de sí mismo, pudiera estar conspirando en secreto para matar a su amigo. Pero el Gran Dragón lo sabía todo, ¿no?

«Quizá el Dragón nos ha avisado tan pronto porque todavía hay esperanza —pensó Fantasma—. ¡A lo mejor, incluso podemos lograr que Pebre vuelva a ponerse del lado del portavoz del Dragón!».

—Cuida de él, tal como te he dicho —continuó Ocaso—. Conviértete en su amigo si puedes. Pero debes averiguar cuáles son sus intenciones y por qué ha venido aquí, y dónde están ahora sus otros dos hermanos. ¿Entendido?

—Sí, ¡así lo haré! —respondió Fantasma.

—Gracias. En cuanto te conocí, supe que tendrías un papel significativo en todo esto. Ya has demostrado tu lealtad. Ahora te confío la tarea más importante de tu vida, y si la llevas a cabo como es debido… quizá tú y yo podamos salvar a todo el Reino del Bambú.

13

—Este tigre es de lo más inoportuno —gruñó Lluvia.

En cuanto había detectado el olor del felino, la joven panda se había escondido entre los helechos para intentar dar esquinazo a Cazasombras. No estaba segura de que sirviera de mucho, probablemente él también detectaría su rastro de un momento a otro.

La joven panda había caminado un trecho a lo largo de la ribera, buscando algo familiar en la orilla opuesta para no estar tan perdida cuando cruzara el río. Había sido un error: si hubiese cruzado de inmediato, ahora mismo ya estaría dirigiéndose hacia Lomapróspera, en vez de intentando evitar a un tigre que, probablemente, era capaz de verla, olerla y oírla mucho mejor que ella a él.

Podía ver su cola rayada ondeando en una zona soleada a cierta distancia. Si el felino seguía andando, quizá tuviera la oportunidad de meterse en el río y cruzar a nado antes de que él volviera sobre sus pasos. Pero Lluvia no quería hacer ningún ruido hasta estar absolutamente segura de que Cazasombras se había alejado lo suficiente.

No pensaba exactamente que el tigre fuera a comérsela, por mucho que se lo hubiese dicho a Hoja, pero tampoco estaba convencida de que fuera un amigo. Además, su presencia era una complicación que prefería evitar en aquel momento. Estaba segura de que a Cazasombras no le haría ninguna gracia que se hubiera zafado de Pruna y de Hoja. Probablemente intentaría convencerla de que se reuniera con ellas de nuevo, tendría que explicarle lo sucedido en la montaña, y, por si eso fuera poco, volvería a salir todo el tema de los portavoces del Dragón, y eso no le apetecía nada.

Ella tenía su propia misión, e iba a llevarla a cabo fuera como fuese.

Por otro lado, ¿qué estaba haciendo Cazasombras ahí abajo?

Lluvia se dijo a sí misma que daba igual. El tigre estaba equivocado sobre ella, así que no le importaba nada lo que pudiera estar haciendo allí.

Aunque, en realidad, sí le importaba un poco… Hasta el momento, sólo lo había visto paseándose arriba y abajo, centrando toda su atención en la orilla

opuesta.

La grulla cuellinegra estaba plantada en mitad del agua tranquilamente, a pocos osos de distancia, con pinta de ser un ave cualquiera absorta en sus propias cosas.

El tigre dio media vuelta, sacudiendo la cola a sus espaldas, y Lluvia se agachó de nuevo. La había olido. Se estaba acercando…

Pero entonces oyó cómo se quebraban ramas y tallos y el eco de un alarido que se iba aproximando, y poco después un pequeño grupo de monos dorados pasó volando por encima de su cabeza. Cuando se giró de nuevo hacia Cazasombras, el tigre había desaparecido en la vegetación.

Los monos no parecían haberla visto, pero se detuvieron brincando y parloteando en un árbol, no muy lejos del escondrijo de la joven.

—¡Paciencia! —les espetó uno de ellos a los demás—. ¡Ya os he dicho que estamos esperando!

—Yo odio esperar —replicó una mona, dejándose caer de la rama; Lluvia pensó que iba a aterrizar en los arbustos, pero, en el último segundo, la mona se sujetó con las patas traseras y se quedó balanceándose boca abajo.

—Entonces, ¿por qué te has ofrecido a venir aquí, eh? —le dijo otro con una risita.

La joven panda se dio cuenta de que algunos de aquellos monos le resultaban familiares. Sin duda alguna, formaban parte de la tropa de Tibias Potentes. Dos de ellos estaban en el grupo al que había seguido hasta la columna de roca en la que crecía el bambú rayado, y una era la pequeña que había trepado directamente hasta la punta de las oscilantes cañas. ¿Cómo se llamaba? ¿Cola Ágil?

—Tibias Potentes ha dicho que cruzáramos el río y esperáramos —les recordó Cola Ágil a sus compañeros—. ¿Y pensabais que no tendríamos que esperar?

—¡No todo el día! —respondió la mona que estaba boca abajo, rascándose la barbilla.

«Tibias Potentes los ha mandado a este lado del río… —pensó Lluvia—. Pero ¿qué están esperando?».

Fuera lo que fuese, estaban demasiado cerca, y si el tigre los estaba observando, existía la posibilidad de que también la viese a ella. Moverse era arriesgado, pero no podía quedarse allí parada, a la espera de que Cazasombras reparara en su presencia.

Lenta y cautelosamente, intentó salir de entre los helechos retrocediendo.

Pero no lo hizo en el momento oportuno, porque la mona impaciente que colgaba de la rama se giró de golpe y soltó un chillido de sorpresa.

—¿Qué es eso?

—No es nada —bostezó uno de los otros.

—¡Cállate! Hablo en serio… ¡He visto moverse algo!

Lluvia no perdió ni un segundo más. Echó a correr mientras los monos seguían hablando, y lo hizo justo a tiempo… Al cabo de unos pocos pasos, oyó a los monos aullando y saltando por las ramas de los árboles, justo detrás de ella.

No podía dejarlos atrás corriendo. Tenía que encontrar un lugar donde esconderse, y cuanto antes mejor. Rodeó patinando una roca muy grande y localizó un denso arbusto al otro lado. Se metió debajo, lo más hondo que pudo, y luego se pegó al suelo, tratando de no respirar.

—¿Dónde está? —chilló la mona impaciente desde las ramas de lo alto.

—¿Qué era? ¿Un panda? ¿O ese felino grande y blanco? —le preguntó uno de sus compañeros.

Lluvia hizo una mueca al comprender que el mono se había parado justo sobre la roca junto a la que ella se había escondido.

«¿Felino blanco? —pensó—. Ése no es Cazasombras…».

—No estoy segura —contestó la mona.

—¡No podemos ir a contarle a Tibias Potentes que creemos haber visto algo, pero que no estamos seguros! —le espetó el mono de la roca—. No puede haber ido muy lejos… ¡Vamos a separarnos para buscarlo!

Lluvia oyó el sonido de cuatro o cinco monos saltando al suelo y permaneció todo lo inmóvil que pudo. Si tenía suerte…

Pero no la tuvo. Antes siquiera de acabar de pensarlo, la joven Cola Ágil pasó junto a su arbusto con su larga cola enroscada, y de inmediato miró entre las hojas.

Sus ojos se encontraron con los de Lluvia, que se puso tensa, lista para levantarse de un brinco. Pero la mona no llamó a los demás. Tan sólo se quedó mirando a la joven panda, entornando los ojos con extrañeza. ¿La había reconocido? ¿Por qué no decía nada?

—¡Cola Ágil! —gritó la mona impaciente, haciendo que Cola Ágil y Lluvia se sobresaltaran a la vez—. ¿Qué has encontrado?

—Yo… no veo nada. Está demasiado oscuro —respondió.

«Espera, ¿qué?».

—Déjame echar un vistazo —le dijo la otra.

Cola Ágil hizo una mueca, y entonces apareció la cara de la impaciente al otro lado del arbusto. Miró ceñuda y, un instante después, bramó:

—¡Ajá! ¡Ahí estás, pequeña panda! ¿Es que estás ciega, Cola Ágil? ¡Está justo ahí! —añadió, dándole un empujón a su compañera.

Lluvia no esperó ni un segundo más. Salió de golpe de debajo del arbusto, apartando a la mona impaciente de un brusco manotazo.

—¡Piérdete! —rugió, plantándose sobre las patas traseras y girando para golpear también al mono de la roca.

Pero éste se zafó de un salto y se subió a un árbol con una risotada.

—¡A Tibias Potentes le encantará esto! —aulló—. ¡Venga, vamos a contárselo!

Lluvia siguió mostrando los colmillos y alzando las zarpas mientras los monos pasaban por su lado dando saltos y se perdían entre las ramas. Por un momento, le pareció ver que Cola Ágil se detenía a mirar atrás con expresión de disculpa, pero finalmente también se marchó.

La joven panda se quedó junto al río, resollando, mientras los monos se alejaban ribera abajo. Sin duda se dirigían al lugar por el que cruzaban de un lado a otro, ahora que el nivel del agua era más bajo… y probablemente Lomapróspera estaría cerca de allí.

Casi esperaba ver a Cazasombras surgiendo de entre la vegetación para encararse con ella, porque la verdad es que había hecho bastante ruido. Pero permaneció allí un buen rato recuperando el aliento, y el felino no apareció por ninguna parte. Debía de haberse marchado en la dirección opuesta.

Era absurdo quedarse allí. Tenía que cruzar el río. No había exactamente una ruta de aguas someras en la zona donde estaba, pero, ahora que las corrientes ya no eran tan rápidas y mortales, estaba segura de que podría cruzar a nado. Dio unos cuantos pasos dentro del río, notando la deliciosa sensación del agua en la piel…

Y de pronto, en vez del blando suelo de sedimentos y los gruesos juncos, notó que se le clavaba algo en una de las almohadillas.

Lluvia levantó la pata con un grito. «Debe de haber sido una piedra…». Intentó rodearla, pero en el otro lado también había algo largo y liso. Con cuidado, apartó los juncos y miró a través del agua.

No eran piedras. Eran… huesos.

Retrocedió, con el corazón desbocado, hasta la seguridad del barro de la orilla.

Había muchísimos, y le resultaban muy familiares…

«Yo he visto esto —pensó—. Cuando estuve en el río. Cuando me estaba ahogando. Pero creía que sólo estaba soñando… Jamás imaginé que estuvieran aquí de verdad…».

Eran los huesos de los animales que se habían ahogado en la gran inundación. Lo supo antes, y lo sabía ahora.

Había muchísimos. Se quedó mirando río abajo, sintiéndose extrañamente mareada.

Los huesos de su padre también estarían allí, en alguna parte. Ella no había llegado a conocerlo, pero sabía que se había caído al río y se había ahogado. El hermano de Guijarro, Peñón, probablemente también estaba allí. Y la hermana de Ciprés, Cidra. Y muchos otros más.

«Hoja diría que esto es un mal presagio —pensó Lluvia—. Una advertencia del Gran Dragón».

Pero, a sus ojos, el agua que lamía los huesos parecía delicada, como si el río estuviese cuidando de ellos… De algún modo, la visión no le resultaba siniestra. Y Lluvia estaba segura de que su padre no querría que ella se quedase allí plantada pensando en su muerte, cuando todavía tenía una misión que cumplir en la orilla opuesta.

Siguió avanzando, sorteando los huesos… Pero cuando apenas había dado unos pasos se vio obligada a detenerse de nuevo, porque la grulla cuellinegra aterrizó justo delante de ella.

—Oh, ¿ya estás aquí otra vez? —le espetó la panda—. ¿Dónde estabas hace un minuto, cuando necesitaba una distracción?

Como toda respuesta, la grulla graznó quedamente. Permaneció inmóvil en el agua, mirando a Lluvia sin parpadear.

La joven suspiró.

—Muy bien, yo me voy al otro lado. Me imagino que te veré en la orilla opuesta —dijo, y continuó andando para rodear a la grulla.

Con una lentitud deliberada, el ave se colocó delante de ella y desplegó las alas para impedirle el paso.

Lluvia la miró, y luego miró a la ribera del otro lado.

—¡Oh, venga! —gruñó—. ¡Ahora no!

La grulla dio un potente aletazo, y la joven notó una corriente de aire en la cara. Luego miró fijamente al ave.

—Ya sé que es peligroso. Y agradezco que me hayas ayudado antes, aunque no tengo ni idea de por qué lo has hecho y… la verdad, ha sido un poco inquietante. Pero no vas a detenerme. ¡Voy a ir precisamente porque es peligroso! ¡Tengo que salvar a mi madre y a Guijarro!

Respiró hondo y se impulsó hacia delante como si fuera a embestirla, dando por hecho que así se quitaría de en medio, pero, en vez de eso, la grulla se echó hacia atrás y le dio un fuerte picotazo detrás de la oreja. Lluvia soltó un grito y se agachó hacia un lado, asombrada a su pesar, y, al hacerlo, la grulla le dio un golpe en la cara con una de sus alas, tan potente que la joven perdió pie y cayó despatarrada en el agua.

Se levantó rugiendo y chorreando. ¡Ningún pajarraco patilargo iba a impedir que volviese junto a su madre!

—¡Lárgate! —rugió, dando un manotazo hacia el ave, que esta vez se vio obligada a escapar, y lo hizo alzando el vuelo con un graznido.

Lluvia vio su oportunidad y la aprovechó, tragando una larga bocanada de aire antes de zambullirse en el agua. Nadó tan fuerte y rápido como pudo, siguiendo el lecho del río a través de nubes de algas y juncos enredados y ahuyentando a un banco de relucientes peces de colores. Continuó buceando hasta que le ardieron los pulmones, notando cómo la corriente tiraba de ella y dejando que la llevara río abajo, al mismo tiempo que iba hacia la orilla opuesta.

Y justo cuando supo que se vería obligada a salir en busca de aire, vio que el lecho fluvial comenzaba a ascender de nuevo. Salió a la superficie resollando, y luego se echó a reír con ganas, triunfal, al descubrir que estaba más allá de la mitad del río. Se permitió flotar en la superficie un instante, mirando alrededor en busca de la grulla. Ahora estaba en el aire, un brillante destello contra el cielo, y poco después desapareció. Lluvia clavó la vista en las familiares laderas salpicadas de bambú del Bosque del Sur, y nadó hacia la orilla con todas sus fuerzas.

14

Hoja avanzaba penosamente por un afloramiento rocoso, con los ojos clavados en las altas cañas que crecían entre las grietas y se mecían con la brisa. ¿Aquello era «vena roja»? Rayo había dicho que brotaba en lugares donde no crecerían otras cosas, y que le debía su nombre a las rayas que atravesaban sus hojas. Tenían que encontrarlo. Raudo Sanador les había dicho que era el único bambú que podría ayudar a mitigar el dolor de una criatura que hubiese bebido agua contaminada. Todos los osos panda y los pandas rojos de Estanquecristalino dependían de ellos.

La joven agarró el bambú y tiró hacia abajo para poder examinar las hojas. Parecían un poco rojas, ¿no?

—¡Rayo! —gritó—. ¿Es esto?

Su amigo asomó la cabeza por el borde de la roca y corrió a su lado.

—No —respondió sin aliento, sacudiendo la cabeza apenado—. Las hojas no tienen esa forma.

Su amigo se dejó caer en el suelo y se quedó boca abajo unos instantes, y Lluvia le dio un lametón de ánimo en la coronilla.

—Tú sabes mucho de estas cosas, Rayo —le dijo—. Tarde o temprano lo encontraremos. Estoy segura.

—En realidad, eso no es del todo cierto… —respondió su amigo, aunque ella notó que le había gustado su comentario—. Todos los pandas rojos sabemos un poco de sanación. Comemos de todo… y sabemos que hay cosas que pueden no ser buenas para nosotros.

Aun así, al final fue él quien encontró el bambú de venas rojas, unas pocas cañas solitarias que crecían justo al borde de un precipicio. Hoja trepó para arrancarlas.

—Esto los librará del dolor —dijo Rayo—. Ahora sólo necesitamos encontrar un poco de bambú morado. Los dos juntos deberían ayudar… o al menos eso espero.

—Quizá, después de todo, deberías ser un Sanador —replicó Hoja.

Rayo, que parecía agotado, rió entre dientes y negó con la cabeza.

—De eso nada. Yo voy a ser un Trepador toda mi vida.

Él sólo podía llevar entre los dientes una caña de bambú de venas rojas, así que Hoja cargó con las otras tres.

Siguieron avanzando lo más rápido que pudieron, porque a veces el bambú se enganchaba en los arbustos o se metía entre las grietas de las rocas.

—El bambú morado crece cerca del agua —recordó Rayo—, y probablemente todo lo que crezca cerca de ese estanque supone un peligro. Así que tenemos que encontrar otra fuente de agua.

Mientras caminaban, Hoja no paraba de mirar alrededor, esperando ver alguna señal de que la tía Pruna o Lluvia los hubieran localizado. En esos momentos añoraba la sabiduría de Pruna, eso por no mencionar su apoyo moral. Todavía no les había contado a los pandas de Estanquecristalino que creía ser la nueva portavoz del Dragón, y no estaba muy segura de qué dirían cuando lo hiciera. Le habría ayudado mucho contar con el apoyo de la tía Pruna.

También echaba de menos a Lluvia, aunque, probablemente, tenerla allí no la habría ayudado en lo más mínimo.

No había ni rastro de ninguna de las dos, pero, al escudriñar una hilera de árboles, reparó en algo: un ave que alzaba el vuelo, y luego otra, y otra, elevándose desde detrás de un bosquecillo.

—¡Patos! —exclamó—. Y donde hay patos… ¡hay agua!

—Vamos —dijo Rayo.

Y los dos juntos arrastraron sus cañas de bambú a lo largo de una ladera, ascendiendo y descendiendo por otro enorme saliente rocoso que los condujo hasta los árboles. Y, sí, allí había agua: un arroyuelo que borboteaba a través del bosque, lo suficientemente ancho para mantener a una familia de patos y a un par de matas de bambú morado.

Los dos amigos partieron todas las cañas con las que podían cargar. Cuando ya tenían la boca llena y dolorida de sujetarlas, Rayo arrancó unos cuantos puñados de hojas y se los metió entre los dientes.

Para cuando llegaron junto a los pandas de Estanquecristalino, Hoja creía que se le iban a desencajar las mandíbulas. Soltó las cañas en cuanto pudo —algunas se desperdigaron rodando por la herbosa ladera— y se frotó el hocico con las zarpas. Pero no podía perder el tiempo con sus propios achaques. Arrancó hojas del bambú de vena roja y del morado, y corrió hasta el árbol bajo el que seguían desmadejados Jacinta y Carrizo.

Jacinta parecía más débil aún que antes, y la respiración de Carrizo se había vuelto más lenta, hasta casi equipararse con la de su madre.

—He vuelto —anunció Hoja, y el osezno se movió un poco, pero no abrió los ojos.

Tratando de contener el pánico, la joven panda partió las hojas en pequeños pedacitos, y, con delicadeza, los sostuvo ante la nariz de Jacinta.

—Por favor, intenta comerte esto —le pidió—. Te ayudará a sentirte mejor, te lo prometo. Por favor, inténtalo…

Jacinta movió levemente el hocico, pero luego volvió a quedarse inmóvil. A Hoja le dieron ganas de tirarse al suelo frente a la osa y suplicarle que comiera, pero sabía que eso no serviría de nada. Tenía que mantener la calma, por Carrizo y por todos los pandas cuyas miradas notaba sobre ella. Tragó saliva y puso una de sus zarpas sobre la inerte Jacinta.

—Gran Dragón —susurró—. En el Banquete de la Luz Larga, tus humildes pandas se inclinan ante ti. Gracias por el regalo de este bambú medicinal, y por la resistencia que nos concedes.

«Por favor —pensó—. Por favor, Jacinta, resiste…».

Jacinta tomó aire, agitando las hojas de bambú que tenía delante de la boca. Luego sacó la lengua y recogió los trocitos de la palma de la joven. Hoja contuvo la respiración. Jacinta apenas era capaz de masticar, pero al final se lo tragó todo.

Hoja soltó un profundo suspiro y se apresuró a trocear más bambú para acercarlo a la boca de Jacinta. Esta vez, la enferma sacó la lengua casi de inmediato. Hoja continuó dándole el remedio, parándose sólo para colocar un poco delante de Carrizo. El pequeño lo olfateó y, acto seguido, sin abrir los ojos, estiró el cuello y lo engulló. A Hoja se le estaba acelerando el corazón cada vez más, pero, con cada bocado, Jacinta pareció ir recuperando un poco de energía, hasta que por fin abrió los ojos muy despacio.

—¿Hoja? —preguntó con la voz quebrada, en apenas un susurro.

—Sí, soy yo —respondió la joven con una sonrisa radiante—. Vas a ponerte bien del todo, no te preocupes.

—Deja que ahora me encargue yo —dijo una voz a sus espaldas—. Tú vete a descansar un poco.

Era Enebro. Él tampoco tenía muy buen aspecto, pero Hoja dejó que le quitara las cañas de bambú, y el viejo panda empezó a trocearlas poco a poco.

De repente, se sintió agotada y se derrumbó sobre la blanda hierba.

Todos los pandas y los pandas rojos se apiñaron a su alrededor y comenzaron a comer un poco de las dos clases de bambú. Los pandas mascaban las cañas para que los pandas rojos pudieran alcanzar la pulpa

verde y fibrosa. Hoja notó que Rayo se sentaba a su lado y se recostaba contra ella.

—Gracias a los dos… —les dijo Raudo Sanador cuando todos sus amigos habían tomado al menos unos pocos bocados de cada bambú—. ¡Y gracias al Gran Dragón por enviaros hasta nosotros!

Hoja y Rayo intercambiaron una mirada.

—Creo que ha llegado el momento —murmuró su amigo.

La joven panda asintió. Estaba tan nerviosa que se le había hecho un nudo en el estómago, pero sabía que Rayo tenía razón.

Raudo y unos pocos pandas los estaban mirando. Hoja se puso en pie rígidamente y se aclaró la garganta.

—Tengo que deciros una cosa —empezó.

Todos los pandas y los pandas rojos que podían moverse se giraron hacia ella. La joven respiró hondo antes de volver a hablar.

—Creo que es cierto que el Gran Dragón nos ha enviado hasta aquí, y además he tenido una visión al inclinarme sobre el estanque. Así es como he sabido que estaba envenenado. He visto cómo se volvía negro. Y ésa no es la primera visión que he tenido. Porque yo… yo soy portavoz del Dragón.

Nadie dijo nada durante unos interminables segundos, hasta tal punto que Hoja casi deseó poder retirar lo dicho para terminar con el silencio. Ahora que se había oído a sí misma contándolo en voz alta, le pareció de lo más absurdo. ¿Por qué iban a creerla?

—¡Oh! —exclamó Maguillo—. Por supuesto. ¿Cómo es posible que no lo hayamos visto antes?

Hoja lo miró parpadeando.

—Es cierto… —dijo Montero Saltador—. Tú tuviste una visión cuando nos perdimos en la montaña. ¡Viste al Dragón! ¡Y ninguno de nosotros se dio cuenta de qué significaba eso!

—¡Portavoz del Dragón! —proclamó Hierba, inclinando la cabeza—. ¡Volvemos a tener portavoz del Dragón!

Varios pandas inclinaron la cabeza también, y Hoja se encontró haciendo un esfuerzo para no echarse a reír, de tan aliviada que se sentía.

—Serás la mejor portavoz del Dragón que hemos tenido nunca —dijo Sagaz Trepador, corriendo hacia ella para apretar su enorme zarpa entre sus diminutas garras.

—Eres buena y sincera. Serás una portavoz maravillosa —se sumó Jacinta con voz ronca, apoyada todavía contra su árbol.

—¡Hurra por Hoja! —chilló Carrizo.

La joven panda bajó la cabeza.

—Significa muchísimo que todos vosotros creáis en mí… No puedo expresar cuánto os agradezco… —Tuvo que detenerse para no dejarse llevar por la emoción, temiendo no poder seguir adelante—. Pero hay algo más que debo contaros. Se avecina un cambio…

¿Por dónde empezaba a explicarles lo de Cazasombras, tía Pruna, Lluvia y el trillizo perdido?

Lo expuso lo más sencillamente que pudo, y, aunque los pandas rojos se mostraron un poco disgustados cuando les habló de los días que habían pasado con el tigre —después de todo, Cazasombras había matado a uno de los suyos—, todos parecieron aceptar el resto de la historia.

—Yo misma no comprendo exactamente qué significa todo esto… —concluyó—. Pero sé que siempre haré lo que pueda por el Reino del Bambú, sea lo que sea.

—¿Seguro que estáis lo bastante bien para esto? —le preguntó Hoja, por tercera vez, al pequeño grupo de pandas rojos que la rodeaba.

Sólo había pasado un día desde que Rayo y ella les habían llevado el bambú medicinal, y muchos de los pandas aún estaban recuperándose.

—Rayo y yo podemos ir solos… —añadió.

—Tonterías —la interrumpió Errante—. Sólo tenemos que internarnos en el bosque para buscar el rastro oloroso de esos murciélagos, no creo que tengamos ningún problema.

—Abandonaste tu misión para ayudarnos —añadió Sagaz—. Nosotros te ayudaremos a encontrar el rastro de nuevo. Debes seguir las señales del Gran Dragón y localizar a tu trillizo, ¡por el bien de todo el reino!

Hoja se ruborizó, encantada, pero también un poco intimidada por el hecho de que los pandas rojos se tomaran tan en serio su historia. ¿Y si resultaba que todo aquello no era en absoluto lo que ella creía? El Dragón no le había dicho directamente que encontraría a su trillizo si seguía a los murciélagos; aquello sólo era un presentimiento.

Aun así, se sentía igualmente agradecida. Echaron todos a andar, desplegándose en dirección al claro del ginkgo en el que Rayo y ella habían encontrado a Murta.

Ya habían pasado unos días desde que estuvieron allí. ¿Quedaría algún rastro todavía? Hoja no pudo evitar sentirse esperanzada mientras olisqueaba alrededor del árbol en el que habían dormido y rebuscaba entre la vegetación,

intentando detectar el olor de los murciélagos o de sus excrementos. Pero tal vez había llovido, o el viento había secado cualquier rastro y se lo había llevado, porque no encontró nada.

Con un suspiro de resignación, fue en busca de Rayo, que se había alejado más, y al llegar a un espacio abierto en lo alto de una colina, miró hacia abajo y vio que todos los pandas rojos estaban apiñados alrededor del tronco de un árbol muy grande.

La joven panda se apresuró a bajar la ladera hasta el árbol, sintiendo que su pulso se aceleraba. Antes incluso de que le dijeran nada, vio que los pandas rojos habían encontrado algo por la expresión de sus caras.

—¡Han dormido aquí! —exclamó Rayo—. Y hace bien poco. ¡Su olor está por todo este árbol!

—Eh, mirad esto —dijo Errante, apareciendo por detrás del tronco con la cola alzada de la emoción.

Los pandas rojos y Hoja la siguieron a toda prisa, y Errante los guió hasta una hilera de árboles y señaló unos cuantos excrementos en los troncos.

—Han salido volando en esa dirección. Me apostaría la cola.

—¿Qué vais a hacer ahora? —les preguntó Sagaz.

Hoja y Rayo intercambiaron una mirada.

—Creo que debo ir tras ellos —respondió la panda.

—Y yo voy contigo —añadió Rayo—. Obviamente.

Sagaz acarició la barbilla de Rayo con el hocico.

—Ten cuidado, hijo, y vuelve pronto.

—Vosotros no vais a quedaros en Estanquecristalino, ¿verdad? —quiso saber Hoja, preocupada.

Sagaz se volvió hacia ella.

—No, portavoz Hoja. Ahora es Estanqueoscuro. Nos trasladaremos en busca de agua fresca. Vayamos adonde vayamos, sabemos que nos encontraréis.

—Por supuesto. —Hoja miró hacia el bosque que se extendía ante ella. Volvía a tener una dirección que seguir. El Dragón no había dejado que perdiera el rastro—. Encontraré al tercer trillizo, y los tres cumpliremos nuestro destino. Esperad y veréis.

15

—¡Te atraparé!

Fantasma agachó la cabeza y echó a correr por el valle. Vio las zarpas negras y la corta cola de su presa esfumándose tras una roca, y aumentó la velocidad. Pero cuando rodeó la peña, Pebre había desaparecido.

—¡Buuu! —exclamó una voz, y Fantasma se sobresaltó, perdió el equilibrio y cayó de costado mientras Pebre asomaba la cabeza por detrás de la roca.

El joven osezno soltó una carcajada tan fuerte que también se cayó de espaldas, sacudiendo las patas en el aire.

—De acuerdo, me has atrapado tú a mí —se rió Fantasma, poniéndose en pie.

Pebre se incorporó, alisándose el pelo de detrás de las orejas.

A Fantasma le caía bien el pequeño panda. Era un poco raro, pero también divertido, y nunca había cuestionado su pelaje blanco ni su extraña crianza. Una vez más, una voz desde el fondo de su mente le hizo la pregunta que era incapaz de responder:

«¿Cómo podría este osezno ser el responsable de la muerte del portavoz del Dragón y de la destrucción del Reino del Bambú?».

Aunque Ocaso sí tenía razón en una cosa, de la que Fantasma estaba cada vez más convencido a medida que pasaba más tiempo jugando con Pebre y enseñándole el territorio: el pequeño ocultaba algo. Respondía a las preguntas, pero nunca directamente. Sólo hablaba de sus hermanos como una unidad; nunca nada del tipo «Astilla decía…» o «Cellisca solía…», sino siempre «mis hermanos», y lo único que contaba de su extraña historia era que se había perdido en la oscuridad y que no recordaba dónde se había separado de ellos o de su madre.

—Venga, ahora te toca a ti perseguirme —le dijo Fantasma—. ¿Listo?

Pebre se puso en pie y se agazapó.

—¡Listo!

—Vale… ¡adelante!

Fantasma echó a correr hasta el fondo del pequeño valle y luego siguió por una ladera. Oyó a Pebre corriendo y riendo tras él, y redujo un poco el paso mientras giraba para trepar por un montón de piedras. Después de todo, tenía que asegurarse de no perder al pequeño.

Subieron y bajaron colinas a la carrera, con Fantasma alejándose más y más del claro de los banquetes y del centro de Lomapróspera. Al final, el joven distinguió la arboleda a la que se dirigía. Tras echar un último vistazo por encima del hombro para comprobar que Pebre seguía allí, ascendió lo que quedaba de la ladera y se metió entre los árboles, hasta el pequeño y sombreado claro que estaba rodeado de altos helechos por todos los lados, excepto por uno.

Ocaso levantó la vista con la aparición de Fantasma, que se detuvo para recuperar el aliento. No se dijeron nada, pero el portavoz le lanzó una mirada interrogativa, y él asintió. Luego se hizo a un lado para no bloquearle el paso a Pebre.

El pequeño irrumpió en el claro y frenó en seco delante de Ocaso.

—¡Te pillé! —rió el portavoz.

Fantasma reparó en la expresión recelosa de Pebre, antes de que se transformara en una sonrisa alegre. Luego, el osezno se sentó, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Hola, portavoz del Dragón! —exclamó.

Sin decir nada, Fantasma fue a sentarse detrás de Pebre, repantigándose en el blando musgo entre el pequeño cachorro y la salida del claro.

Pebre miró alrededor.

—¡Ahí estás, Fantasma! Te he encontrado.

Se acercó a entrechocar la nariz con su joven amigo, que hizo lo posible por sonreír.

—Ven a sentarte conmigo, Pebre —le indicó Ocaso.

Si el pequeño había notado la tensión del ambiente, no dio muestras de ello. Aceptó el bambú que Ocaso empujó hacia él y se sentó a comérselo, sin mirar más a Fantasma ni al hueco entre los helechos.

—Gracias, portavoz del Dragón —dijo con la boca llena de hojas de bambú.

—¿Te estás adaptando bien? —le preguntó Ocaso, antes de morder su propia caña de bambú y partirla limpiamente en dos.

—Oh, soy muy feliz aquí —contestó Pebre—. Sólo espero que mis hermanos aparezcan pronto.

Fantasma sintió, de algún modo, que el osezno se había equivocado al mencionarlos tan pronto. Pero no sabría decir exactamente por qué.

—¿Dónde los viste por última vez? —quiso saber Ocaso—. Hemos mandado pandas a buscarlos, pero no han encontrado nada… Sería mucho más fácil si supiéramos por dónde empezar a buscar.

—En el Bosque del Norte —dijo el osezno.

—El Bosque del Norte es un lugar muy grande —replicó el portavoz con una risita—. ¿Y qué hay de tu madre? ¿Cómo dijiste que se llamaba?

Fantasma sabía con certeza que Pebre no había pronunciado jamás el nombre de su madre. Se quedó inmóvil, masticando y mirando la amable cara de Ocaso.

—Yo sólo la llamaba mamá —respondió el pequeño panda.

—¿Y dónde la viste por última vez?

Pebre arrugó la frente, frunciendo el hocico con el esfuerzo de recordar.

—Hummm… Fue cuando el suelo tembló. Había un árbol grande y alto, y una roca a la que me agarré…

«¿Un árbol alto y una roca? ¡Podía estar hablando de cualquier parte!».

Fantasma trató de no mirar demasiado fijamente a Pebre, pero es que no lograba comprenderlo del todo. ¿Podía estar haciendo aquello a propósito? ¿Por qué querría que no encontraran a su familia? ¿Realmente era posible que aquel osezno ya tuviera un plan, un oscuro motivo oculto para ir a Lomapróspera y presentarse como un trillizo, pero sin dar después más información al respecto?

No tenía ningún sentido.

Era evidente que Ocaso también pensaba que no tenía sentido.

—¿Y qué me cuentas de tus hermanos? —insistió el portavoz—. ¿Cómo se llamaban?

En los ojos de Pebre se encendió un brillo descarado.

—Yo los llamaba Maloliente y Remolón —respondió con una gran sonrisa.

—Maloliente, Remolón y Pebre… —dijo Ocaso sin alterarse. Incluso pareció tomárselo en serio durante unos segundos.

Luego se inclinó hacia delante, dando una fuerte palmada contra el suelo y astillando la caña de bambú bajo su peso, y acercó la cara a la de Pebre, en la que se desvaneció por completo la expresión traviesa.

—Sus verdaderos nombres —gruñó el portavoz.

Pebre miró de reojo a Fantasma por primera vez, que sintió que se le encogía el corazón. Deseaba ayudar a su nuevo amigo, pero ¿cómo iba

hacerlo, si su amigo podía estar conspirando en contra de Ocaso y de todo el reino?

Al comprender que Fantasma no iba a salir en su defensa, Pebre pareció tomar una decisión, pero en vez de hacer lo más sensato y revelarle a Ocaso el nombre de sus hermanos, forzó otra sonrisa descarada ante la mismísima cara del portavoz del Dragón:

—No me acuerdo —repitió de nuevo.

«¿Es que se ha vuelto loco? —pensó Fantasma—. ¿Por qué se comporta así? Eso es claramente sospechoso. Estoy seguro de que se le podría haber ocurrido una mentira mejor que ésa. Es como si pensara que ya ha ganado».

—Pues será mejor que lo recuerdes pronto… —le dijo Ocaso acercando todavía más el hocico al de Pebre, con una voz tan profunda que Fantasma notó cómo le vibraba en la boca del estómago—. O descubrirás que Lomapróspera puede ser un lugar mucho menos acogedor. —Se incorporó, y la rabia de su rostro se transformó en una entrenada sonrisa amistosa—. Fantasma no se separará de ti. Después de todo, con esa memoria tan mala que tienes, podría pasarte cualquier cosa si te quedaras solo.

Fantasma observó a Pebre mientras el pequeño corría por el sendero para saludar a Guijarro y Peonía, que estaban sentados frente al río.

Aquel joven osezno se comportaba de un modo muy extraño. A Fantasma no le cabía duda de que había entendido que Ocaso lo estaba intimidando, pero, en cuanto salieron del claro, pareció dejar todo aquello atrás. Y tampoco daba la impresión de guardarle rencor a Fantasma, aunque el portavoz prácticamente le había dicho que el joven trabajaba para él y que no lo perdería de vista. Pebre sabía que ni se fiaban de él ni se creían sus historias, pero eso no parecía empañar su buen humor.

¿Qué estaba planeando? ¿Y por qué? Las distintas posibilidades daban vueltas en la mente de Fantasma, unos oscuros pensamientos que en realidad preferiría no tener. Quizá el osezno pretendía robar la piedra azul, o hacerla añicos… Quizá intentaría darle a Ocaso bambú envenenado o alguna otra clase de comida en mal estado… Quizá iba a engañarlo para que cayese al río o por un precipicio…

Fuera lo que fuese lo que Pebre intentase a hacer, Fantasma estaría allí para detenerlo.

Al cabo de un rato, el pequeño osezno bostezó con ganas y le dijo a Fantasma que se iba a echar una cabezada. El joven panda masculló que era

una buena idea y fingió bostezar también. Fueron hacia los lechos de los pandas, y Pebre se dejó caer alegremente en el que pertenecía a Guijarro, y, al cabo de unos instantes, se quedó dormido como un tronco. O al menos eso era lo que parecía. Fantasma se sentó, sin poder dejar de mirarlo, asombrado de que pudiera relajarse tanto. Fuera cual fuese su malvado plan, debía de estar muy seguro de que iba a funcionar…

—Hola —dijo una voz.

Fantasma levantó la cabeza y vio que Astilla se dirigía hacia él por la ladera. Agitaba la cola, y el joven panda supo de inmediato que algo la incomodaba. Le sonrió, contento de verla tras pasarse el día entero siguiendo a Pebre por todas partes, pero ella no le devolvió la sonrisa. La leoparda se detuvo sobre una roca, justo por encima de donde estaba durmiendo el osezno.

—¿Puedo hablar un momento contigo? —le susurró a su hermano—. Preferiría no hacerlo aquí.

«¿Acaso ha oído algo sobre Pebre?», se preguntó Fantasma.

—No puedo irme muy lejos —le respondió en voz baja.

—Oh, sí, eso ya lo sé.

Fantasma la miró fijamente. ¿Estaba… enfadada con él? Astilla se alejó unos pasos, y el joven la siguió sin dejar de mirar hacia atrás para asegurarse de que desde allí podía vigilar a Pebre.

—¿Qué ocurre? —le preguntó cuando ella se detuvo por fin.

Su hermana se sentó muy recta y frunció el ceño. Fantasma reparó en que había crecido desde su llegada a Lomapróspera; siempre sería menuda para una leoparda de las nieves, pero había perdido algunos de sus rasgos de cachorrita. Parecía, más que nunca, una versión en miniatura de Hibernal.

—Os he oído —respondió Astilla—. A Ocaso Bosqueprofundo y a ti. Os he seguido y me he enterado de lo que decíais. ¡Estabais amenazando a ese osezno! ¿Por qué?

Fantasma se sorprendió un poco, pero luego suspiró, negando con la cabeza.

—Yo… supongo que podría haber dado esa impresión… Si no sabes lo que yo sé.

—Ah, ¿sí? —Astilla lo miró con escepticismo—. ¿Qué te cuenta Ocaso para que te parezca bien engañar, acorralar y acosar a otro panda de esa manera? No es propio de ti, Fantasma —añadió, ablandándose un poco.

—Es un secreto.

Fantasma arañó el suelo, frustrado. Aquel secreto era enorme, y muy importante. Ansiaba contárselo a su hermana, pero sabía que no podía… Además, ella no creía en el Gran Dragón, así que, ¿qué podía decirle para que creyese en la profecía de Ocaso?

—Están ocurriendo cosas… Cosas importantes que tú no entenderías.

Astilla alzó una ceja.

—Yo entiendo más de lo que tú piensas, Fantasma. Ocaso te está utilizando.

—¿Qué? —resopló el joven—. ¡No! Eso es ridículo. Yo hago cosas para él porque es el portavoz del Dragón y es importante que… ¡Además, es mi amigo! Ha sido amable conmigo. Me ha aceptado cuando la mitad de los pandas de aquí, probablemente, querrían echarme sólo por ser diferente.

—Y tú estabas desesperado por que te aceptaran, ¿verdad? Y Ocaso lo sabía. —Astilla suspiró hondo—. Está utilizando eso para que hagas lo que él quiere. He oído cómo lo decía.

A Fantasma se le aceleró el corazón.

—Eso es una tontería, y lo sabes.

—Ah, ¿sí? —Astilla se puso en pie y comenzó a pasearse delante de su hermano y de un lado a otro, como el tigre de la ribera del norte—. Entonces, supongo que soy una mentirosa, ¿no? He oído a Ocaso, Fantasma; estaba hablando con Biznaga, Horizonte y Ciprés. Ha dicho: «Fantasma es fuerte y sanguinario, pero no os preocupéis; ¡es demasiado estúpido para representar una amenaza!». Ésas han sido sus palabras exactas. ¡Llevan todo el día dando vueltas en mi la cabeza!

Fantasma se la quedó mirando sin pestañear.

Era imposible. Esa conversación era imposible.

—¿Por qué me estás diciendo eso? ¿Por qué te inventas algo así? Ya sé que no te gusta estar aquí… Lo que te pasa es que estás celosa, ¿verdad?

—¿Celosa? ¿De Ocaso y de ti? —Astilla le mostró los colmillos.

—No… —respondió Fantasma. Las piezas parecían estar empezando a encajar—. Celosa de que yo haya encontrado por fin mi lugar en el mundo. Cuando éramos cachorros, siempre era yo el que parecía estar fuera de lugar. Tú siempre has tenido esa ventaja sobre mí. Ahora he llegado al lugar al que pertenezco, y tú no puedes soportarlo.

—Fantasma, no estás diciendo más que cagarrutas de pika —gruñó Astilla —. Déjalo ya.

—No, no voy a dejarlo. Me gusta vivir aquí. Ahora tengo amigos de verdad, pero tú no has dejado de quejarte desde que llegamos. Lo único que

haces es pensar en que estaríamos muchísimo mejor si todavía viviéramos en las Montañas de las Cumbres Blancas y siguiéramos las huellas del Felino de las Nieves. Si te parece tan horrible estar aquí, ¿por qué no vuelves a las montañas?

Astilla lanzó un bufido, erizando el pelo del cuello como si estuviera enfrentándose a un leopardo rival.

—¡Quizá debería hacerlo! —gruñó—. Tienes razón, éste no es lugar para un leopardo de las nieves, y si tú prefieres creer a ese embustero en vez de a tu propia hermana, quizá sí que es verdad que éste es tu sitio. Me marcho a casa. Puedes venir a buscarme cuando tu adorado portavoz del Dragón termine traicionándote.

Y dicho eso, pasó junto a Fantasma a grandes zancadas, rozándolo levemente, y echó a correr.

«¡Espera…!». Aquella palabra acudió a su garganta de inmediato, pero murió mientras Astilla se internaba en el bosque y desaparecía, dejándolo solo.

Fantasma se acercó sigilosamente al borde del río y miró al otro lado, olfateando el aire.

—Creo que se ha ido —dijo en un susurro.

Ocaso apareció a sus espaldas.

—Bien. Un tigre es un inconveniente que en estos momentos no necesitamos.

Su tranquila voz no revelaba rastro alguno del miedo que Fantasma había visto en sus ojos cuando descubrieron al tigre en la orilla opuesta. No podía culparlo por disimularlo. Y desde luego, eso no lo convertía en un embustero.

Había estado dándole vueltas a las palabras de Astilla durante todo el día. Estaba seguro de que su hermana se había equivocado, de que había oído a otro panda hablando mal de él —Biznaga, probablemente—, o tal vez se lo había inventado todo sólo para molestarlo.

Ya la echaba de menos, aunque intentaba no pensar en ella.

Pebre no había hecho nada significativo durante el resto del día, aparte de comer, jugar con los desprevenidos pandas de Lomapróspera y seguir contando historias sobre sus hermanos que quizá fueran ciertas, pero que eran exasperantemente imprecisas. Ocaso había dejado al pequeño a cargo de Guijarro mientras Fantasma y él cruzaban el río para unirse a la búsqueda de más pandas perdidos, con la esperanza de encontrar a los hermanos de Pebre

incluso sin su ayuda. A Fantasma le preocupaba la elección de Ocaso. Guijarro era agradable… Quizá un poco demasiado agradable para esa tarea.

Intentó centrarse en dónde ponía las patas mientras pasaba junto a las Rocas Ovales por la senda fluvial. Ahora era un poco más ancha y menos caudalosa, con el río retrocediendo más aún hacia su antiguo cauce.

«Lo más probable es que Astilla ya haya cruzado por aquí», pensó mientras chapoteaba a través de la helada agua, hacia la orilla del norte.

Ahora que ya llevaba bastante tiempo en Lomapróspera, le extrañó que hubiera llegado a considerar el Bosque del Norte como un lugar abrumadoramente verde y frondoso. En cuanto llegaron a la otra orilla y se alejaron del borde del río, las colinas empezaron a parecer más peladas. Vieron algunas matas de bambú de vez en cuando, pero nada semejante al bosque de bambú que crecía al otro lado. Los árboles eran altos y delgados, y el musgo del suelo estaba húmedo, pero no era tan mullido.

Primero avanzaron río arriba, ascendiendo por una empinada ladera y sin dejar de buscar rastros de pandas jóvenes. Fantasma daba por hecho que reconocería a los trillizos perdidos en cuanto los viera; probablemente serían iguales que Pebre.

Se detuvieron en la cima, y Ocaso observó el Bosque del Norte frunciendo el hocico.

—Esos trillizos sin duda estarán de camino hacia aquí. Querrán reunirse con su hermano. Yo preferiría que nosotros los encontráramos primero, así no tendrán tiempo de comparar sus historias.

Fantasma asintió despacio.

—Ocaso… ¿tú crees que ya es tarde para Pebre? Quiero decir… ¿crees que el Dragón te advirtió sobre los trillizos a tiempo para que intentaras que no se volvieran malos?

—Si tengo que guiarme por el comportamiento de Pebre, me preocupa que ya sea demasiado tarde para eso —respondió el portavoz—. Pero espero que no.

Siguieron adelante durante el resto de la Luz Larga y el Descenso del Sol, recorriendo una amplia ruta, primero río arriba y después río abajo, partiendo siempre de las Rocas Ovales. Celebraron juntos el Banquete del Descenso del Sol en una ladera cubierta de helechos marrones, y Fantasma se sintió, a la vez, privilegiado y un poco azorado por recibir la bendición del portavoz del Dragón para él solo.

Encontraron rastros de pandas mientras caminaban, pero eran viejos y tenues, y Fantasma empezó a pensar que los otros trillizos se habrían ido en

otra dirección, o que estaban escondidos en algún lugar mucho más lejano.

Los últimos rayos del sol se colaban ya oblicuamente entre los árboles, proyectando brillantes rayos de luz y sombras profundas y oscuras, cuando captaron un olor mucho más reciente. Ocaso plantó las orejas y dejó que Fantasma se pusiera en cabeza; éste empezó a olisquear a través de la vegetación hasta llegar a un ralo bosque de ginkgos alfombrado de descoloridas hojas amarillas.

Allí estaba sentada una osa panda, con una caña de bambú entre las zarpas. Se giró hacia ellos… y Fantasma dio un respingo al reconocerla y se quedó mirándola, abatido.

Era una hembra demasiado mayor para ser una de los trillizos, y tenía una larga cicatriz en el hocico, producida por un zarpazo. La osa miró a Fantasma con los ojos desorbitados, reconociéndolo a su vez, horrorizada.

Esa cicatriz la habían provocado sus propias garras. Aquélla era la panda a la que Fantasma había atacado en la cueva de la montaña.

Ella se levantó de un salto y retrocedió de inmediato, gruñendo.

—Espera —le pidió Fantasma—. Yo…

Quería decirle que lo lamentaba, que pensaba que ella lo estaba atacando en la oscuridad, que se alegraba de ver que estaba viva… Pero la mirada de la panda se había desviado hacia Ocaso, que acababa de aparecer en el bosque por detrás de él.

—Tú… —susurró la osa, interrumpiendo las disculpas de Fantasma—. Te conozco. Eres Ocaso Bosqueprofundo… —Dejó de retroceder y empezó a avanzar, mostrando los colmillos—. Así que el monstruo blanco es tuyo, ¿eh? Un falso portavoz del Dragón que ha perdido sus poderes y se ha decantado por la violencia. Bueno, pues no te hará ningún bien matarme ahora.

Fantasma miró de soslayo a Ocaso. ¿De qué estaba hablando aquella panda?

—Pruna Altoárbol —dijo el portavoz con voz glacial—. Yo también me acuerdo de ti. Y me temo que te estás equivocando.

—Ah, ¿sí? ¿Y en qué me equivoco? ¿Acaso no eres un fraude, Ocaso Bosqueprofundo? ¿No enviaste a este oso a las montañas en busca de los cachorros de mi hermana? Lo que está claro es que sois un par de mentirosos malvados…

—¡Yo no estaba buscando a nadie en las montañas! —intervino Fantasma—. No sé de qué estás hablando, y Ocaso, tampoco. ¡Y él no ha perdido sus poderes!

Pruna se limitó a mirar a Ocaso sacudiendo la cabeza, rodeándolo y frunciendo su hocico atravesado por la cicatriz.

—Quizá pienses que ya te has librado de uno de ellos —gruñó la panda—, pero te lo digo ahora: los tres trillizos de Orquídea están vivos.

Fantasma volvió a mirar a Ocaso, sorprendido. El portavoz tenía los ojos dilatados y miraba fijamente a Pruna, como si él tampoco pudiera creerse lo que estaba diciendo la osa.

—Cazasombras ya ha encontrado a dos, que saben su destino y van a venir a por ti —continuó Pruna—. Yo ayudaré a que te desenmascaren como el embustero que eres… ¡y serán portavoces del Dragón mucho después de que tú hayas muerto! —Y dicho eso, Pruna echó a correr por el claro, derecha hacia Ocaso.

El portavoz soltó un potente rugido y también se abalanzó hacia ella. Fantasma apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que los dos estuvieran violentamente enzarzados, arañándose y mordiéndose. Pruna hundió los colmillos en el omoplato de Ocaso, que aulló de dolor y retrocedió al fallarle las patas. La osa lo tiró al suelo, pero el portavoz se revolvió rugiendo, consiguió incorporarse y le arañó los costados, dejándole profundos cortes a lo largo del lomo, que empezó a sangrar de inmediato.

«¿Cómo… cómo puede estar pasando esto?», pensó Fantasma. Había sangre y mechones de pelo por el suelo, el portavoz del Dragón estaba mordiéndole la pata a Pruna, que tenía una zarpa contra su cara, intentando empujarlo…

Fantasma sintió como si estuviera avanzando a través de una espesa niebla mientras corría hacia ellos. Bajó la cabeza y embistió a Pruna con todas sus fuerzas, y la osa cayó de espaldas y rodó por el suelo.

—¡No te acerques al portavoz del Dragón! —bramó el joven—. ¡Atrás!

La panda se levantó penosamente, sin apoyar la pata que Ocaso le había mordido.

—Pagarás por esto —bufó.

Ocaso abrió su enorme boca y soltó un rugido que pareció sacudir las hojas de los ginkgos. Luego se abalanzó de nuevo hacia Pruna, y Fantasma corrió a su lado. Pero era evidente que la osa sabía que había perdido, porque dio media vuelta y salió disparada entre los árboles, renqueando y dejando atrás mechones de pelo y un reguero de sangre.

El portavoz se detuvo en el lindero del bosque, observando cómo se alejaba.

—Estás herido —le dijo Fantasma, mirando la dentellada que tenía en el omoplato.

—Estoy perfectamente bien —respondió Ocaso—. He sobrevivido a cosas peores.

Miró ceñudo a Pruna unos instantes más, con una expresión de rabia abrasadora. Luego se giró hacia Fantasma y se desfondó, bajando la mirada al suelo. La furia de su rostro se vio reemplazada de inmediato por la compasión.

—Esa… esa pobre panda… La conozco desde antes de la inundación. No ha sido siempre así. —Miró a Fantasma a los ojos—. ¿Es verdad que esa cicatriz se la provocaste tú en las montañas?

El joven asintió, completamente abatido.

—¡No era mi intención! Estaba muy oscuro dentro de la cueva, yo nunca había visto a un panda y ella vino corriendo hacia mí…

Se quedó callado. No sonaba demasiado convincente, ni siquiera para él mismo, aunque era la verdad. ¿Qué diría Guijarro cuando se enterase? ¡Los pandas de Lomapróspera lo rechazarían para siempre!

Ocaso levantó su zarpa delantera sana y la posó sobre el hombro de Fantasma.

—Conmigo no tienes que justificarte. Yo te creo. Pero me parece que eso explica esta… esta locura. Es probable que la herida se le haya infectado y que la enfermedad haya confundido la mente de esa pobre panda.

—No… —gimió Fantasma, sintiéndose mareado, como si el suelo estuviera moviéndose bajo sus patas—. ¿Yo le he hecho eso a esa pobre panda? Yo… yo sólo estaba asustado. ¡No pretendía que pasara nada de todo esto!

Ocaso suspiró.

—No te preocupes. Sé que no ha sido culpa tuya, y no se lo contaré a los demás. De hecho, creo que lo mejor será que todo este desafortunado incidente quede entre tú y yo. Los demás no necesitan saber el estado en que se encuentra Pruna.

Fantasma asintió, resoplando aliviado. Ocaso era un gran amigo. Y respecto a lo que había dicho Pruna sobre los trillizos… supuso que el portavoz y él podían comentarlo en otro momento.

—Vámonos a casa —dijo Ocaso—. Una vez más, me alegro de que estuvieras conmigo, Fantasma.

Un pequeño estallido de orgullo eclipsó la culpabilidad en el corazón del joven y lo caldeó a pesar del frío aire vespertino.

—Puedes apoyarte en mí para caminar, si lo necesitas —se ofreció Fantasma, colocándose junto al portavoz por el lado que no había sufrido heridas.

—Gracias —contestó Ocaso—. No sé qué habría hecho sin ti.

16

Lluvia estaba tumbada boca abajo, respirando despacio, tras un muro de ondeantes cañas de bambú.

Estaba esperando. Llevaba esperando dos días, desde la Luz Gris hasta el Descenso de la Luna. Había ido aproximándose sigilosamente al centro de Lomapróspera, hasta encontrar un lugar estratégico desde el que pudiera ver sin ser vista: una pequeña roca plana que estaba cerca de la colina en la que dormían los pandas, pero protegida por un denso parapeto de bambú. Desde entonces, había estado esperando allí sin mover ni un pelo durante el día y sólo se desplazaba durante la parte más oscura y avanzada de la noche, cuando estaba segura de que ningún panda de Lomapróspera la oiría levantarse y recolectar las suficientes hojas de bambú para alimentarse. Incluso en esos momentos, reprimía el impulso de partir alguna caña o de alejarse demasiado de su escondrijo.

Dormitaba de vez en cuando, pero básicamente se dedicaba a observar. Veía a los pandas ir y venir, solos o de dos en dos, y al final del día casi todos llegaban juntos para descansar en sus huecos o en las ramas bajas de los árboles. Lluvia estaba demasiado lejos para oír nada de lo que decían, pero reparó en algunos pandas que no había visto hasta entonces; probablemente, eran el resultado de la campaña de Ocaso para reunir a todos los pandas en Lomapróspera. Estaban el extraño panda blanco y el pequeño, que parecían inseparables e iban juntos a todos lados, y algunos otros más.

A veces aquella espera le había resultado dolorosa. Había visto a Ocaso más de una vez, y no sólo no podía gruñirle, sino que tenía que ver cómo sus amigos y sus familiares lo trataban como al portavoz del Dragón que él fingía ser. Había visto a Guijarro y Peonía, y se le encogía el corazón al advertir que pasaban casi todo el tiempo juntos.

Lluvia estaba aguardando su momento, y su momento llegó por fin. La zona que rodeaba su roca estaba desierta, pero por el sendero estaba subiendo lentamente Peonía, y por fin estaba sola.

Era lo más difícil que Lluvia había tenido que hacer desde que empezó a sospechar de Ocaso, pero se obligó a esperar más todavía, sólo unos segundos más, hasta estar completamente segura de que ningún otro panda seguía a Peonía o de que estaba lo bastante cerca para oírla y acudir corriendo.

Entonces se deslizó por su roca, aterrizó sobre un montón de hojas e irrumpió en mitad del camino, a sólo un oso de distancia de su madre.

Peonía trastabilló, con las patas temblorosas.

—¡Lluvia! —exclamó con voz ahogada—. ¿Cómo…? —Luego corrió hacia ella y le cubrió la cara y el cuello de lametones y caricias—. ¡Mi pequeña! ¡Mi dulce osita!

—Vale, vale, estoy aquí… —respondió Lluvia, devolviéndole las caricias—. He vuelto, tranquila.

—¡Estás viva! —Peonía se separó de la joven para poder mirarla a la cara, como si quisiera comprobar que de verdad se trataba de ella—. ¿Cómo es posible? ¡Ocaso vio cómo te ahogabas!

Lluvia volvió a acariciar a su madre con el hocico. Ahora que había llegado el momento, casi deseaba retrasar lo que necesitaba contarle, porque sabía que le dolería mucho oírlo.

—Ocaso dijo que había visto cómo me ahogaba —la corrigió—. Pero aquí estoy, mamá. Ocaso Bosqueprofundo es un embustero.

Peonía la miró sin pestañear, y la incrédula felicidad que había sentido al verla se transformó en pura confusión. Lluvia bajó la cabeza.

—¿Podemos apartarnos del camino? —le preguntó a su madre—. Tenemos que hablar.

—Sí, me parece que tenemos que hacerlo —masculló Peonía—. Vamos. Conozco un lugar.

La hondonada a la que la condujo Peonía era un escondrijo tan bueno que Lluvia deseó haberlo encontrado por sí misma. Era una pequeña oquedad en el suelo, al pie de un árbol muy grande, completamente rodeada y protegida por altos helechos. Madre e hija atravesaron las frondas y se tumbaron muy juntas en el mullido espacio verde, apretujándose lo más posible. Lluvia apoyó la cabeza en las patas de Peonía, y ésta reposó el mentón en la coronilla de su hija, al igual que hacían cuando ella era una cachorrita.

—Cuéntamelo todo —le pidió Peonía.

A la joven le salió toda la historia de un tirón. Sus recelos hacia Ocaso, los monos, Arce, el bambú rayado… El enfrentamiento junto al río, la falsa profecía que él había intentado usar para ponerla de su lado, y, finalmente, el ataque. Mientras le describía cómo el portavoz la había inmovilizado debajo

del agua, notó que el pecho de su madre vibraba con un gruñido y que tensaba las patas por la conmoción y la rabia.

—Lo mataré —declaró Peonía—. ¿Cómo se atrevió siquiera a ponerte una zarpa encima? ¿Y a contarnos después a todos que tú te habías…? Tendría que haberlo imaginado… Jamás debería haberme creído que te habías ahogado accidentalmente.

—No es culpa tuya —le dijo Lluvia—. Ha engañado a todo el mundo. Todos creen que es el auténtico portavoz del Dragón.

Peonía empezó a levantarse.

—¡Vamos! —exclamó—. ¡Tenemos que contárselo a los demás!

—Todavía no. —Lluvia puso una pata sobre la de su madre—. Antes debería contarte el resto. Cuando estaba al otro lado del río, me sucedió algo realmente extraño.

Peonía volvió a sentarse, ladeando la cabeza con curiosidad.

—Fue otra panda quien me sacó del río —prosiguió la joven—. De mi edad, con la misma almohadilla blanca que tengo yo. Me contó que se llamaba Hoja, y me aseguró que éramos hermanas. Yo le dije que eso era una locura, pero ella me ignoró por completo. Luego me llevó a las montañas. Allí conocí a una panda mayor que se llamaba Pruna, y con ellas había un tigre… Un tigre, nada menos… que me dijo que Hoja y yo éramos parte de una camada de trillizos, hijos de una panda llamada Orquídea, y que estábamos destinados a ser… a ser… portavoces del Dragón…

Lluvia hizo una pausa, y el corazón le dio un vuelco al ver la expresión de Peonía. Su madre la estaba mirando con reconocimiento y un creciente respeto.

—Y yo les dije… que todo eso no eran más que tonterías —continuó la joven, aunque ahora con menos seguridad—. O quizá no lo sean; quizá Hoja sea realmente la portavoz del Dragón… eso podría creerlo… pero les dije que yo tengo una madre que se llama Peonía…

Se quedó callada. Daba la impresión de que Peonía apenas podía respirar. Se sentó recta, separándose un poco de Lluvia, intentando, claramente, ordenar sus pensamientos.

—Cuéntamelo —susurró la joven—. Cuéntamelo todo.

—Lluvia… tú eres mi hija, y te quiero. Siempre serás mi hija… —hizo una pausa y, finalmente, añadió—: Pero yo no te di a luz.

Lluvia lo había intuido en cuanto vio la reacción de Peonía al oír el nombre de Orquídea, pero, al oírselo decir en voz alta, sintió como si una

zarpa gigantesca hubiese agarrado toda su vida y la hubiese puesto patas arriba.

—Tu verdadera madre se llamaba Orquídea —continuó Peonía—. El tigre tenía razón en eso. Era mi mejor amiga. Vivía aquí, en el Bosque del Sur, antes de la gran inundación. Ella me contó que habías nacido justo en medio de la tormenta. Su pareja, que era tu padre y se llamaba Bulbo, fue atacado por un grupo de monos y cayó al río, y ella tuvo que dar a luz sola, en mitad de la peor tormenta que el Reino del Bambú había visto jamás.

—No estaba completamente sola… —murmuró Lluvia, casi para sí misma—. El tigre Cazasombras la encontró.

—Cuando Orquídea vino a dejarte conmigo, después de que pasara la tormenta, me dijo que había tenido gemelos y que los dos corríais un gran peligro. Me dijo que tenía que irse muy lejos para esconder al otro osezno, y me pidió que cuidara de ti y te criara como si fueras mi propia hija.

—¿Gemelos? —murmuró Lluvia—. ¿No mencionó a tres cachorros?

—No. Pero si esto es cierto, si tú eres… Bueno, entiendo que Orquídea quisiera mantenerlo en secreto, incluso conmigo. Yo… yo siempre pensé que el trauma vivido, vuestro nacimiento, la pérdida de Bulbo… había sido demasiado para ella. Cuando me dijo que estabais en peligro, jamás pensé que pudiera referirse a que…

—¿A que yo sería… portavoz del Dragón? —Lluvia se sintió mareada, como si volviera a estar en el río y se viera zarandeada de un lado a otro por las frías corrientes.

Peonía amasó el suelo nerviosamente.

—Lluvia, no sabes cuánto lo siento. Pensaba contártelo algún día. Te quiero muchísimo… ¿Podrás perdonarme alguna vez?

Lluvia la miró fijamente.

«Debería estar enfadada —pensó—. Me mentiste. Me alejé de mi hermana… mi verdadera trilliza… porque creía en tus mentiras».

Pero en su corazón no había resentimiento alguno. Rememoró sus primeros recuerdos, acurrucándose en el regazo de Peonía en las noches frías o lluviosas, o siguiéndola de camino al claro de los banquetes, con ella diciéndole que tuviera paciencia o que fuera buena, enseñándola a nadar, defendiéndola cuando se metía en problemas…

—Te perdono —dijo al fin—. ¡Por supuesto que te perdono! Tú eres mi madre, pase lo que pase. Y te quiero.

Pegó la frente a la de Peonía, que soltó una carcajada estrangulada y la acarició con el hocico.

—Yo soy tu madre. Y sea lo que sea lo que desees hacer ahora… sobre Ocaso o sobre cualquier cosa… estaré a tu lado. Tú eres mi hija y… mi portavoz del Dragón.

Entonces fue Lluvia quien soltó una carcajada nerviosa.

—No puedo creerlo… Es decir, ¿por qué? Hoja tiene madera de portavoz del Dragón, desde luego, es una auténtica creyente; le dijera yo lo que le dijese, no influía en nada en lo que ella consideraba que era su obligación con el Dragón. Pero yo… yo no soy así. Ni siquiera creía que hubiese visto al Dragón hasta… bueno, prácticamente hasta ahora mismo. —Pensó en la visión en la brumosa cascada: un dragón con tres cabezas. Pensó en los huesos del río, que había visto mientras debería estar ahogándose. Pensó en la sinuosa cosa negra que la había arrancado de las zarpas de Ocaso y se la había llevado por el agua—. Soy muy tozuda, y algo egoísta, y no suelo hacer lo que me dicen que haga. ¿Por qué habría de elegirme el Gran Dragón?

Entonces reparó en que Peonía la estaba mirando con una expresión familiar, y algo irritante, de puro amor.

—Vas a ser una portavoz del Dragón maravillosa —declaró la panda.

Lluvia puso los ojos en blanco.

—Tú tienes que decir eso. Eres mi madre.

Y aun así, sintió como si el mundo hubiera dejado de dar vueltas por fin.

A través de su cortina de bambú, Lluvia vio a Ocaso subiendo por el camino.

No estaba solo. Casi nunca estaba solo, al menos hasta donde podía saber la joven. Peonía la había ayudado a encontrar escondrijos y a moverse entre ellos, y, hasta el momento, no había pillado a Ocaso a solas ni una sola vez. O lo seguía un grupo de devotos pandas que le hacían preguntas y le llevaban noticias y obsequios, o estaba reunido con los monos dorados, o iba flanqueado por Biznaga y Ginseng, que parecían haber adoptado el papel de guardianes o consejeros… O estaba acompañado por el panda blanco.

Eran ellos dos los que ahora estaban subiendo por el sendero que pasaba junto a la loma de los lechos. Lluvia sabía que debería estar observando a Ocaso, pero no podía despegar los ojos del panda blanco. Era muy raro, más musculoso y menos esponjoso que la mayoría de los demás, y también se movía de un modo distinto; más como un felino que como un oso.

Recordó lo que había dicho Pruna sobre su atacante en la cueva de la montaña. «El monstruo blanco…». Lluvia había supuesto que se trataría de un leopardo de las nieves o de un producto de la imaginación de Pruna, pero ¿y

si estaba equivocada? Muchas de las cosas que había dado por hechas habían resultado ser erróneas. ¿Y si Ocaso había enviado a ese panda blanco a las montañas, en busca de Hoja?

Vio cómo los dos desaparecían colina arriba, y se quedó cabizbaja.

«No sé qué hacer —pensó—. Ahora que estoy aquí, no sé cuál es la mejor forma de librarme de Ocaso».

Siempre había sabido que él tenía subyugada a la mayor parte de los pandas de Lomapróspera, pero en estos momentos eso parecía peor aún que cuando se marchó. Por mucho que ella apareciera ahora en el claro de los banquetes, después de que Ocaso les hubiera dicho a todos que estaba muerta, temía que eso no fuera suficiente para que lo consideraran un embustero.

Casi podía oír la voz de Hoja en su cabeza: «Está claro que podrías haber trazado algún tipo de plan antes de volver aquí, ¿no? O buscar algún tipo de apoyo».

Mentalmente, le dio un manotazo a su hermana imaginaria.

«Ahora ya estoy aquí —se dijo—. Encontraré una forma. Sólo necesito un poco de… ayuda».

Se incorporó desperezándose y aguzó el oído por si algún panda andaba cerca. Tenía una opción que todavía no había probado, una posible fuente de consejos a la que aún no había recurrido.

Si de verdad era portavoz del Dragón, el Gran Dragón querría que tuviese éxito en su propósito.

Tardó un poco más de lo que esperaba en encontrar la cascada. Recordaba dónde estaba más o menos, pero todo había cambiado mucho desde que el río se había retirado. Las rocas que formaban la cascada sobresalían ahora en lo alto de la ribera, secas e irregulares, y en vez de una poza profunda y burbujeante, ahora las rocas rodeaban un círculo de aguas someras y tranquilas que estaban parcialmente separadas del cauce principal. Lluvia pudo ir andando hasta ellas a través de la orilla de sedimentos fangosos.

«El Gran Dragón siempre ha venido hasta mí en el río —pensó la joven—. No sé por qué, pero estoy segura de que me encuentro en el lugar correcto».

Se sentó junto a los bajíos y dejó que el agua le lamiera las zarpas. La familiar sensación resultaba relajante.

«De acuerdo, Gran Dragón —pensó—. Estoy aquí. Creo en ti. Por favor, ayúdame…».

Ahora no había ninguna cascada a la que mirar, así que la respuesta no podía llegar a través de la bruma del agua en suspensión. Lluvia se quedó mirando el remanso, concentrándose en la manera en que la luz se colaba a través de las hojas de los árboles y se reflejaba en la transparente superficie líquida. El agua estaba tan quieta que podía ver su propio reflejo devolviéndole la mirada, igual que cuando Ocaso intentó convencerla de que le estaba mostrando una visión…

El agua se oscureció. Por un instante, Lluvia pensó que sólo era una nube pasando por delante del sol, y quizá fuera así, pero los colores del remanso pasaron de verde y marrón a gris, y luego casi a negro, aunque su reflejo seguía siendo nítido.

Y entonces, por encima del hombro del reflejo apareció lentamente la cara de otro oso panda…

Era… ella también, pero los ojos eran distintos, la miraban como si no fuera ella misma.

La Lluvia de detrás se irguió, levantó las zarpas… y la empujó dentro del agua.

Lluvia chilló agitando las patas y se revolvió, lista para pelear, pero allí no había nadie. Sólo al cabo de un segundo, mirando entre los árboles sin aliento, reparó en que tampoco había notado ningún tipo de contacto.

«Era una visión…».

Volvió a mirar el remanso, pero el agua estaba clara y sus colores se veían brillantes. Su propio reflejo se veía ahora desdibujado e irregular porque ella había alterado la superficie.

«Un oso panda con mi cara… Pero no era yo…».

¿Alguien que fingía ser ella, quizá? ¿Quién quería ocupar su lugar, quitarla de en medio?

—Bueno… sí —murmuró—. Ocaso está fingiendo ser el portavoz del Dragón… E intentó ahogarme… Pero eso ya ha sucedido.

Contempló de nuevo el remanso. Su reflejo se estaba recomponiendo poco a poco, pero, por muy fijamente que lo mirara, parecía que ésa era la única visión que iba a tener.

—Escucha —masculló—. Lo estoy intentando. ¡Tú me enviaste una visión! Ahora creo, y eso es asombroso. Pero ¡la verdad es que tenía la esperanza de que fueras un poco más útil! Ya sé que Ocaso es un impostor… con lo que necesito ayuda es con la parte de detenerlo.

No hubo respuesta desde el agua.

Lluvia suspiró.

Tendría que hacerlo ella sola.

17

Ocaso estaba sentado en su roca, con los ojos cerrados y el hocico alzado hacia el cielo. Se pasaba la piedra azul de una zarpa a la otra, casi nerviosamente. Fantasma lo observaba con una creciente sensación de ansiedad. ¿Qué le estaba diciendo el Dragón? ¿Sería algo sobre Pebre?

El resto de los pandas contemplaban en silencio a su portavoz del Dragón, y Fantasma se preguntó si también habrían notado la inquietud de Ocaso. Cuanto más permanecía el portavoz con los ojos cerrados, pasándose la piedra azul de una zarpa a la otra sin cesar, más aumentaba la tensión entre los pandas reunidos en el claro de los banquetes.

«¿Es posible que Ocaso tenga problemas? —pensó Fantasma—. Los monos le han traído ese bambú rayado, pero no ha comido nada en este banquete. ¿Eso lo ayuda a oír la voz del Dragón?».

Finalmente, el portavoz soltó un gran suspiro, alzando los hombros para luego dejarlos caer. Se tambaleó un poco sobre su roca y bajó la barbilla, y entonces abrió los ojos de repente. Se quedó mirando hacia delante durante unos segundos, todavía sin hablar. Fantasma notó que los pandas que tenía al lado contenían la respiración mientras, sin pronunciar una sola palabra, Ocaso se bajaba de su roca y se plantaba entre ellos, en el mismo centro del claro.

Durante un buen rato, siguió sin hablar. Parecía estar recomponiéndose.

—Amigos míos —dijo al cabo—, el Gran Dragón me ha enviado un mensaje difícil. Está preocupado por nosotros. Estamos en peligro.

Un estremecimiento pareció recorrer el claro, erizando el pelo de todos los pandas que habían oído el aviso. Nadie dijo nada, pero Fantasma notó cómo se apretujaban hacia delante, desesperados por saber qué clase de peligro los aguardaba. El joven hundió las garras en el suelo, contemplando a Ocaso con mirada firme. Fuera lo que fuese, él estaría preparado.

—El Dragón me ha contado que en este bosque hay alguien que miente —continuó el portavoz—. Y que planea hacernos daño. Debemos estar todos vigilantes.

«¿Estará hablando de Pebre?», se preguntó Fantasma.

—Es curioso que el Dragón nunca te dé nombres —dijo una voz.

Fantasma se dio la vuelta, sorprendido, y vio a Tibias Potentes repantingado en la rama de un árbol, con la cola y una pata colgando. A su alrededor, una multitud de monos dorados observaban a los pandas o se rascaban con expresión aburrida. Fantasma frunció el hocico en un gruñido mudo. Le molestaba que los monos pudieran llegar hasta el mismísimo corazón de Lomapróspera sin que nadie los oyese y cuando les viniera en gana.

—Si yo fuese el Gran Dragón —prosiguió Tibias Potentes—, sería mucho más concreto. Te diría exactamente a quién vigilar.

—Eso no funciona así, mono irrespetuoso —replicó la anciana Bruma, que lo miró ceñuda.

—Pues tiene algo de razón —intervino Gobio.

Varios pandas se giraron hacia él, mirándolo con desaprobación, pero algunos de los jóvenes asintieron.

—¿El Gran Dragón no puede decirte algo más sobre a quién hay que buscar? —añadió el recién llegado— ¿No te ha dado ninguna pista?

Todas las cabezas del claro se volvieron de nuevo hacia Ocaso, y, por un segundo, a Fantasma le pareció ver un fogonazo de rabia arrugando la frente del portavoz, que enseguida negó con la cabeza, apenado.

—Me temo que las visiones no son así —respondió con una amable sonrisa—. Sólo un portavoz del Dragón puede experimentarlas, así que entiendo que pueda resultar extraño… Pero nosotros no debemos cuestionar la sabiduría del Dragón; sólo debemos seguir su consejo. De lo contrario, nos arriesgamos a perjudicar de nuevo el equilibrio del reino.

—La inundación —le susurró Lirio a Risco, y esa idea resonó a través de los pandas reunidos allí.

Gobio asintió con tristeza, y el portavoz dio un paso hacia el árbol en el que los monos dorados descansaban como pájaros grandotes e impacientes.

—Mi honorable amigo Tibias Potentes, ya sé que tu especie tiene que hacer grandes esfuerzos para comprender la voluntad del Dragón, y cuentas con toda mi solidaridad. Pero te sugiero que, si no puedes escuchar en silencio intentando entender, es mejor que te vayas del claro.

Tibias Potentes se desperezó, y, acto seguido, puso las dos patas sobre la rama, donde se quedó acuclillado y con las palmas en las rodillas.

—Yo sólo digo —se rió mirando a Ocaso— que el Reino del Bambú está lleno de embusteros, tramposos e impostores… ¿no es así, portavoz del Dragón? Uno más no supondrá una gran diferencia, ¿verdad?

Y dicho esto, se alejó de un salto sin esperar la respuesta de Ocaso, y la manada de monos dorados desapareció en el bosque entre chillidos y parloteos, de un modo muy distinto al que había llegado.

—Estoy seguro de que es él —Le oyó decir Fantasma a Anuro, que estaba con Piña.

—Lo único que podemos hacer con esas pobres criaturas que no saben cómo seguir la sabiduría del Dragón es compadecerlas —dijo Ocaso, aunque Fantasma se dio cuenta de que lo hacía con los dientes apretados—. Y mostrarles el camino siempre que podamos.

Y tras esas palabras, el portavoz dio media vuelta y echó a andar. Los pandas empezaron a dispersarse, la mayor parte de ellos bastante alegres, pero Fantasma conocía a Ocaso lo bastante bien para percibir la tensión de sus músculos, y pudo ver cómo iba clavando las garras en el suelo con cada paso que daba.

«Debe de ser muy difícil ser el portavoz y tener que lidiar con criaturas como Tibias Potentes —pensó, mientras lo veía marcharse—. Pero espero que no deje que ese mono lo distraiga. Tanto si el embustero es Pebre como si lo es cualquier otro, todos debemos estar vigilantes, incluido el propio Ocaso».

Fantasma se metió en el río y escudriñó la otra orilla por si volvía a ver al tigre, pero no había ni rastro de él.

El joven panda sabía muy bien cómo podía ayudar a Ocaso. El portavoz del Dragón no parecía querer hablar con nadie en aquellos momentos —quizá la visión lo había perturbado más de lo que aparentaba—, pero les había dicho que tenían que estar vigilantes, y con Pebre recogiendo bambú alegremente bajo la atenta mirada de Ginseng y Guijarro, lo mejor que podía hacer Fantasma era regresar al Bosque del Norte e intentar encontrar a los otros dos trillizos. Tal vez el mentiroso era Pebre, o uno de los demás, o tal vez se trataba de algo completamente distinto. Fuera cual fuese la verdad, sabía que se sentiría mejor aprovechando su conocimiento de la situación que tumbado por ahí fingiendo que todo era normal.

De hecho, apenas se había internado unos pocos osos en el Bosque del Norte cuando detectó que pasaba algo. Oyó voces alteradas río abajo, y se apresuró hacia allí con el corazón latiendo más y más fuerte a medida que se acercaba.

Un estridente alarido de dolor atravesó el aire. Fantasma echó a correr, recorriendo la ribera embarrada hasta llegar resbalando a un meandro, y desde

allí vio a un pequeño grupo de pandas alrededor de algo que flotaba al borde del agua.

Dos de los pandas eran Laurel y Azalea Lomapróspera, que debían de estar explorando también la orilla del norte, y con ellos había una panda a la que no conocía y que sin duda era la que había soltado el espantoso alarido. Estaba agachada, tocando la cosa que flotaba en el agua y lamentándose.

Del lodo que pisaba pareció elevarse un oleada de pavor que se pegó al pelo de Fantasma, impidiéndole seguir adelante y mirar de cerca lo que había en el agua. Pero el joven se obligó a avanzar y acabó confirmando sus horribles sospechas: el río estaba teñido de rojo en el lugar en el que estaban los pandas, y, al acercarse un poco más, Fantasma vio una zarpa negra, un hocico blanco… Un hocico con una larga cicatriz irregular.

—Pruna, no… —gimió la panda desconocida—. ¿Cómo ha podido pasarte esto?

Azalea alzó la cabeza, vio a Fantasma y suspiró mirando hacia él.

—Algo ha matado a una de las pandas del Bosque del Norte —le explicó con tristeza.

Él asintió y dio un paso hacia ellos, pero sintió como si estuviese separándose de su propio cuerpo al hacerlo.

—No lo entiendo… —dijo la panda del Bosque del Norte. Su voz sonaba débil y extraña para Fantasma—. Lo último que habíamos sabido de ella era que estaba con su sobrina. Iban las dos de camino a Estanqueoscuro. ¿Cómo puede haber ocurrido algo así?

—Parece que lo ha pasado mal —susurró Laurel, señalando las cicatrices, y Fantasma sintió que se le revolvía el estómago.

—Voy a buscar al portavoz del Dragón —decidió Azalea, y se encaminó río arriba, hacia las Rocas Ovales.

La panda del Bosque del Norte levantó la vista, y de pronto su cara desconsolada mostró una expresión sorprendida.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Laurel.

—Hierba Estanqueoscuro… —musitó la panda, sin dejar de mirar a Azalea. Luego se dio una sacudida, volvió a bajar la mirada hacia Pruna y sus ojos se empañaron de nuevo de tristeza—. Ella se llamaba Pruna. Era mi amiga desde hace mucho, desde que las dos éramos pandas Airosobosque.

Fantasma se obligó a posar la mirada en el cadáver. Estaba cubierto de profundos zarpazos y mordiscos, que parecían dolorosos además de letales. No había tenido una muerte fácil… Ni rápida.

—Era una panda buena y amable —siguió diciendo Hierba—. Se separó de nosotros para subir a las Montañas de las Cumbres Blancas en busca de respuestas sobre… sobre la gran inundación. Oímos que ya estaba de regreso. Y se suponía que no estaba sola…

«Estaba sola cuando la encontramos en el bosque», pensó Fantasma, y se mordió levemente la lengua, sólo para asegurarse de que no lo decía en voz alta sin querer. Era Ocaso quien debía decidir si les contaba o no a los demás lo que había ocurrido.

Los tres se quedaron un buen rato esperando junto al cuerpo, hasta que Fantasma oyó pisadas en el barro. Al girarse, vio que Ocaso y Azalea avanzaban hacia ellos, seguidos de Peonía y Biznaga.

El portavoz redujo el paso al acercarse al cadáver de Pruna, y cuando llegó al remanso inclinó la cabeza hacia la difunta con un suspiro de profunda tristeza.

—Conocía un poco a Pruna de antes de la inundación… —le dijo a Hierba y a Laurel—. Lamento muchísimo que su vida haya terminado de este modo. —Movió con delicadeza una de las empapadas patas de Pruna, inspeccionando las marcas de zarpazos y mordiscos—. Me temo que sé lo que ha pasado… La pobre se habrá tropezado con el tigre al que se ha visto cazando cerca del río.

Laurel soltó un respingo, y Biznaga sacudió la cabeza.

Fantasma volvió a mirar las heridas del cadáver.

«¿Podría ser verdad…?».

—Depredadores… —bufó Biznaga con asco, lanzando una mirada torva hacia Fantasma, que el joven prefirió ignorar.

—Silencio —la reprendió Peonía.

Ocaso puso una zarpa delicadamente sobre la frente de Pruna.

—Gran Dragón, por favor, guía al espíritu de Pruna hasta la montaña del cielo… —dijo con voz profunda—. Ahora debemos volver para darle la triste noticia a los demás. Hierba —añadió, mirando a la panda de Estanqueoscuro—, ¿te unirás a nosotros en Lomapróspera? Hay tanto bambú como puedas desear, y muchos pandas a los que les encantaría conocerte y saberlo todo sobre la pobre Pruna.

Hierba miró a Ocaso y vaciló un segundo. Fantasma no estaba seguro, pero le pareció que una expresión hostil cruzaba el rostro de la panda antes de inclinar la cabeza y retroceder.

—A mí me están esperando mis propios pandas —respondió, y tras esas palabras, dio media vuelta y desapareció entre los árboles antes de que el

portavoz pudiera decir nada más.

—Muy bien… —Ocaso les hizo un gesto a los demás para que lo siguieran y echó a andar hacia el paso por el que atravesaban el río.

Fantasma dejó que se adelantaran, caminando muy despacio, y finalmente se detuvo. Ya los alcanzaría más tarde. Ahora necesitaba un minuto para sí mismo.

Esperó hasta que todos desaparecieron tras el recodo, y luego regresó junto al cadáver. Sabía que no podría explicarles qué estaba haciendo. Ni siquiera él estaba seguro del todo. Con mucha delicadeza, y con el peso de la culpabilidad y la tristeza sobre los hombros, examinó a Pruna de arriba abajo, una y otra vez, escudriñando sus heridas. Era tal como había sospechado: las heridas eran profundas, pero casi sin orden, como si se hubieran producido durante una larga pelea con un atacante. Probablemente Pruna se había desangrado, o quizá había muerto por la conmoción o por un golpe en la cabeza.

«Un depredador no mataría así a su presa», pensó Fantasma. Además, aunque no tuviera intención de comérsela, seguro que un tigre terminaría rápidamente una pelea como aquélla: con una dentellada en el pescuezo, igual que hacía él mismo cuando era uno de los cachorros de Hibernal y salía a cazar conejos en las montañas. ¿Por qué alargar la pelea, arriesgándote a que la criatura te propinara un último golpe desesperado que podría causarte una cojera o dejarte un ojo tuerto, complicando así el hecho de poder alimentarte en el futuro?

Por supuesto, Fantasma no podía saberlo con certeza, pero, si le hubiesen preguntado a él, jamás habría dicho que a Pruna la había matado un tigre.

Era raro que Ocaso se hubiese equivocado hasta ese punto… Aunque, probablemente, él también se había alterado al volver a ver a la panda…

—¡Fantasma! —bramó Ocaso.

El joven giró en redondo, esparciendo gotas de agua en el río, y vio al portavoz asomando por el recodo del camino, mirándolo fijamente.

—Venga, tenemos trabajo que hacer —añadió.

Fantasma corrió a su encuentro, sintiéndose un poco avergonzado. Se preguntó si debería mencionarle sus observaciones, pero algo en la actitud de Ocaso le dijo que no era el momento oportuno.

Peonía, Biznaga, Azalea y Laurel iban bastante por delante, y el portavoz no apretó el paso para alcanzar al grupo.

—Pruna está muerta —dijo de repente—. Una tragedia, sin la menor duda. Pero eso significa que ya no puede propagar sus ideas demenciales por

Lomapróspera, y yo le doy las gracias al Gran Dragón por ese motivo. Sin embargo, hay otro panda que todavía puede poner al reino en nuestra contra. Creo que ya es hora de que nos ocupemos de Pebre.

Esas palabras hicieron que a Fantasma se le erizara el pelo con un hormigueo. ¿Qué estaba planeando Ocaso?

No hablaron más durante todo el camino, y poco después llegaron al claro de los banquetes. El portavoz dio una breve explicación de lo que había sucedido y consoló a los pandas que conocían a Pruna antes de la gran inundación, pero sus palabras fueron apresuradas y mecánicas. Daba la impresión de que preferiría estar haciendo otra cosa, y, en efecto, en cuanto dio la noticia, se volvió hacia Pebre y le dijo que lo siguiera.

No fue una petición, y Fantasma ocupó su sitio en la retaguardia, en su papel de guardián, aunque Pebre accedió de buen grado. El pequeño todavía parecía completamente ajeno al problema en el que podía estar metido; eso, o es que se le daba muy bien fingir que no se daba cuenta del malhumor de Ocaso.

El portavoz los llevó algo más allá del claro de los banquetes, aunque esta vez no llegaron ni al círculo de árboles —Ocaso no parecía tener la paciencia suficiente para llegar tan lejos—. Encontraron una pequeña hondonada, y el portavoz se volvió inmediatamente hacia Pebre.

—¿Dónde están tus hermanos? —le gruñó.

—No lo sé —respondió él una vez más.

—¡Descríbelos!

—Son pandas —contestó el pequeño, casi como si no pudiera evitar hacer una broma tonta, incluso sabiendo que Ocaso no estaba de humor para oírla.

—Me advirtieron que vendría un embustero a Lomapróspera… —susurró el portavoz.

Se acercó a Pebre a grandes zancadas y pegó la nariz a la del osezno. Fantasma sintió un hormigueo en las zarpas al ver el modo en que se movía: parecía un depredador. Incluso estuvo a punto de interponerse entre ellos, aunque no estaba muy seguro de a quién quería proteger, si a Ocaso o a Pebre.

—¿Eres tú ese embustero, Pebre? —continuó el portavoz—. Estoy empezando a pensar que sí.

—¿Y si el embustero eres tú? —replicó el pequeño.

Hubo un largo y espantoso silencio. Ocaso casi pareció doblar su tamaño mientras miraba a Pebre, hinchando los costados con cada furiosa respiración.

Fantasma sintió como si estuviera en la cima de una montaña escarpada, perdiendo el equilibrio y a punto de caer.

—Quizá tengas hermanos trillizos; quizá no… —dijo el portavoz—. En cualquier caso, no podemos fiarnos de ti. Y ya no te necesitamos…

Y lanzó un zarpazo, arañando el aire con las garras, hacia la garganta de Pebre.

Fantasma fue demasiado lento en reaccionar, aunque la conmoción lo sacudió como el primer temblor rugiente de un terremoto.

Pero Pebre era rápido y estaba preparado. Se agachó y se apartó rodando por el suelo, y, con un rugido, Ocaso se abalanzó hacia él con la intención de atraparlo con los colmillos. Sus dientes rozaron el hombro del pequeño, que empezó a sangrar, pero logró liberarse retorciéndose con un alarido de terror y se puso en pie atropelladamente. Ocaso intentó entonces golpearlo por tercera vez, pero Pebre se lanzó hacia los arbustos y se coló a través de un hueco por el que un panda del tamaño del portavoz no podría seguirlo.

—¡No escaparás! —rugió Ocaso.

Fantasma se había quedado totalmente quieto.

Ocaso había intentado matar a Pebre. Había intentado despedazarlo delante de sus propios ojos…

—¡Fantasma! —le espetó el portavoz, y el joven reparó en que no era la primera vez que gritaba su nombre—. Ahora necesito que te concentres. Ya sabes lo que tienes que hacer. Conviértete en el monstruo blanco. Salva al Reino del Bambú de ese osezno mentiroso y traicionero.

Durante unos segundos más, Fantasma se lo quedó mirando sin moverse. «¿Conviértete en el monstruo blanco?».

—¡Ve tras él! —insistió Ocaso, con un gruñido quedo que parecía hacer temblar el suelo—. ¡Y asegúrate de que no vuelva nunca más al Bosque del Sur! ¡Nunca más, ¿he sido lo bastante claro?!

—Sí —susurró Fantasma, que dio media vuelta y se internó en la vegetación.

«Has sido de lo más claro».

18

—¿Estás segura de esto? —susurró Peonía—. Si quieres, podríamos marcharnos ahora mismo. Sólo nosotras dos. Podríamos ir en busca de esos pandas de Estanqueoscuro y de tu hermana.

Lluvia tragó saliva a duras penas y miró a través de los helechos, vigilando la senda de los pandas.

—¿Y qué hay de los demás pandas de Lomapróspera? ¿Y de Guijarro? No, no puedo hacer eso. Tengo que intentar detener a Ocaso. Éste es el único plan que se me ha ocurrido, así que es lo que voy a hacer. Si Ocaso sabe que sus mentiras están a punto de ser reveladas, quizá aproveche la oportunidad de salvar el pellejo. Estoy segura de que odiaría verse humillado ante todos.

Así que ahora estaban aguardando a que Ocaso regresara. Lluvia había estado viendo a los pandas ir y venir desde que el portavoz había llegado acompañado de Laurel y Azalea, con la noticia de lo que le había sucedido a Pruna.

«Más mentiras…», pensó Lluvia. No sabía con certeza quién había matado a Pruna, pero podía imaginárselo, y desde luego era imposible que el responsable fuera Cazasombras. Peonía estaba tan alterada que había sido incapaz de describirle las heridas claramente, y Lluvia casi se alegraba por eso. Sentía una parálisis espantosa cuando pensaba en Pruna y en cómo se sentiría Hoja al enterarse.

«Si me hubiera quedado con Pruna, ¿seguiría viva? ¿O también habría muerto yo?».

Jamás sabría la respuesta a esas preguntas.

Ocaso se había encaminado hacia el bosque con el osezno recién llegado y el panda blanco a la zaga, y ninguno de los tres había vuelto todavía.

Su madre le acarició dulcemente la mejilla con el hocico, y Lluvia notó que estaba temblando.

—Lo que vas a hacer es muy valiente —le dijo Peonía—. Ocurra lo que ocurra, recuerda que estoy muy orgullosa de ti.

—Lo sé —respondió la joven, acariciándola a su vez antes de volver a mirar hacia el sendero.

Pasaron varios pandas, de dos en dos o en pequeños grupos… En esos momentos, nadie parecía querer ir solo.

«Excepto…».

Sí, allí estaba Ocaso, por fin. Iba solo, sin ninguno de sus devotos pandas, ni guardianes, ni monos. Subía por el camino lentamente, con el pelo erizado y con la vista clavada en el suelo. Parecía preocupado. Lluvia no estaba segura de si estaba nervioso o enfadado.

Peonía le hizo un leve gesto con la cabeza a su hija y se apresuró a esconderse por detrás del portavoz. En cuanto estuvo preparada, mordió una rama con un sonoro crujido, y Ocaso se volvió. Mientras él estaba distraído, Lluvia salió de entre los helechos y se plantó en medio del camino.

Al mirar de nuevo hacia delante, Ocaso vio a Lluvia… y se le desencajó la mandíbula, para regocijo de la joven.

—Tú —dijo con un hilo de voz—. Tú estás… tú no puedes haber vuelto. Te ahogaste. ¡Estás muerta!

Durante unos instantes, Lluvia ni siquiera habló; se limitó a quedarse donde estaba, disfrutando de la angustia del portavoz.

—Querrás decir que tú me ahogaste —replicó finalmente—. Y no, no estoy muerta. El río me salvó. Y ahora he vuelto para contarle a todo el mundo la verdad sobre ti. Perdiste tus poderes. Hiciste un trato con los monos para que te abastecieran de ese bambú rayado del que crees que nadie sabe nada. Has estado trayendo pandas hasta aquí por tus propias razones, que son de lo más retorcidas. E intentaste matarme. Eres un embustero y un impostor, y no eres el portavoz del Dragón.

Era estupendo soltarte todo aquello a la cara, pero Lluvia frunció el ceño al ver que Ocaso la miraba ensimismado. No estaba reaccionando como ella esperaba. La lista de sus fechorías parecía resbalarle, como si su atención estuviese en otra parte.

—El río te salvó… —musitó el panda—. Claro. ¡Debería haber sabido que eras tú! —exclamó de pronto—. Has estado ante mis propias narices desde el principio. Una de los trillizos.

Lluvia arrugó levemente la nariz, tratando de no parecer sorprendida. Así que Ocaso conocía la existencia de los tres hermanos…

—¿Dónde están los otros dos? —gruñó el portavoz, dando un paso hacia delante—. ¿Y vuestra madre?

—Su madre está justo aquí —respondió Peonía, saliendo de entre los arbustos a sus espaldas.

Ocaso giró en redondo para encararse con ella.

—¿Desde cuándo sabes que tu cría es una de los trillizos de la profecía? ¿Dónde están sus hermanos? ¿Cómo se llaman?

Dio unos pasos hacia Peonía, que de repente pareció asustada. Lluvia sintió un fogonazo de rabia en el pecho.

—¡Eh! —chilló, empezando a retroceder sendero arriba, sin darle la espalda a Ocaso—. Ella no sabía nada de esto. De quien tienes que preocuparte es de mí… ¡y yo voy a contarle a toda Lomapróspera lo que has hecho!

Ocaso giró en redondo, clavando la mirada en Lluvia. En el corazón de la joven brotó una oleada de miedo, que se mezcló con la rabia, pero siguió yendo hacia arriba de espaldas, despacio, tanteando el terreno con las patas traseras.

—Ah, ¿sí? —gruñó él—. ¿Quieres contárselo todo a los demás pandas? Deja que te ayude.

Y se lanzó a la carrera. Lluvia dio media vuelta y salió disparada, levantando barro y hojas por los aires mientras ascendía por el sendero que llevaba al claro de los banquetes. Saltó sobre una roca y subió una loma, oyendo las sonoras pisadas de Ocaso justo tras ella y las de Peonía siguiéndolos a los dos. Tenía que llegar al claro antes de que él pudiera detenerla. El claro no estaba lejos… podía lograrlo… estaba segura de que podía.

Tomó un atajo por un terraplén empinado y a través de una franja de helechos, pero Ocaso iba pisándole los talones y, cuando volvieron de nuevo al sendero, él la alcanzó y la joven notó el peso del panda en su lomo.

Se agachó, retorciéndose para zafarse, pero fue inútil; notó sus mandíbulas en el pescuezo y, durante unos segundos, mientras los colmillos de Ocaso se clavaban en su piel, Lluvia pensó que aquél era su final. El portavoz le partiría la columna vertebral de una dentellada, y ella moriría…

Pero él no la estaba sujetando como un tigre a punto de decapitar a un ratón, sino más bien como cuando Peonía la agarraba de pequeña porque se había alejado demasiado y había que llevarla a casa a rastras. Sólo que Ocaso no era ni de lejos tan delicado: sus colmillos le atravesaron la piel y la hicieron sangrar mientras la arrastraba camino arriba… no camino abajo.

—¡Suéltala! —rugió Peonía.

Y Lluvia notó cómo Ocaso clavaba sus dientes con más fuerza al retorcerse de dolor. La joven trató de ver qué le estaba haciendo Peonía, pero no podía hacerlo sin arrancarse un trozo de su propio pescuezo.

—¡Deja en paz a mi hija, impostor! —bufó Peonía.

—Atrás —gruñó Ocaso sin soltar a Lluvia—, o cerraré los dientes del todo y acabaré con lo que he empezado aquí mismo.

Mordió más fuerte, y, aunque Lluvia intentó controlarse, no pudo contener un gañido involuntario de dolor.

Ocaso siguió adelante, arrastrando a su presa, y Lluvia trató torpemente de avanzar por su propio pie para evitar que le destrozara el pescuezo. Podía sentir los dientes clavados en su piel y la furiosa respiración del panda en sus orejas mientras subían colina arriba, y al llegar al claro captó una imagen borrosa de algunos pandas que la miraban conmocionados. Entonces notó que Ocaso tensaba los músculos y la lanzaba hacia delante, al centro del claro. Aterrizó patosamente, se golpeó el hombro contra una roca y rodó por la blanda hierba hasta detenerse.

—¡Mis queridos pandas! —empezó Ocaso sin aliento, mientras Lluvia trataba de ponerse en pie, mareada—. He encontrado al panda sobre el que me advirtió el Dragón.

Lluvia miró alrededor. La mayor parte de los pandas de Lomapróspera estaba allí. Vio a Azalea, a Biznaga, a Ginseng y a Horizonte, a Piña, a Ciprés, a Aurora… y también a Guijarro. Su amigo la estaba mirando con los ojos abiertos de par en par, llorosos y conmocionados. Ella intentó sonreírle; ¿acaso no se alegraba de que no hubiera muerto ahogada en el río?

Pero el joven panda sólo parecía ver su pelo alborotado, la sangre que le goteaba por el cuello, y a Ocaso plantado tras ella. Lluvia se giró para ver dónde estaban los dos, y reparó en que Ocaso estaba bloqueándole la salida del claro de los banquetes y, al mismo tiempo, impidiéndole la entrada a Peonía.

—Estoy viva —dijo la joven, volviéndose hacia sus viejos amigos e intentando desesperadamente hacerse con el control de la situación—. ¡He regresado!

Pero no era sólo Guijarro quien parecía más conmocionado que contento. Vio cómo Ciprés rodeaba a Piña con una zarpa y la atraía hacia él, y cómo cambiaba la expresión de la osezna al percibir el nerviosismo de sus padres.

Lluvia estaba rodeada de sus amigos y de su familia, pero de repente se sintió completamente sola.

—Lluvia… —dijo Guijarro, y ella se giró de nuevo para sonreírle, pero su amigo seguía sin devolverle la sonrisa. De hecho, parecía dolido—. Entonces, ¿qué ha sido todo esto? ¿Estabas fingiendo que habías muerto? ¿Ha sido una de tus bromas? ¿Dónde estabas?

—¡No ha sido una broma! —se apresuró a responder ella—. El río me arrastró al otro lado. Intenté regresar, pero estaba atrapada en la otra orilla…

—El río retrocedió hace días —replicó Ginseng.

Lluvia lo miró ceñuda y abrió la boca para explicarse, pero oyó en su cabeza las palabras que iba a pronunciar y comprendió que sonaban muy poco consistentes: «Estaba esperando el momento oportuno…».

—Lamento haber perturbado la paz del claro de los banquetes —intervino Ocaso, y lo hizo en un tono tan mesurado y triste que a Lluvia le rechinaron los dientes—. Todos debéis oír lo que esta joven tiene que decir. Adelante, Lluvia. Repite lo que acabas de decirme.

Ella lo fulminó con la mirada. Si él quería que lo contara, debía de saber algo que ella ignoraba.

Pero probablemente no volvería a tener la oportunidad de contarles la verdad a sus amigos.

—Ocaso Bosqueprofundo es un impostor —declaró—. Ha perdido sus poderes de portavoz del Dragón. Todas las profecías que ha anunciado desde que llegó a Lomapróspera son una sarta de mentiras.

Esperó a ver la reacción de los demás y, sí, vio que varios suspiraban sacudiendo la cabeza…

Pero ya sabía que eran suspiros de reprobación, no de sorpresa. De reprobación hacia ella.

Por un momento, casi sintió como si pudiera verse a sí misma como la veían los demás: ensangrentada, poco fiable, sola, desesperada, mientras Ocaso permanecía altivo, poderoso y tranquilo tras ella.

Pero no se daría por vencida.

—Si acabé desapareciendo fue porque Ocaso Bosqueprofundo intentó ahogarme en el río —gruñó—. Intentó matarme porque descubrí que es un embustero y le planté cara. ¡Os ha estado engañando a todos! Ha hecho un trato con Tibias Potentes para que los monos le proporcionen bambú rayado. ¡Y les ordenó que le dieran una paliza a Arce!

—¿Por qué iba a hacer algo así? —quiso saber Ciprés, negando con la cabeza—. ¿Y de qué bambú rayado estás hablando?

—Yo… Yo no sé para qué lo quería —admitió Lluvia—. ¡Ocaso me ahogó antes de que pudiera averiguarlo!

—¡Amigos míos! —gritó Peonía por detrás de Ocaso—. ¡Si no queréis escuchar a Lluvia, escuchadme a mí! ¡Todo lo que está diciendo mi hija es verdad! Yo he visto una cara de este panda que vosotros no habéis visto jamás… ¡No es el portavoz del Dragón!

Lluvia vio que varios pandas se giraban hacia ella, pero lo hicieron con una mirada de compasión en sus ojos.

«Peonía es mi madre —pensó la joven—. Por supuesto que va a creerme… y, así sin más, Ocaso puede desautorizar cualquier cosa que diga ella. Ni siquiera tiene que hacerlo él mismo… ¡porque ya lo están haciendo todos los demás!».

—Entonces es cierto… —intervino Biznaga sin alterarse—. Tal como anunciaba la profecía, portavoz del Dragón, ella es el panda que a engañarnos con sus mentiras.

—¿Qué profecía? —gruñó Lluvia—. ¡Ya os he dicho que Ocaso es un impostor!

—El Gran Dragón libró a la pobre Lluvia de las corrientes del río —dijo Ocaso, como si ella no hubiese dicho nada en absoluto—, y así es como ella se lo agradece. Ella es el panda del que me advirtió el Gran Dragón, y, gracias a su advertencia, estábamos preparados para su llegada.

Lluvia se giró hacia Guijarro. Sabía que todo había terminado, pero se quedó mirando a su amigo sin pestañear, deseando que al menos él la mirara a los ojos. Si lo hacía, quizá viese que no estaba mintiendo.

Guijarro no la miró. Se quedó con la vista clavada en el suelo, con una expresión de profunda tristeza en su rostro.

Lluvia sintió como si el mismísimo Gran Dragón se hubiese enroscado en torno a su cuerpo y estuviera aplastándole el corazón.

—Por el bien de Lomapróspera, Lluvia y Peonía, os declaro pandas de Exilio y os destierro de nuestro hogar. Tendréis que marcharos. Aquí somos pandas pacíficos, pero os obligaremos a iros por la fuerza si es necesario.

Lluvia mantuvo la vista clavada en Guijarro un instante más.

—No es cierto —le dijo a su amigo—. El mentiroso es Ocaso. Estoy segura de que no tardarás en descubrirlo. Sólo quiero que te acuerdes de esto, ¿vale? Recuerda que lo intenté.

—Sacadlas de aquí —ordenó Ocaso, y Biznaga y Ginseng se adelantaron para interponerse entre Lluvia y Guijarro.

La joven le lanzó una mirada asesina a Biznaga, que le sostuvo la mirada con una sonrisa engreída. A Lluvia le dieron ganas de lanzarle un zarpazo, pero sabía que no serviría de nada.

—Me marcho —declaró—. Vámonos, mamá.

—Os arrepentiréis de todo esto —gruñó Peonía, mientras los pandas iban hacia ellas y las empujaban fuera del claro—. Tarde o temprano, todos desearéis haber escuchado a Lluvia.

Y dicho esto, a Lluvia y Peonía ya no les quedó otro remedio que echar a andar, con las tristes miradas de sus amigos abrasándoles la piel hasta que llegaron al primer recodo del sendero y quedaron fuera de la vista.

En cuanto se alejaron lo suficiente, Peonía se detuvo para lamerle el pescuezo, aunque lo hizo un poquito más fuerte de lo que le habría gustado a Lluvia.

—No sabes cuánto lo siento, mi pobre chiquitina… Mira cómo te ha dejado ese energúmeno… Aun así, sigo estando orgullosa de ti. Sé que has hecho todo lo que has podido.

—Podría haber sido peor… —Lluvia frenó los frenéticos lametazos de su madre pegando su frente a la de Peonía—. Estamos vivas. Será mejor que nos vayamos lo más lejos posible de este espantoso lugar. Además, yo no quería ser una panda Lomapróspera. Podemos cruzar el río y buscar a Hoja, tal como dijiste.

Peonía asintió, temblorosa, y Lluvia inició la marcha sendero abajo. El odio que sentía hacia Ocaso Bosqueprofundo no hizo más que crecer y crecer a medida que se alejaban.

«Exilio». ¿Cómo se atrevía a desterrarlas de su propio hogar… especialmente a Peonía? Hasta donde ella sabía, su madre no se había metido en problemas prácticamente nunca, ni siquiera de osezna. En Lomapróspera, sólo despertaba simpatía. Ahora, Ocaso había conseguido que todos sus amigos se volvieran en su contra, e incluso le había arrebatado su nombre.

«Ocaso pagará por esto, de un modo o de otro. Se arrepentirá de habernos dejado con vida…».

Ella y Peonía se dirigieron lentamente hacia las Rocas Ovales. Su madre arrastraba las patas con tristeza, pero Lluvia levantaba puñados de hojas con sus pisadas rabiosas.

De repente, la joven oyó un leve sonido por encima de su cabeza, y por el rabillo del ojo vio que algo dorado descendía por el tronco de un árbol sin hacer el menor ruido.

—Peonía… —dijo Lluvia en un susurro—. ¡Corre!

Su madre miró alrededor, desconcertada.

—¿Qué?

—¡Corre! —repitió Lluvia, pero ya era demasiado tarde.

Los monos se dejaron caer al suelo desde las ramas, apareciendo por todas partes y cerrándoles el paso. Eran más de los que Lluvia había visto durante la primera noche en que espió a Ocaso, mientras el portavoz llegaba a un acuerdo con Tibias Potentes.

Demasiados para poder escapar de ellos. Demasiados para luchar. Eran docenas de ágiles manos prensiles y de largas colas doradas que acabarían con cualquier esperanza de huida.

Estaban rodeadas.

19

Fantasma salió del río y se sacudió de arriba abajo mientras oteaba el Bosque del Norte. El rastro de Pebre lo había llevado hasta allí: el miedo del joven osezno le daba a su olor un matiz inconfundible, y eso significaba que estaba tan asustado que no pensaba con la claridad suficiente como para intentar ocultarlo.

Fantasma sabía exactamente qué camino había tomado desde allí: el pequeño había subido por la ladera más cercana, rompiendo ramitas y desperdigando piedras al correr. Aunque no hubiese dejado un rastro oloroso, Fantasma hubiera podido seguirlo sin problemas. Lo alcanzaría cuando el sol empezara a ocultarse en el horizonte, o quizá incluso antes.

«Pero ¿qué voy a hacer entonces?».

Cuando empezó a subir la pendiente, sus patas casi parecían moverse por sí solas. No podía dar marcha atrás.

«Oh, Astilla —pensó—. Ojalá estuvieras aquí conmigo. Tenías razón desde el principio…».

Soltó un gruñido mientras bordeaba una zona fangosa, donde Pebre había resbalado y había dejado unas huellas muy claras en el suelo.

El estallido de rabia asesina de Ocaso parecía haber reducido a cenizas la versión del portavoz que Fantasma creía conocer: amable, pacífico, preocupado por la seguridad del Reino del Bambú…

«Conviértete en el monstruo blanco», le había dicho.

El joven sintió como si el eco de las palabras que Astilla le había revelado lo estuvieran siguiendo cuesta arriba: «Fantasma es fuerte y sanguinario, pero demasiado estúpido para representar una amenaza». Ahora no tenía la menor duda de que Ocaso había dicho exactamente esas palabras.

¿Era eso lo único que el portavoz había visto en él desde el primer día? ¿Un depredador al que podría utilizar, dirigiéndolo hacia cualquiera al que Ocaso deseara intimidar? Después de todo, sus «misiones especiales» habían consistido en eso: en un intento de intimidar a los monos y, luego, a Pebre. El portavoz quería que encontrara a los trillizos en el Bosque del Norte para

llevarlos a rastras hasta Lomapróspera y poder interrogarlos también… y, en vez de eso, se habían encontrado con Pruna.

«Eres un impostor», le había dicho la osa panda a Ocaso.

Pruna no estaba loca en absoluto.

Y ella había sido la primera en atacar, pero Ocaso no había vacilado en responder a dentelladas…

Fantasma frenó en lo alto de la colina, trastabillando.

«Lo sabía —pensó—. Sabía que a Pruna no la había matado un tigre. Pero fui incapaz de ver lo que tenía justo delante de mis narices. A Pruna no la mató un depredador, eso está más que claro».

Se giró para mirar al otro lado del río, hacia Lomapróspera, con sus ondulantes colinas moteadas de reluciente bambú y unas cuantas y lejanas figuras de color blanco y negro, que paseaban o descansaban en las laderas.

«Ocaso Bosqueprofundo es un embustero y un asesino… Y yo estaba tan ciego que incluso eché de mi lado a mi propia hermana».

¿Volvería a ver a Astilla alguna vez? ¿Podría decirle algún día cuánto lo sentía y lo idiota que había sido?

¿Y qué iba a hacer, ahora que lo sabía todo?

El olor de Pebre recorría la cima de aquella colina y continuaba por una franja de hierba alta. Con un profundo suspiro, Fantasma siguió el rastro del pequeño, que había dejado una senda de hierba aplastada a sus espaldas. Al otro lado, el olor a miedo del osezno pareció disminuir. Tal vez creía que, después de haber llegado tan lejos, ya no podrían atraparlo.

Pero Fantasma había aprendido a cazar de la mejor cazadora de las Montañas de las Cumbres Blancas. Intentó no pensar en lo que le diría Hibernal si estuviese allí, y se concentró en seguir a Pebre ladera arriba para luego bajar por el otro lado hasta un pequeño valle y continuar río abajo, procurando siempre mantenerse oculto para que no pudieran verlo desde el agua y desde el Bosque del Sur. Las ramitas rotas y las huellas en el barro eran bastante fáciles de localizar.

Y finalmente, al levantar la vista tras un recodo, descubrió una figura blanca y negra que se movía ladera arriba. Fantasma contuvo el aliento y se agazapó detrás de una mata de helechos, pero Pebre no pareció darse cuenta de su presencia. Estaba olisqueando unas cañas de bambú, y mientras él lo observaba desde su escondite se sentó junto a ellas y empezó a arrancar las hojas.

En realidad, Pebre no parecía imaginar que lo estaban siguiendo, porque volvía a exhibir esa expresión de felicidad despreocupada que tanto había

frustrado y desconcertado a Fantasma. De hecho, todavía lo desconcertaba. Pero observándolo ahora, mientras masticaba las hojas de bambú como si no hubiera conocido jamás a Ocaso Bosqueprofundo, sintió que su desconcierto le proporcionaba una especie de claridad.

«Es un simple tonto, sin más. O, al menos, no cree que nada pueda hacerle daño. Se ha ido lejos de Ocaso, así que ahora le parece que todo vuelve a estar bien…».

A Fantasma le sorprendió sentir una cierta envidia. Debía de ser muy agradable ir por el mundo con la sensación de que podías hacer absolutamente cualquier cosa que te apeteciera, y pensar que todo acabaría bien.

Se quedó mirando a Pebre hasta que terminó de comer y se puso en pie de nuevo. El osezno olfateó un rato los alrededores, y finalmente se encaminó a una pequeña hondonada en la colina que fue volviéndose más y más profunda, hasta convertirse en una estrecha torrentera que iba hacia lo alto de la pendiente y finalizaba en una cueva.

Fantasma negó con la cabeza. Era el lugar perfecto para una emboscada, y si él fuera Pebre… Bueno, para empezar, no se encontraría en esa situación, pero tampoco se habría metido en esa zanja ni por todo el bambú del Bosque del Sur.

Continuó andando, pisando lo más silenciosamente posible mientras iba ganándole terreno al pequeño Pebre. Avanzó hacia la torrentera, siguiéndolo por el camino que llevaba hasta la cueva de lo alto sin que el osezno mirara atrás en ningún momento, lo viera ni lo oliera.

Y entonces se dejó caer hacia la zanja, deslizándose por el empinado lateral hasta aterrizar en el suelo, entre Pebre y cualquier posible vía de escape.

El osezno oyó el ruido, giró en redondo y cayó sentado sobre las ancas con un gemido.

—¡Fantasma! —gimoteó—. No… espera, por favor…

El pequeño panda se puso en pie retrocediendo, y luego se lanzó hacia la pared de la torrentera, tratando de escalarla. Pero era demasiado escarpada, y Fantasma lo alcanzó con un par de zancadas, lo tiró al suelo y lo inmovilizó, plantándole las patas en la barriga.

—Quédate donde estás —le gruñó.

Pebre chilló y se retorció, pero Fantasma era más fuerte que él. El pequeño reaccionó como lo haría cualquier otra presa: se dejó llevar por el pánico, intentando morder y arañar a Fantasma, pero sólo pudo hacerle un ligero rasguño en una de las patas delanteras, que él apenas notó.

—¡Por favor, déjame ir! Lo siento mucho… —balbució el osezno—. No hablaba en serio al decirle a Ocaso que era un embustero… Estoy… estoy seguro de que no lo es… Sólo lo decía por decir, ¡me ha parecido que sería gracioso! Ni siquiera es verdad que tenga hermanos trillizos… Yo… no soy nadie… lo dije sin más. ¡Por favor, no me mates!

—¿Gracioso? —Fantasma sacudió la cabeza y le gruñó al oído—: Nada de esto es gracioso, Pebre. No me importa ni una cola de mono si tienes hermanos trillizos. No me fío de ti. Eres un mentiroso y eres un peligro. ¿Me oyes? Limítate a asentir con la cabeza.

Pebre asintió tan fuerte que dejó un surco en el barro.

—Si quieres vivir, mantente lejos del Bosque del Sur. Bien lejos y para siempre. ¿Lo entiendes? No puedes regresar allí nunca más. Nunca. Márchate y no pares de caminar, o vamos a tener un problema y, esta vez, no podrás irte de rositas. ¿Lo entiendes? ¿Me estás entendiendo?

—¡Sí! —chilló Pebre.

Fantasma se separó con un suspiro y dio un paso atrás. Pebre se retorció para ponerse en pie y se quedó un segundo mirándolo fijamente, como si no pudiera creerse la suerte que estaba teniendo. Luego rodeó a Fantasma y echó a correr, resbalando y patinando torrentera abajo.

Fantasma vio cómo llegaba hasta el final, y, una vez allí, cómo seguía río abajo, para desaparecer entre los arbustos tan rápido como se lo permitían sus patas.

«¿He hecho lo correcto? —se preguntó—. Sea lo que sea lo que esté tramando, ahora es libre para causar todo el daño que le apetezca…».

Pero ¿qué otra cosa podía hacer? No iba a matar a un panda, no por Ocaso Bosqueprofundo.

Astilla coincidiría en que había hecho lo correcto.

Notando que le pesaban las patas y con una sensación de inquietud en el pecho, se puso en marcha para desandar el largo camino hasta el Bosque del Sur.

Antes de volver a cruzar el río, Fantasma se detuvo para mirar atrás.

¿Y si no regresaba a Lomapróspera? ¿Y si dejaba que aquellos pandas, que en su mayoría no lo apreciaban, se encargasen de Ocaso? ¿Por qué no encaminarse de nuevo hacia las montañas, después de todo? Quizá podría alcanzar a Astilla…

Pero eso era una fantasía. La realidad era que Ocaso Bosqueprofundo era un asesino, y que él era el único que lo sabía. ¿De verdad podría abandonar Lomapróspera, donde se había sentido brevemente en casa por primera vez en toda su vida?

«No. No estoy seguro de qué voy a hacer, pero no puedo marcharme sin más».

Si iba a quedarse, se aseguraría de que Ocaso no sospechara nada.

Bajó la cabeza para mordisquearse el rasguño que Pebre le había hecho en la pata. La sangre ya se estaba secando, pero se las arregló para embadurnarse el hocico con ella. Luego fue hacia el pasadero del río, cruzó al otro lado y tomó el sendero de los pandas.

Había sucedido algo; se dio cuenta en cuanto entró en el claro de los banquetes. Los pandas estaban apiñados en pequeños grupos, hablando acaloradamente y en voz baja. Ocaso estaba sentado al pie del árbol en el que a veces anunciaba profecías, encorvado, como si estuviese exhausto. A Fantasma no le dio la impresión de que todo aquello fuese todavía la reacción a la muerte de Pruna. Había sucedido algo más.

Los pandas más cercanos se giraron y vieron a Fantasma. Uno de ellos era Guijarro, que reaccionó de inmediato ante el hocico ensangrentado del joven: retrocedió, tropezó con sus propias patas y cayó sentado pesadamente al suelo. Parecía tan asustado como Pebre cuando lo había acorralado.

—¿Qué ha pasado? —murmuró Bruma—. ¿Qué has hecho?

Fantasma vaciló. ¿Debería contarle simplemente lo que Ocaso le había dicho que hiciera? Pero Ocaso podría negarlo, ¿y a quién creerían los pandas? ¿Al monstruoso forastero o a su portavoz?

Ocaso se puso en pie y se dirigió hacia él a toda prisa.

—Retroceded, todos —ordenó.

Los pandas obedecieron, separándose de Fantasma atropelladamente. Parecían aliviados de poner algo de distancia entre ellos y el fornido panda blanco.

—Debo hablar con Fantasma a solas —añadió el portavoz.

Fantasma se limitó a asentir con la cabeza y a seguirlo fuera del claro. No fueron muy lejos, tan sólo lo suficiente para que nadie pudiera oírlos.

—He encontrado a Pebre —informó Fantasma, mirando a Ocaso a los ojos. No podía creerse que hubiera pensado que aquel panda era su amigo—. Lo he matado. Es eso lo que querías, ¿verdad?

A Ocaso le brillaron los ojos.

—Sí —respondió.

Fantasma notó un hormigueo por todo el cuerpo, y el pelo de su lomo se erizó por completo. «Lo ha admitido…», pensó. Se sentía como si se hallara sobre una roca tambaleante en lo alto de un precipicio, eufórico y aterrorizado a la vez.

—Lo has hecho muy bien —añadió el portavoz, dando un paso adelante para entrechocar su frente con la de Fantasma, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no apartarse—. Has demostrado ser el aliado más fiel que jamás habría podido desear. Cuentas con mi agradecimiento y con la gratitud de todo el Reino del Bambú. Ojalá pudiera decirte que nuestro trabajo ha terminado… pero tengo otra tarea para ti.

Fantasma asintió, escuchando sólo a medias las banalidades del portavoz. Un poco más arriba, percibió un leve movimiento: un par de caras blancas y negras se asomaron por el borde de la roca que rodeaba el claro de los banquetes. No podían oír a Ocaso, pero estaban mirando hacia él y hablando en susurros, y Fantasma podía imaginarse perfectamente lo que estaban diciendo.

«¿Por qué tiene sangre en el hocico? ¿De quién es la sangre? ¿Es de Pebre? ¿Es que ese monstruo ha matado a ese pobre osezno?».

Fantasma bajó la vista, mirándose las patas, y suspiró. Ninguno de los pandas de Lomapróspera volvería a confiar en él. Él era el único que conocía la traición de Ocaso, y eso seguiría siendo así hasta que encontrara la manera de demostrárselo a todos los demás.

«Ahora sí que estoy realmente solo».

20

—No puedo creer que los hayamos encontrado —dijo Hoja, casi sin aliento.

Se sentó en el borde de la torrentera, contemplando la boca de la cueva desde arriba. Aquella torrentera era más bien una profunda zanja que discurría por una empinada ladera, haciéndose cada vez más estrecha hasta llegar al final, donde se abría una cueva rocosa casi en la cima de la montaña.

En el interior de la cueva se oían los chillidos y los susurros de cientos de murciélagos diminutos.

—Me duelen las patas —se quejó Rayo, dejándose caer sobre las hojas, al lado de su amiga—. ¡Espero que los murciélagos descansen un buen rato antes de ponerse en marcha de nuevo!

Hoja se desperezó junto a él.

—¡Yo también!

—Me parece que huelo a pandas —dijo Rayo, retorciendo su larga cola—. ¿Tú no lo hueles?

Hoja olfateó el suelo que estaba pisando, luego la torrentera y después el cielo, saboreando todo el aire que la rodeaba.

—¡Creo que yo también lo huelo! Aunque ahora mismo lo que huelo es básicamente a los murciélagos… —añadió—. Sea como sea, quizá el otro trillizo haya pasado por aquí… ¿Es posible que estemos cerca?

—Eso espero.

Rayo rodó por el suelo, desperezándose. Luego estiró las patas en el aire y las enroscó contra el pecho.

Hoja observó la gruta, sintiendo que su corazón latía firme y fuerte. Deseaba con toda su alma que los murciélagos les permitieran descansar lo suficiente antes de alzar de nuevo el vuelo, pero también sentía que un extraño anhelo iba creciendo en su pecho, colmándolo del irresistible peso de la esperanza.

«¿De verdad es posible que estemos cerca? —pensó—. ¿Que esté a punto de encontrarme con mi otro hermano? ¿Cómo será?».

Hubo movimiento en la cueva, y un instante después los murciélagos salieron zumbando de repente y empezaron a revolotear por encima de la cabeza de Hoja. Unos pocos al principio, y luego más y más. La joven panda se puso en pie, desperezándose.

—Venga —le dijo a Rayo—. Será mejor que nos preparemos. En cuanto hayan comido, tendremos que seguir.

Pero esta vez estaba sucediendo algo diferente.

Los murciélagos regresaban a la cueva… y se quedaban allí.

Salían de uno en uno o de dos en dos, volaban en todas direcciones, pero siempre acababan volviendo a la gruta.

—No se marchan —dijo Rayo.

—Es aquí… —susurró Hoja—. ¡Rayo, es aquí! ¡Aquí es donde viven! ¡Éste es el lugar al que nos estaban guiando desde el principio!

—¿Estás segura? —Su amigo miró hacia la oscuridad, entornando los ojos.

Hoja respiró hondo, se preparó para el descenso y se deslizó hasta el fondo por el borde de la torrentera para acercarse a la boca de la cueva. Una masa de cuerpecillos inquietos se aferraba al techo de la gruta, comiéndose los insectos que habían cazado o envolviéndose en sus alas para dormirse otra vez.

—¿Está aquí? —les preguntó Hoja levantando la voz— ¿El otro trillizo está aquí?

Los murciélagos empezaron a hablar de nuevo, con sus voces agudas y bulliciosas. Pero, en esa esta ocasión, Hoja descubrió que, en medio de aquella algarabía, podía distinguir una palabra que se repetía una y otra vez:

—¡Aquí! ¡Está aquí! ¡Aquí, aquí, aquí!

—¡Gracias! —exclamó la joven, y se giró para gritarle a Rayo, que estaba asomado en lo alto de la torrentera—: ¡Vamos a mirar por los alrededores! ¡Intenta localizar ese olor a panda!

—¡Vale! —respondió su amigo, dando media vuelta.

—¡Oh, y acuérdate de una cosa! —añadió Hoja a voces—. ¡Si te encuentras con algún panda, antes de nada comprueba que tenga una almohadilla blanca en el pulgar! Debería parecerse a la mía.

—¡Entendido! —contestó Rayo, sacudiendo su larga cola.

Hoja se puso a olfatear por la zanja. No cabía la menor duda: allí olía a panda, e incluso se encontró con unos pocos pelos blancos pegados al barro. Pero el olor parecía reciente y levemente confuso a la vez. ¿Allí había habido un panda o más de uno? ¿Y si resultaba que no era más que un grupo de

pandas normales en vez de su trillizo? Si habían estado allí y se habían marchado, ¿por qué iban a volver? Y si había un rastro de panda, ¿deberían seguirlo sin más? Ella no quería alejarse demasiado de los murciélagos. Ellos habían dicho «aquí».

Llegó al final de la torrentera y se reunió con Rayo, que estaba rascándose detrás de la oreja.

—A partir de esta zona, los olores de panda van en más de una dirección —dijo su amigo—. Uno se mete entre esos arbustos, y el otro baja por ese valle, aunque podría haber más.

—¿Crees que deberíamos inspeccionar el interior de la cueva? La verdad es que yo no he llegado a entrar —masculló Hoja.

Rayo soltó un ruidito indeciso.

—¿Te refieres a meternos ahí dentro, con los murciélagos?

—No te harán daño —replicó la joven, dándole un empujoncito con el hocico antes de ir de nuevo ladera arriba—. ¡Eres demasiado grande para que puedan cargar contigo!

Rayo soltó otro «hmmm» y siguió a su amiga de mala gana, mientras ella se apresuraba de nuevo hacia la boca de la cueva subiendo por la torrentera. A medida que se acercaba, Hoja se dio cuenta de que el Descenso del Sol ya había pasado y de que la ladera estaba mucho más oscura que cuando habían llegado hasta allí. El interior de la gruta estaba completamente negro tras avanzar unos pocos osos, y ya no podía ver con nitidez a los murciélagos. Sólo distinguía a los que estaban más cerca de la entrada.

Tragó saliva mientras se internaba en la oscuridad.

—Es que no me gusta eso que hacen con las alas, nada más —masculló Rayo a sus espaldas—. Además, ¿qué pasa con el monstruo blanco que atacó a Pruna? Eso sucedió en una cueva, ¿no?

—Pero sucedió a mucha distancia de aquí —le recordó Hoja—. Voy a echar un vistazo.

—Yo me quedaré vigilando aquí fuera —respondió su amigo.

Hoja puso los ojos en blanco y siguió internándose en la cueva. Se prolongaba muchísimo más de lo que se había esperado, y a su alrededor había rocas que brotaban del suelo. De repente, sus patas chapotearon en agua helada. Allí había una leve hondonada oscura que probablemente se desbordaba cuando llovía y que discurría cueva abajo. Hoja estaba rodeada del olor y el sonido de los murciélagos.

Pero allí no había ni rastro de otro panda.

—¿Lo habremos malinterpretado de alguna manera? —preguntó al volver a la entrada de la cueva.

Rayo se sobresaltó y negó con la cabeza ferozmente.

—No. ¿Después de que nos guiaran durante todo el trayecto hasta los pandas de Estanqueoscuro y luego hasta aquí? No. Tú eres la portavoz del Dragón, y los murciélagos te están ayudando. Acabaremos por resolverlo.

Hoja le sonrió y le acarició la nuca con el hocico.

—Me alegro mucho de que estés conmigo, Rayo.

—Soy de gran ayuda, eso es cierto —replicó él, muy ufano—. Tú quédate aquí por si regresa el otro trillizo, y yo me iré a buscar un poco de bambú para el Banquete de la Salida de la Luna. Eso te animará. Y todo parece siempre más claro después de una cabezadita.

Hoja se sentó mirando al cielo, mientras Rayo echaba a correr torrentera abajo. Las nubes se deslizaban en lo alto, dejando ver retazos de intenso azul y estrellas dispersas que titilaban ante ella y volvían a desaparecer.

«Gran Dragón —pensó Hoja—. Sé que tú me guiarás hasta donde tenga que estar. Por favor, haz lo mismo por mis dos hermanos. Si se supone que he de encontrar aquí al otro trillizo, que sea así. Si no, por favor, muéstrale el camino que debe recorrer para encontrarnos».

Bajó la vista, contenta por la forma en que había expuesto su petición. Plantearlo así era lo más correcto. Ella no era quién para decidir dónde debían encontrarse.

Pero volvió a levantar la cabeza de inmediato.

«Aunque la verdad es que me encantaría encontrarlo cuanto antes, si no es demasiado problema».

Hoja se despertó con un sobresalto y miró alrededor; por un instante, fue incapaz de recordar dónde estaba. Luego lo recordó todo de golpe: estaba en la cueva, descansando sobre un suelo de roca dura y fría. Por encima de ella, los murciélagos estaban profundamente dormidos, y, de vez en cuando, el susurro de los ronquidos de las diminutas criaturas resonaba por toda la cueva. Rayo se había enroscado junto a ella, y a su lado se amontonaban los restos de sus banquetes de la Salida de la Luna y el Descenso de la Luna.

Fuera de la cueva había luz, la deslumbrante luz de un nuevo amanecer que resplandecía en una de las paredes laterales de la entrada de la gruta. Probablemente se habían quedado dormidos durante la Luz Gris. La luz era

tan brillante que, cuando Hoja miró hacia el exterior, tuvo que guiñar los ojos para poder ver lo que tenía justo delante.

Allí había una figura.

Hoja se levantó de un brinco.

Rayo se despertó con un respingo.

—Hmmm, ¿qué pasa?

—¡Ahí hay algo! —siseó la joven.

Cautelosamente, todavía con los ojos entornados por la intensidad de la Luz Dorada, Hoja salió de la cueva.

La figura era la de un joven panda que estaba olfateando la entrada de la gruta con precaución, y que retrocedió de un salto al ver a Hoja. Ella reparó en que el panda parecía apoyar sólo una de las patas delanteras, como si no quisiera posar la otra en el suelo.

«¿Podría ser…?», pensó Hoja.

—Hola —lo saludó—. ¡Perdona que te haya asustado! Estábamos durmiendo en la cueva.

Rayo fue hacia el panda, que se había sentado pero permanecía con una pata levantada de una forma un tanto extraña.

—Hola —dijo el recién llegado—. Me llamo Pebre. Esto va a sonar un poco raro, pero… creo que el Gran Dragón me ha traído hasta aquí. ¿Vosotros sabéis algo sobre…? En fin, ¿tenéis alguna idea de por qué?

El corazón de Hoja latía con tanta fuerza que la joven pensó que acabaría saliéndole del pecho. Rayo miraba a su amiga y a Pebre una y otra vez, con una sonrisa de asombro en su pequeña cara.

Pero Hoja era consciente de que debía mantener la cabeza fría. Tenía que asegurarse.

—¿Te ha pasado algo en la pata? —le preguntó a Pebre—. ¿Puedo verla?

El joven la estiró hacia ella, y Hoja sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. La almohadilla del pequeño no era blanca, pero tampoco era negra o gris: era roja y estaba ensangrentada. Sobre la herida que la cruzaba, empezaba a formarse una fea costra rojiza.

—He tenido que hacerlo —se excusó Pebre, y Hoja reparó en que estaba temblando—. Los monos iban detrás de mí. Esos que tienen la cara azul. Estaban buscando a un osezno con la almohadilla del pulgar blanca, así que yo… he decidido esconderla.

—Pebre… —dijo Hoja con un hilo de voz. Ya no podía seguir conteniéndose más. Corrió hacia él y restregó el hocico contra su mejilla—.

Cuánto lamento lo que te ha ocurrido. Pero ahora todo va a ir bien. Yo me llamo Hoja, ¡y creo que soy tu hermana!

—¿Tú… tú eres una de los trillizos? —exclamó Pebre con un respingo, devolviéndole las caricias—. ¡Llevo muchísimo tiempo buscándote! ¡Cómo me alegro de haberte encontrado! ¿Has visto al tercer trillizo? ¿Tú sabes qué está pasando? Lo único que yo sé es que estaba solo y perdido, y luego los monos me encontraron y yo no sabía qué hacer…

—¡Sí, he conocido a nuestra hermana! —Hoja se encontró casi saltando de la alegría, yendo de un lado a otro frente a su nuevo hermano, con el corazón desbordado por todo lo que quería contarle—. ¡Se llama Lluvia! Y… bueno, yo sí sé qué está pasando, más o menos, pero creo que deberías prepararte para lo que tengo que decirte… —Se obligó a sentarse para darle la noticia cara a cara—. La razón por la que somos especiales… La razón por la que sobrevivimos y por la que el Gran Dragón nos está ayudando a que nos encontremos… es que somos los siguientes portavoces del Dragón. ¡Los tres juntos! ¡Oh, por los nueve banquetes, qué contenta estoy de haberte encontrado!

Lo acarició de nuevo con el hocico, y le dio un fuerte lametón entre los ojos.

Durante unos segundos, Pebre pareció abrumado, incluso levemente indeciso.

—Esto es… mucho más de lo que esperaba —dijo con la cabeza gacha—. Tengo que asimilar muchas cosas, pero… ¡yo también me alegro de haberte encontrado! —añadió levantando la vista hacia Hoja, mirándola radiante—. ¡Mi nueva hermana!

—Yo soy Rayo Trepador —se presentó Rayo.

Hoja se echó a reír y se desplazó un poco para dejar que Rayo se sentase junto a ella.

—Es mi mejor amigo —le contó a Pebre—. ¡Él también me ha ayudado a encontrarte!

Alzó la vista hacia el cielo, que refulgía azul y rosa mientras el sol se iba elevando sobre el Reino del Bambú. La joven sintió como si todas las esperanzas que apenas se había atrevido a albergar estuvieran haciéndose realidad a la vez.

—Ahora sólo tenemos que encontrar a Lluvia y dirigirnos a la Montaña del Dragón —añadió.

—¿Y luego qué? —preguntó Pebre entusiasmado.

Hoja le sonrió de oreja a oreja.

—Entonces se cumplirá nuestro destino. Entonces nos convertiremos en lo que estamos llamados a ser desde que nacimos. Nosotros tres, juntos.

21

—… ¡Ahora! —chilló Lluvia, echando a correr.

No tenía tiempo de mirar atrás para ver si Peonía la seguía. Debían ceñirse al plan. Logró mandar por los aires a dos monos, incluso pasó por encima de uno mientras corría. El mono soltó un alarido de irritación que a ella le resultó muy satisfactorio, y luego continuó a la carrera, dirigiéndose hacia el sotobosque…

Y de pronto, algo aterrizó en su lomo, y a partir de ese momento ya sólo pudo ver cuerpos dorados y furiosas caras azules. Los monos le tiraban del pelo y se abrazaban a sus patas. Lluvia frenó trastabillando, se irguió sobre las patas traseras y rugió. Un mono le hundió sus afilados dientes en una oreja, y ella gritó al notar cómo se le desgarraba la piel y le bajaba la sangre por el pelo.

El mono se echó a reír.

—¿Pensabas que iba a ser tan fácil? ¡Vuelve al sendero!

Dos monos aterrizaron justo delante de ella, chillando, lanzando dentelladas al aire y sacudiendo sus largos brazos, tratando de obligarla a retroceder.

«Podría pelear», pensó Lluvia.

Pero si lo hacía, no sería capaz de aguantar. Incluso si lograba salir de aquella emboscada sin que los monos le clavaran sus afiladas garras en los ojos o los colmillos en la garganta, tendría que matar a muchos para conseguirlo. A muchísimos.

Empezó a retroceder. Poco a poco, el peso de los monos que la agarraban se fue aligerando, hasta que acabó andando con sólo uno de ellos aferrado a su lomo y echándole el aliento al oído.

Al girarse, vio que Peonía no había llegado tan lejos como ella: estaba sentada en el sendero, lanzando gruñidos a los monos dorados que la habían rodeado por completo.

—¿Adónde nos lleváis? —quiso saber Lluvia, mientras los monos la obligaban a regresar al sendero a empujones.

El que tenía subido a su lomo soltó una risita.

—Enseguida lo descubrirás —le susurró.

Los monos las condujeron hasta el borde de Lomapróspera, amagando con morderles las patas y balanceándose desde las ramas de los árboles, listos para dejarse caer sobre ellas si hacían un nuevo intento de escapar. Peonía miró de reojo a Lluvia, que negó con la cabeza.

Era inútil volver a intentarlo. Tenían que esperar. Tarde o temprano, averiguarían qué era lo que Ocaso Bosqueprofundo planeaba hacer con ellas.

La joven deseó que ésa fuera la decisión correcta.

Trató de adivinar adónde se dirigían. Ella había recorrido casi todos los alrededores de Lomapróspera, pero no tenía forma de saber hasta dónde las llevarían los monos, ni cuáles eran sus intenciones.

Cuando por fin llegaron a su destino, Lluvia frenó en seco. Había visto aquel claro con anterioridad, pero, la última vez que estuvo allí, no había un foso enorme justo en el centro.

En el claro las estaba esperando otro mono, sentado en el borde del foso con una pata colgando. Era Tibias Potentes, que se levantó de un brinco al verlas llegar. Luego les hizo una amplia reverencia que abarcaba a las dos pandas y al foso.

—Adentro —les ordenó.

—No —dijo Peonía con un hilo de voz, mirando aterrorizada a Lluvia.

—No puedes obligarnos a meternos ahí —le gruñó la joven a Tibias Potentes, colocándose delante de Peonía.

Pero Lluvia sabía que era una protesta inútil. El mono que llevaba montado en el lomo le clavó las garras, y ella rugió para sacudírselo de encima, pero, en cuanto se libró de él, otros tres se abalanzaron sobre ella. Los demás avanzaron pinchando y mordiendo, empujándola hacia el borde. Lluvia aguantó el embate, girando en redondo para enfrentarse a ellos, incluso llegó a agarrar a uno por la cola y lo lanzó a los arbustos, y aun así iba perdiendo terreno…

A sus espaldas, oyó chillar a Peonía, luego el sonido de una refriega y, finalmente, un golpe sordo.

—¡Mamá!

Lluvia corrió al borde del foso y se asomó.

El foso era muy hondo, de más de tres osos de profundidad, y los laterales eran de barro y rocas. Peonía yacía en el fondo, y Lluvia contuvo la respiración… Sólo volvió a respirar al ver que su madre se movía hasta

incorporarse. No parecía herida, pero sus ojos estaban empañados por la impresión.

La joven miró por encima del hombro, vio que los monos iban saltando hacia ella y tomó una decisión. No iba a permitir que la tiraran de cabeza, como si fueran una manada de cachorritos jugando con una piña.

Dio media vuelta y se dejó resbalar foso abajo, con las patas traseras por delante, deslizándose por la pared con toda la dignidad de la que fue capaz. Una de sus zarpas traseras chocó contra una piedra que sobresalía del lateral del foso, y al final aterrizó torpemente. Lluvia procuró pasar por alto el dolor y miró desafiante a las caras azules de los monos que se asomaron por el borde.

Las carcajadas de Tibias Potentes y su tropa resonaron por todo el claro y parecieron colmar el foso.

Lluvia les dio la espalda.

—¿Estás bien? —le preguntó a Peonía.

—Sólo estoy un poco magullada —respondió su madre—. Pero no tengo nada roto. ¿Qué vamos a hacer? ¿Crees que podremos salir de aquí trepando?

—No. Ni siquiera Hoja sería capaz de salir de este foso, y menos aún si esos monos van a estar por aquí vigilándonos.

—Tal vez acaben marchándose… —susurró Peonía—. Y entonces podríamos probar a cavar un agujero para escapar, ¿no?

—Sí, tal vez —contestó la joven.

Pero no tenía demasiadas esperanzas. El foso le había parecido bastante profundo desde arriba —y era lo bastante grande para que las dos estuvieran tumbadas en él—, pero allí abajo le parecía que las paredes se cerraban sobre su cabeza. Su mundo se había reducido a barro y roca, a Peonía y a las burlonas caras de los monos, y no había nada que ella pudiera hacer al respecto. La rabia, que tanto la había impulsado desde el regreso de Ocaso al bosque, parecía estar diluyéndose en el barro que ahora pisaban sus patas.

Durante lo que le pareció una eternidad, no sucedió nada más. Los monos se fueron aburriendo de señalarlas con el dedo y de reírse de ellas, y sus cabezas desaparecieron, pero aún los oía parlotear, burlarse y discutir entre ellos. Peonía se estremeció, y Lluvia intentó no pensar en el frío que haría allí abajo en mitad de la noche, ni en si los monos les darían de comer o no, ni en qué ocurriría cuando lloviera…

Y entonces, de repente, el tono de la cháchara de los monos cambió. Lluvia y Peonía levantaron la vista y se encontraron con las caras de dos pandas que las observaban desde el borde del foso.

Eran Ocaso Bosqueprofundo y el monstruo blanco. El joven panda parecía extrañamente impasible, pero Ocaso exhibía una sonrisita de satisfacción, y eso bastó para que la rabia volviera a encenderse en el corazón de Lluvia.

—¿Y ahora qué? —le gritó al portavoz—. ¿Qué vas a hacer con nosotras?

—Estoy seguro de que puedes imaginártelo tú solita —se mofó Ocaso—. Tienes muchos usos posibles. Por supuesto, no puedo decir lo mismo de Peonía, así que será mejor que te portes bien, ¿verdad? O tal vez me dé por decidir que ya no necesito que siga viva.

La joven tomó aire para maldecirlo, pero su madre la miró y negó con la cabeza, y Lluvia se limitó a gruñir.

—Querida Lluvia, éste es mi amigo Fantasma —continuó Ocaso—. Creo que aún no os conocéis.

—He oído hablar de él —gruñó ella, y el panda blanco parpadeó levemente, imperturbable.

—Fantasma es un panda leal, pero fue entrenado para cazar y matar por los feroces leopardos de las Montañas de las Cumbres Blancas. Él se asegurará de que permanecéis exactamente donde os han metido. Disfrutad de vuestro nuevo hogar. Estaréis aquí durante un tiempo.

Antes de que a Lluvia se le ocurriera una réplica, Ocaso se retiró y dejó solo a Fantasma, que siguió observándolas desde lo alto del foso.

La joven lo fulminó con la mirada.

—Tú —le espetó—. Tú eres el monstruo blanco que atacó a Pruna. Y ahora esto. Haces el trabajo sucio de Ocaso para que él no se manche las zarpas. Pruna tenía razón desde el principio: tú no eres un panda, eres un auténtico monstruo.

Fantasma frunció el ceño y la miró entrecerrando los ojos. Luego se encogió de hombros y tomó aire, como si fuera a decir algo, pero finalmente dio media vuelta y también desapareció. Lluvia lanzó un gruñido. Aquel bicho ni siquiera tenía nada que decir en su propia defensa. «Un verdadero monstruo», pensó.

La joven panda se quedó inmóvil durante un rato, sin dejar de mirar hacia el cielo. Ahora parecía que las habían dejado solas de verdad, sólo se oía el leve susurro de las voces de unos pocos monos.

Peonía se derrumbó y se apoyó en una roca, cabizbaja.

—Vamos a salir de aquí, mamá —le dijo Lluvia.

—Por supuesto —respondió Peonía, levantando la cabeza con una sonrisa, aunque Lluvia estaba bastante segura de que sólo fingía su alegría para animarla; sonaba como cuando ella era una pequeña cachorra y le decía que

algún día cruzaría el río a nado—. Por supuesto que sí. Si alguien puede encontrar la manera de salir de aquí, ésa eres tú.

Lluvia suspiró y se ovilló junto a su madre.

—Obviamente —susurró.

«Pero no es tan obvio, para nada. Yo no puedo hacerlo sola… Necesito ayuda… —pensó Lluvia—. Y ni siquiera estoy segura de que el Gran Dragón pueda ayudarnos ahora».

EPÍLOGO

Astilla estaba absolutamente quieta debajo de los helechos. Ni un solo movimiento de su cola ni de sus bigotes delataría su posición a los monos dorados que rodeaban el foso del claro… Ni tampoco a su hermano.

«Oh, Fantasma —pensó—. En el nombre del Felino de las Nieves, ¿dónde te has metido?».

La joven leoparda había llegado hasta el río antes de dar media vuelta y regresar. No podía marcharse de nuevo a las montañas y dejar allí a Fantasma —con aquellos pandas que lo utilizaban a su antojo—, aunque él estuviera actuando como si tuviera una bola de pelo en vez de cerebro. Desde entonces había estado vigilándolo, esquivando cuidadosamente a los demás osos y a la cuadrilla de monos de Ocaso Bosqueprofundo.

En una ocasión, había escogido un escondrijo cerca del sendero de los pandas, y se había encontrado con que allí ya había alguien escondido. Se trataba de Lluvia. La estuvo siguiendo durante un par de días, y al final había llegado a la conclusión de que aquella joven panda tampoco estaba del lado de Ocaso. Astilla no había visto qué sucedía después de que Lluvia subiera al claro de los banquetes con Peonía y Ocaso, pero ahora las dos pandas estaban metidas en aquel foso que la propia Astilla había visto cómo cavaban Biznaga y Ginseng una noche, de modo que supuso que la cosa no debía de haber ido muy bien.

Ahora Fantasma estaba sentado cerca del foso, con la cabeza gacha y con pinta de ser muy desdichado. Mientras su hermana lo observaba, él se tumbó boca abajo, apoyó la barbilla en el suelo y cerró los ojos con un profundo suspiro.

Astilla se moría de ganas de hablar con él. Estaba convencida de que ahora sí que la escucharía. No sabía qué le estaba pasando, pero sí tenía claro que Fantasma no quería estar allí, manteniendo a esas dos pandas dentro de aquel agujero.

Por desgracia, también estaba bastante claro que Ocaso era demasiado listo para dejar a Fantasma completamente solo con sus prisioneras. Aún

había monos montando guardia alrededor del foso, incluido Tibias Potentes, su fornido líder, y varios más.

Uno de ellos, una mona sentada al borde del foso justo en el extremo opuesto de Fantasma, agarró una pieza medio podrida del amarillo fruto del ginkgo, se la pasó de una mano a la otra y, al final, acabó lanzándola al foso. Astilla oyó un «plaf» y una retahíla de gruñidos de panda desde el interior del agujero, y la mona se revolcó en el suelo, muerta de risa. Tibias Potentes también se rió. De hecho, se rieron todos los monos… excepto una monita pequeña, que se acercó a la que había tirado el fruto de ginkgo y le dio un empujón.

—¡Para ya, Zarpas Inquietas! —le soltó—. Eso no está bien. Somos guardianes, no torturadores.

La tal Zarpas Inquietas se levantó de un brinco, con la clara intención de devolverle el golpe a la joven mona, pero Tibias Potentes se interpuso entre ambas. Aunque, en vez de reñir a Zarpas Inquietas, se plantó ante la más pequeña con una sonrisa de oreja a oreja y mostrando sus afilados colmillos.

—Una vez más, la noble Cola Ágil tiene algo que enseñarnos… —dijo con voz zalamera y amenazante—. ¿Tú también quieres bajar a ese foso, Cola Ágil?

—No —respondió la joven. Había un matiz desafiante en su voz, pero la pequeña mona retrocedió y pegó la barriga al suelo delante de su líder—. Lo lamento, Tibias Potentes. Aun así, el portavoz del Dragón nos ha dicho que no lastimáramos a sus prisioneras, ¿no es cierto?

Tibias Potentes soltó otra risita.

—Ocaso Bosqueprofundo puede pensar que estas dos pandas son sus prisioneras, pero eso no significa que sea verdad. Soy yo quien está al mando aquí.

—¡Exacto! —exclamó Zarpas Inquietas, clavando con dureza uno de sus largos dedos en el pecho de Cola Ágil—. Los monos gobiernan este bosque, sin importar lo que piense ese oso grandote y estúpido. ¡Quizá algún día no muy lejano tu querido «portavoz del Dragón» acabe en el fondo de este hoyo con esas dos pandas!

Tibias Potentes se rió alegremente, pero entonces se giró de golpe y le agarró la cara a Zarpas Inquietas con una mano.

—¡Chist, ten cuidado, no te vaya a oír el oso blanco! —siseó.

Astilla se estremeció, y una sacudida le recorrió el lomo de arriba abajo. Volvió a mirar a Fantasma, que no se había movido.

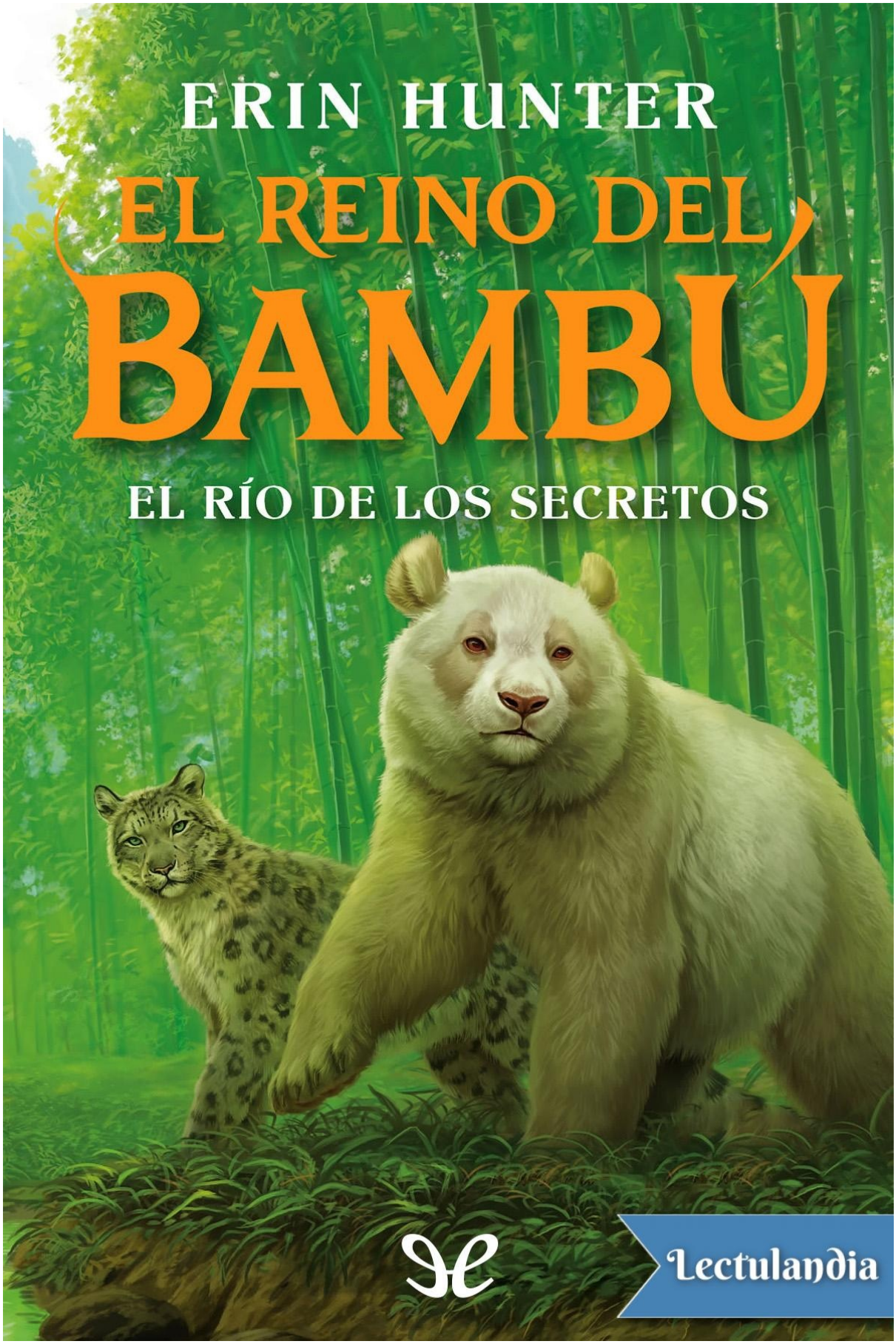
«Me parece que tienes más problemas de los que crees, hermano —pensó—. Pero ¡no te preocupes! Tarde o temprano, encontraré la forma de ayudarte».

Levantó la vista a través de los helechos y miró al cielo, que ya se iba oscureciendo. Aún no podía ver las estrellas, pero se las imaginó titilando fulgurantes como lo harían en el cielo que cubría las Montañas de las Cumbres Blancas.

«Felino de las Nieves, escúchame: te prometo que ayudaré a mi hermano… y también a las pandas encerradas en ese foso, aunque ellas no crean en ti».

Volvió a bajar la vista, y sus ojos se posaron en la joven Cola Ágil. La mona se había alejado de sus compañeros y estaba sentada sola, pellizcándose la cola con una expresión de tristeza.

«Y creo que ya sé por dónde empezar…».


ERIN HUNTER
EL REINO DEL BAMBÚ
EL RÍO DE LOS SECRETOS
Lectulandia